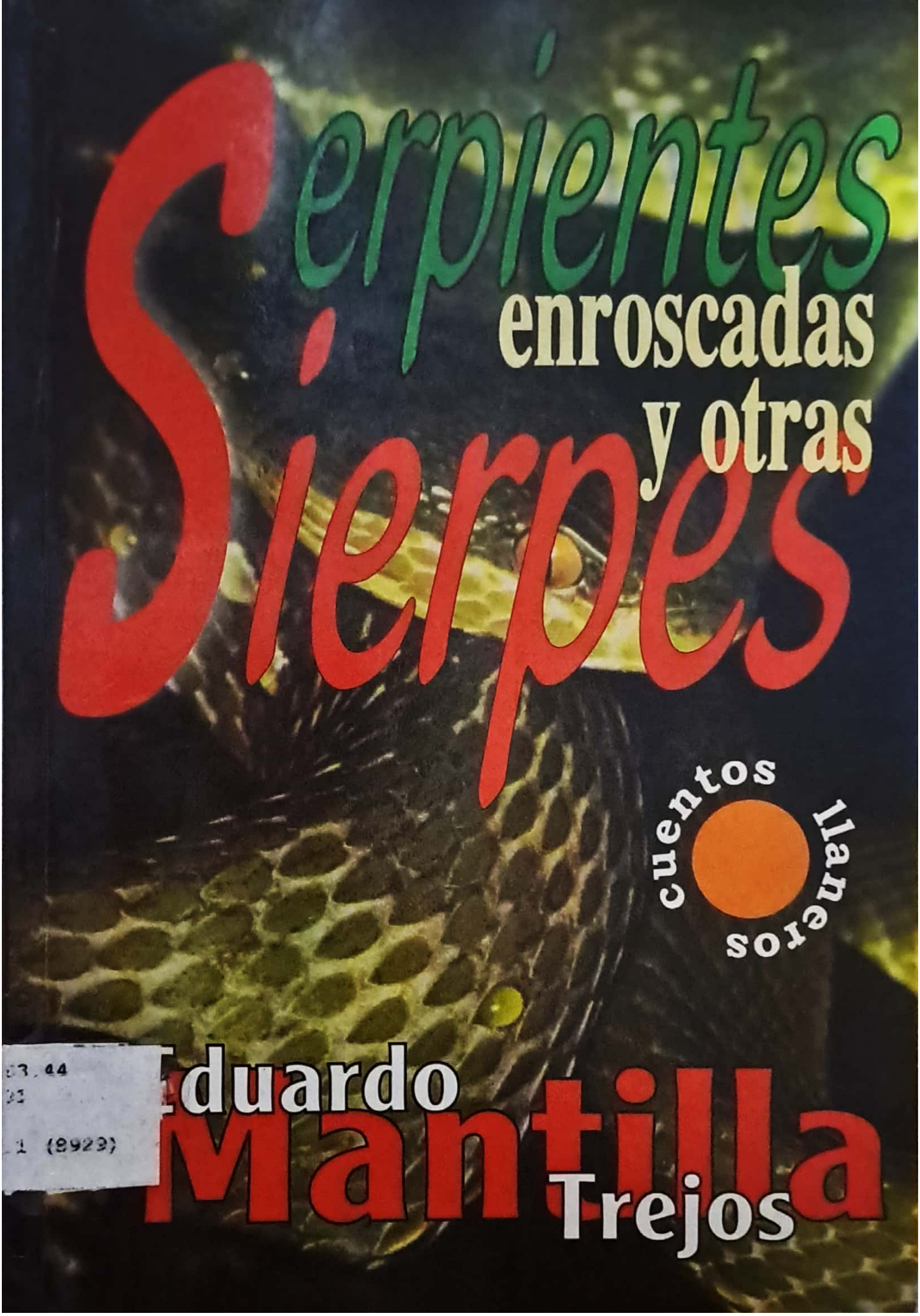
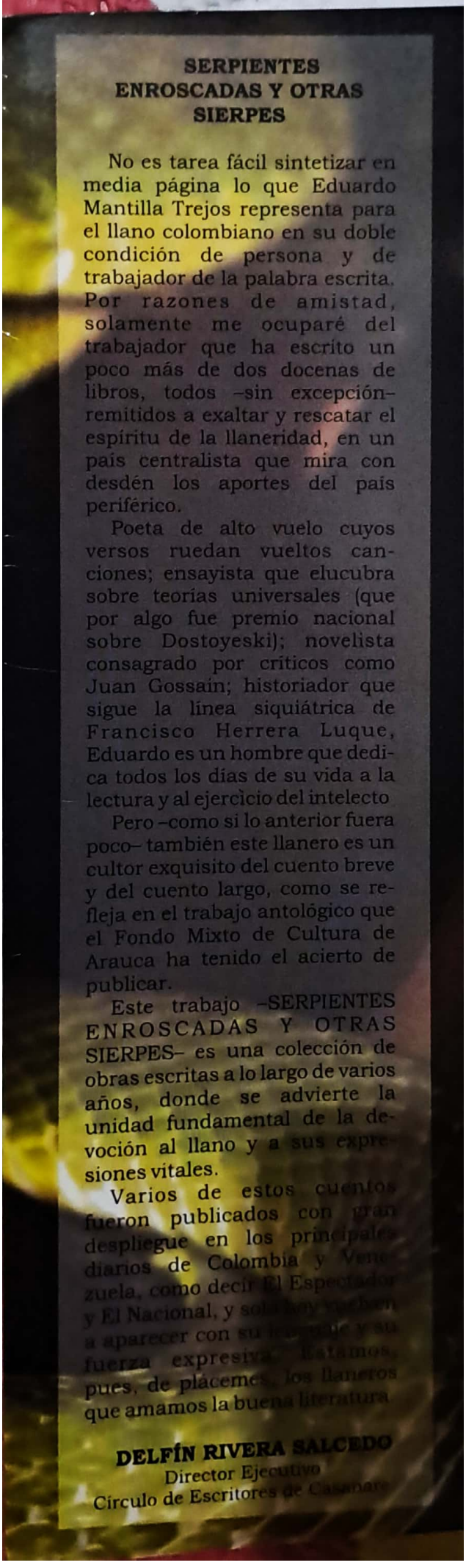


03.44
M3
1 (8923)

Powered by CamScanner



SERPIENTES ENROSCADAS Y OTRAS SIERPES

No es tarea fácil sintetizar en media página lo que Eduardo Mantilla Trejos representa para el llano colombiano en su doble condición de persona y de trabajador de la palabra escrita. Por razones de amistad, solamente me ocuparé del trabajador que ha escrito un poco más de dos docenas de libros, todos –sin excepción– remitidos a exaltar y rescatar el espíritu de la llaneridad, en un país centralista que mira con desdén los aportes del país periférico.

Poeta de alto vuelo cuyos versos ruedan vueltos canciones; ensayista que elucubra sobre teorías universales (que por algo fue premio nacional sobre Dostoyeski); novelista consagrado por críticos como Juan Gossaín; historiador que sigue la línea siquiátrica de Francisco Herrera Luque, Eduardo es un hombre que dedica todos los días de su vida a la lectura y al ejercìcio del intelecto

Pero –como si lo anterior fuera poco– también este llanero es un cultor exquisito del cuento breve y del cuento largo, como se refleja en el trabajo antológico que el Fondo Mixto de Cultura de Arauca ha tenido el acierto de publicar.

Este trabajo –SERPIENTES ENROSCADAS Y OTRAS SIERPES– es una colección de obras escritas a lo largo de varios años, donde se advierte la unidad fundamental de la devoción al llano y a sus expresiones vitales.

Varios de estos cuentos fueron publicados con gran despliegue en los principales diarios de Colombia y Venezuela, como decir El Espectador y El Nacional, y solo hoy vuelven a aparecer con su frescura y su fuerza expresiva. Estamos, pues, de plácemes los llaneros que amamos la buena literatura.

DELFÍN RIVERA SALCEDO
Director Ejecutivo
Círculo de Escritores de Casanare

Powered by CamScanner

Villavo. 20 oct. 16.

Para la Biblioteca Pública Departamental "Eduardo Carranza" del Meta, con el deseo muy expresivo porque la altura llanera continúe imparable



Cultura

8929
Patrimonial (Ej.1)

Powered by CamScanner

Co 863. 44
M191

Serpientes enroscadas y otras Sierpes

Selección de Cuentos Llaneros

Eduardo
Mantilla
Trejos

2000

Powered by CamScanner

Copyright, 2000

ISBN: 958-9180-36-1
Autor: **EDUARDO MANTILLA TREJOS**
Título: **SERPIENTES ENROSCADAS Y OTRAS SIERPES**
Editor: Gobernación de Arauca.
Corrección de textos: Ediciones ERRE.
Impresión: Gente Nueva Editorial.
Ciudad: Santafé de Bogotá, Colombia.

- La fotografía de la serpiente que aparece en la carátula se tomó de la biblioteca privada de don Pablo Vanegas.

La presente obra de narrativa llanera, con la cual se inicia la serie CREADORES Y PENSADORES ARAUCANOS, fue promovida y financiada íntegramente en el gobierno de **GUSTAVO CASTELLANOS BELTRÁN**, en desarrollo del plan "El Camino Confiable, 1998-2000", expuesto durante la campaña que lo llevó a la Gobernación.

Prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra, por cualquier medio, sin la debida autorización del autor y/o del editor.

Impreso en Colombia

Powered by CamScanner

Casa de la Cultura
Villavicencio

Yo viajo,
como la flor del cardón,
con el soplo del viento.

VITO APUSHANA (Guajiro)
Premio de Poesía *Casa de las Américas*, 1999

Casa de la Cultura
Villavicencio
BIBLIOTECA

Powered by CamScanner

CONTENIDO

Prolegómenos/11

Caballos y serpientes/13
Hawiiza/15
Los veteranos/19

El buitre ciego/29
El hachero/31
El chapuzón de Lázaro/35

Los niños de Machado/47
Mágnum/49
El amo de la lluvia/53

Trombosis/65
La fantasía de los cristales/67
El capitán y el jesuita/71

Prusianos/93
Asesinos y serpientes/95
Banderas amarillas/99

Asociación/123
Los desenterradores/125
Tierra de hombres/131

Vocabulario y modismos llaneros/163

Powered by CamScanner

Prolegómenos

Gustavo Castellanos Beltrán
Gobernador de Arauca

Por razones no bien establecidas, los araucanos del río Arauca se han distinguido siempre como excelentes prosistas y atildados poetas, no solamente en el departamento sino en toda la comprensión llanera.

Mientras en otros puntos de la agreste geografía predominan los compositores de música o los ejecutantes de instrumentos vernáculos, en Arauca abundan buenos narradores, excelentes cronistas, ponderados críticos y finos versificadores que, con no pocas dificultades, consignan en libros y documentos escritos la historia viva de Arauca y de la colectividad llanera en general.

El Gobierno Departamental, con ocasión de la nueva centuria y la nueva etapa que atraviesa Arauca, ha querido estimular la labor paciente y callada de los trabajadores de la palabra escrita, y con tal finalidad ha decidido apoyar unas publicaciones que, tentativamente y sin mayores pretensiones, hemos querido llamar SERIE DE CREADORES Y PENSADORES ARAUCANOS.

Reconocer el esfuerzo de los escritores es un elemental acto de justicia. Para los cantantes, los compositores y los intérpretes hay reconocimientos, premios y festivales a granel. Para los escritores, ¡nada! Y este raciocinio justiciero es el que nos ha llevado a invitar a los creadores más representativos y conspicuos a trasladar sus vivencias y sus emociones al papel, en la seguridad de que la posteridad sabrá agradecer sus sacrificios.

Arauca, marzo del 2000

Powered by CamScanner



Caballos y serpientes

Llegó anunciando una pomada que sanaba las *mataduras* de las bestias y la *picadura* de las serpientes.

La yegua carisucia que perseguía canarios y vampiros recobró el lustre con la pócima.

Y en la casa de guadua no volvieron a escucharse latigazos ni crujidos de *chíscanos* resecos.

— Puedo devolverle la figura al caballo más contrahecho del mundo — Dijo.

Y para su prestigio le trajeron caravanas de bestias con profundísimos ijares que dejó convertidos en potrancos dignos de las mejores *cimarroneras*.

Desterró las serpientes entre el *Lipa* y el *Capanaparo* sin descartar siquiera las decididamente familiares.

Los rezanderos de oficio admitieron el suplantamiento y olvidaron los conjuros.

Y una tarde picada de granate concluyeron que en el Llano no quedaban caballos maltrechos ni serpientes *pudridoras*.

Sin el lastre de las magulladuras y los torcijones,

en posesión de nuevo del brío y del salvajismo,

los caballos desconocieron la supremacía del domador y desdeñaron la profesión de los castradores viejos.

Y vino la conmoción cuando las bestias saltaron los corrales e irrespetaron las monturas.

Y el *sabanero* recogido en su angustia llegó a exigirle con fiereza:

Powered by CamScanner

— ¡Devuélveme mis caballos!

Y Cavanerio, mesándose las crines, respondió:

— ¡He liberado a mis hermanos de sangre!. Te devuelvo, eso sí, tus serpientes.

Powered by CamScanner



Hawiiza

Mañana – cuando madure la *paujía* – se cumplirá otra fecha de la noche del cuarto de menguante cuando nacieron tantos críos que las comadronas quedaron sordas en plena media noche. Y hubo tantos bautismos que se agotó la agenda del santoral romano y fue preciso importar nombre de Hungría y Nueva Guinea. Así se conocieron nombre como Fowlk, Oveth e Igrh, pero el más armonioso fue Hawiiza, que se le dio a una niñita enclenque que nació, bajo los auspicios de un astro sin memoria, cepillándose los dientes con una pepa de sarrapia. Y esta Hawiiza, astróloga que fue, devolvió a las parteras los tímpanos rotos cociendo una badana con raíces de *astromelia* y cogollos de *estoraque*.

Fue la época famosa de los castradores de gatos. Los mismos que se afilan las uñas y pulen el bigote cuando el vaho de las hembras enceladas se riega por los pabellones de los hospitales, olisquea las heridas de los guerreros de Crimea y acaba por franquear los tabiques de la casa de Juan, el carretero. Los castradores viejos caminaban con pasos secos y hablaban entre ellos a media lengua por tener siempre ocupada la boca en pronosticar el tiempo. En tales días los pájaros carpinteros cantaban con las vísceras, como Edith Piaf, gracias a un cazador de pavas que se extravió en Fortul, en los riñones del Arauca, y vino a salir loco y *nuchoso* a las orillas del río Meta. Aún se refiere que gastó el resto de su vida en perfeccionar un nudo tibetano que llevaba ciento ocho vueltas y ciento ocho remates. También fue muy sonada la llegada de unos hombres altos y enjutos que vivían por centurias, y conocían

Powered by CamScanner

de pe a pa las historias de Simbad, el marino. Y en sus largas correrías por el golfo de Bengala, se complacían preguntado cada mañana: —¿Por qué, capitán, ordena igual ración de alimentos si, como lo aseguras, ha disminuido la tripulación?–. Lo cierto es que Porcio, con los desperdicios que recogía cada noche, cebó treinta marranos y cuarenta y dos gallinas *caretas*. Una de estas gallinas fue sacrificada en honor de la Virgen del Casco cuando la hija del porquerizo cayó con reumatismo fulminante y la madona los indujo a buscar su curación con leche cruda de la vaca ciega que pasta a tientas en las sabanas de Grimonero.

Hawiiza creció tierna y delicada y cuando llegó a la edad de las peinetas de colores se cubrió el cuerpo con un sayal y anduvo de aquí para allá, levantando cangrejos por la barbilla y redondeando una canción insulsa que jamás antes había escuchado. Una tarde – cuando el sol blando y poroso hundía las patas y se metía a codazos por entre los *bucares* – se descubrió a sí misma en los ojos de la perra. Su mirada, chocolate claro, se recortaba bajo el pliegue de las orejas, a punto de llorar. Por eso Hawiiza pudo reflejarse en ellos. Y estuvo tanto rato y tan cerca de la bestezuela que se impregnó de su olor húmedo debiendo bañarse una vez sí y otra no, con jabón de la tierra para librarse de la pestilencia. Al gastar cien pastas, se hizo el milagro de los zodíacos y no tomó alimento distinto a las guanábanas silvestres que maduran a orillas del río Pauto.

La enferma de reumatismo se volvió intransigente. Poco después de que cortaran los laureles y se almizclara la tierra con su fragancia nueva, la vapuleó la bilis y empapó tres cobertores con zumo de mangos filipinos. Bastó la imposición de las manos de Hawiiza para que la enfermita saltara del lecho y empezara a correr junto a la vaca ciega.

— ¡Hawiiza! ¡Hawiiza!

La niña abandona la *tarabita* y las crines, y dolida de los curvadores de grapas, restaña sus heridas hablando una lengua rara, sin vocales, que ni siquiera el bachiller Mojica, con sus tratados infalibles, ha logrado descifrar.

— ¡Mañana, Hawiiza, llegarán los desertores!

Y en efecto, llegaron: con los *máuseres* a modo de muletas y unos horribles deseos de vomitar. Hawiiza los friccionó con mieles y resinas y les extirpó unas agallas sospechosas

Powered by CamScanner

que tenían un fuerte hedor a carne achicharrada. Hawiiza era dulce y eterna como el corazón de las tortugas.

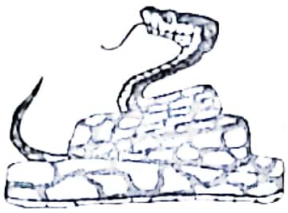
El verano vino envuelto en llamas. Las partidas envalentonadas por el viento del sudeste, abrían cuajarones de candela. El fuego mordía la hojarasca produciendo un ejército que consumía hojas y nidos, y desafiaba la preñez de cualquier nube buchona. Los incendios produjeron humaredas que cubrieron el Llano. La Galilea se dio un golpe de pecho tan bien intencionado que se le hizo una giba donde crecían las caraquitas. Las iguanas miméticas, presas de angustias sin cuento, se retorcían sobre las patas traseras para batir la cola sobre el ladrido de sus perseguidores hambrientos.

Y cuando ya el verano promediaba en humo y sangre, Hawiiza, la niña enclenque que nació en un cuarto de menguante, apareció en el umbral de la choza arrasada y con un ramo de *bozú* que le abría las ampollas recién formadas, borró las humaredas y acabó con las serpientes. Pero entonces, al emprender su aleluya los castradores y los caucasianos, los pájaros del monte que cantaban con las vísceras –como la Piaf– se la llevaron desnuda a sus dominios, colgando de los pies.

Cultura
BIBLIOTECA

Powered by CamScanner

Casa de la Cultura
Villavicencio



Los veteranos

Un poco antes –como unas tres horas antes de llegar a Santa Rita, el pueblo que fundara cincuenta años atrás el patriarca Nicolino Mattar– el comandante nos dijo que tuviéramos mucho cuidado. Que a lo mejor los sediciosos estaban apostados en los árboles de las riberas del *Vichada* y que de ser así, cualquiera de nosotros podía sufrir una buena *perdigonada*.

Con cuatro de mis compañeros y el capitán remontábamos el río en una canoa piloteada por un *guajibo* reclutado a la brava en Puerto Mosquito. Puerto Mosquito no es el nombre real del pueblo. Es Puerto Nariño pero hay allí tantos zancudos y tantos *jejenes* que la gente se refugia en los mosquiteros a las cuatro de la tarde y solo sale de ellos cuando el sol saca la cabeza por encima del promontorio de *Sanariapo*, en la república de Venezuela.

Detrás de nosotros venían dos canoas más con doce hombres en total, sin contar los tripulantes indígenas Por todos éramos, pues, el capitán Manjarrés, el cabo Viloria (un guajiro peligroso de mirada triste) y quince soldados, todos veteranos de la guerra con Corea. A los tres indios que *patroneaban* las canoas tuvimos que convencerlos con la mirilla de los fusiles porque inada que aceptaban los potes de sardinas que les ofrecíamos para que nos guiaran a Santa Rita donde estaban atrincherados en unas *topocheras* esos revoltosos que amenazaban con parrandearse la patria!

Cuando mi capitán José Gregorio Manjarrés Maldonado dijo eso, que tuviéramos cuidado con una perdigonada, todos nos miramos incrédulos pero el respeto para con un su-

Powered by CamScanner

perior que había dado sobradas pruebas de verraquera, nos obligó a disimular la sonrisa tapándonos la boca o mirando como apendejados el reflejo del agua. En ninguna cabeza cabía la perspectiva de morir en aquellos andurriales a manos de unos desarrapados que, según informes recogidos en Puerto Ayacucho, Venezuela, apenas sí contaban con una carabina de los tiempos del conflicto con el Perú, dos escopetas para tumbar micos y un revólver que no mordía todas las veces el fulminante de la cascarilla. En cambio nosotros los doblábamos en número y, por si fuera poco, disponíamos de FN belgas, los mortíferos fusiles de asalto que nos proporcionaron para frenar a los chinos en el conflicto del extremo oriente. ¡En cuanto a preparación militar sí ni qué hablar! El contingente nuestro que fue a Corea se seleccionó entre cinco mil ochocientos hombres y cuando Sanidad Militar dijo: *¡Estos son los mejores!*, es porque éramos eso, ¡los mejores!. Enseguida se nos dio un curso intensivo de contrainsurgencia en Tolemaida y otro más teso aún en Oakland, en el gran país del norte. Aprendimos a usar las armas más modernas, a activar y desactivar artefactos explosivos, paracaidismo, buceo subacuático, supervivencia en sitios inhóspitos y cuanto exige el arte de la guerra actual.

El día en que nuestro *Victory* echó anclas en el puerto coreano de Fusán olvidé el estribillo de que ustedes son *los defensores de la democracia*. Se hablaban muchos idiomas pero el del miedo era común en todos. El subteniente Manjarrés – desde entonces fue nuestro comandante – se echó un discurso bonito donde hablaba de la patria, de las padres, de la casa. Yo no entendía bien cómo podía afectarse Boavita, mi tierra, por el hecho de que los norcoreanos le atizaran duro a los coreanos del sur o viceversa. Pero, de todas maneras, ya nos encontrábamos muy lejos de la *tierrita* y no era del caso echarse a nadar en el Pacífico para salir a Buenaventura. El general Mac´Arthur se dirigió a nosotros, el ejército internacional, y con su bastoncito de mando nos señalaba el norte de la península y hacía señales de que debíamos arrasarlo todo.

— ¿Qué es lo que están murmurando ustedes, parranda de cabrones? – Rezongó el capitán Manjarrés volteando a mirar desde la proa de la embarcación. Y continuó: *¿Ustedes creen que Bayona es un salteador de caminos? ¡Olvídense! Es un médico loco, y un médico loco puede resultar mucho más peligroso que un cochino amarillo repleto de porquerías.*

Powered by CamScanner

Con mi capitán Manjarrés no era cosa de andarle buscando tres patas al gato. Yo creo que su mérito más destacado era la previsión. Olfateaba el peligro en el aire, y cuando él decía ¡Cuidado!, todos nuestros sentidos entraban en alerta máxima porque algo inamistoso operaba en contra nuestra. Con sus treinta y dos años mal cumplidos, mi capitán más parecía un jugador de béisbol que un militar del cuerpo de infantería. Nos sobrepasaba a todos en estatura pero cuando necesitaba desplazarse por entre los lodazales, movía las piernas poderosas con tanta agilidad y destreza que apenas sí se embarraba las suelas de las botas. En Oakland, en el gran país del norte, dejó boquiabiertos a los instructores gringos de tiro al blanco con pistola de nueve milímetros. El alto mando del ejército le otorgó autorización especial para reemplazar el fusil belga por un CETME de fabricación española, dada la eficacia que demostró con esa arma. En una barriada de Chunchon daba gusto ver a mi capitán Manjarrés con la browning en la izquierda y el CETME en la derecha, agazapado contra el suelo, quebrando a cuanto chino se le ponía enfrente luego de que Mao, con un sólo gesto de su ancha cara, diera orden a las huestes comunistas de tomarse el país, a finales de los años cincuenta. Eso si era algo que daba gusto. Mi capitán – para ese entonces era teniente – llevaba el casco incrustado sobre las cejas espesas y la nariz se le hacía más prominente a medida que olía sangre y pólvora. Tres dedos puestos en forma horizontal cabían con facilidad entre la nariz y la boca de mi capitán Manjarrés. ¡Tres dedos! Y esa tarde, cuando terminó el asalto a los amarillos, parecía que le había crecido un bigote frondoso. ¡Así sería la pólvora, la grasa y el humo que se vieron en Chunchon!

Nosotros, los colombianos, tuvimos siete bajas y media. Es decir, siete muertos y un compañero que quedó totalmente sordo al explotarle muy cerca un mortero enemigo.

— ¡Así peleamos los colombianos cuando un enemigo amenaza nuestra patria, nuestros padres y nuestra casa, carajo! – Dijo el capitán al terminar el contacto. Contrajo luego las mandíbulas de hierro – lo que acentuaba aún más sus pómulos - y salió hacia la enfermería a que le reventaran las ampollas que se le habían formado en las manos con el calor que agarró su arma española. ¡Es que nada es perfecto!

En eso de echar bala y hacerse cada tarde reventar las ampollas, estuvimos con el más valiente de los colombianos

Powered by CamScanner

(como le mandó a decir por carta el general Mac´Arthur) hasta que se firmó el tratado de Panmunjon. El gran país del norte mandó sus bombarderos B26 de regreso a casita y nosotros echamos en el morral algunos cachivaches comprados en Seúl, dos pares de botas reforzadas y la aliviadora convicción de que ni la patria, ni los viejos, ni la tierrita se hallaban en peligro. No hubo arcos para el recibimiento pero la cruz al valor que recibió nuestro jefe inmediato nos resarció de los padecimientos.

Faltando una semana para que se nos diera de baja en el servicio, el capitán Manjarrés (ya era capitán) reunió lo más granado del Batallón Colombia y nos dijo que la patria reclamaba de nosotros un nuevo servicio. (¿Israel? ¿Afganistán?) Que unos facinerosos de la línea maoista (¿el Ché Guevara? ¿Khadaffi?) estaban instaurando en las profundidades del Vichada (¿?) una república independiente. Que los comandaba un médico loco. Que ese médico loco se había atrevido a patear en Puerto Carreño, capital de Vichada, una mesa llena de manjares criollos donde el invitado era nadie menos que un ministro de estado. El tal Bayona, el médico, increpó duramente al alto funcionario por la falta de drogas para la comunidad y por el hecho de que un ítalo venezolano desempeñaba del otro lado de la frontera el cargo de cónsul honorario, y esquilmaba a cuanto colombiano requería sus servicios. Ofendido en su dignidad, el ministro ordenó ponerlo preso pero como no había ni un policía y el comisario no disponía de escopeta, la orden se quedó sin efecto y el médico echó a rodar por el suelo la ternera, el carapacho de tortuga, el marrano asado con pellejo y las obleas exquisitas de un pez llamado *palometa*.

Mi capitán Manjarrés hizo una pausa antes de señalarnos en un mapa el sitio exacto donde debía encontrarse el pateador: Santa Rita, una aldea refundida en los riñones del Vichada, a orillas del río que lleva este último nombre. Para llegar hasta allí es preciso viajar a Puerto Carreño, pasar a Venezuela y dar por este país un rodeo para evitar las cataratas de *Atures* y *Maipures*. Pérez Jiménez había dado ya su conformidad para que nuestra expedición hollara el suelo de la república soberana de Venezuela.

— ¿Con cuántos efectivos cuenta el enemigo? – Preguntó Viloria.

Powered by CamScanner

— ¡Información reservada!. Otra pregunta – Contestó mi capitán.

— ¿Con qué armas cuenta el enemigo, mi comandante? – Dije yo.

— Información reservada. Oportunamente se les informara.

— Permiso, señor – Dijo otro -. ¿De cuántos hombres consta nuestro comando?

— Ustedes quince, el cabo Viloria y yo. ¿Algo más?

— Mi capitán, ¿tendremos apoyo aéreo?

— Mire, ¡mejor cállese la jeta! A las dieciseis del veinticuatro partiremos de Tolemaida. ¡Quiero que sus belgas estén como nuevas! A más del pertrecho, la vitualla y los uniformes de campaña, recibirán dosis de vacunas contra el paludismo, el tétano y la fiebre amarilla. A la enfermería... ¡Aaarrrr!

Así fue siempre mi capitán Manjarrés. Previsor hasta de su propia sombra. En el cerro de la Teta, en Corea, nos salvó de morir a unos cincuenta soldados cuando ordenó de manera instintiva que descargáramos las armas sin descanso contra unos apacibles matorrales que se hallaban a un lado de la inhóspita senda. Allí, en efecto, se encontraba el enemigo y tenía preparado un nido de ametralladoras pesadas, un obús y suficientes granadas para volar todo un ejército. En eso sí no erraba mi capitán Manjarrés.

Así que cuando nos dijo que tuviéramos cuidado con el enemigo, dudábamos entre dar o no por cierto el peligro que entrañaba el médico Bayona y sus compinches. Y dudábamos porque unos soldados del grupo de Cazadores de Venezuela nos contaron que el *enemigo* no pasaba de la media docena y que sus armas se reducían a lo dicho: la carabina, las escopetas y el revólver de nueve tiros. En esos parajes – nos contaron además – los indios van de lado a lado de la frontera sin que la autoridad les interfiera el paso. Y es que esos miserables son tan indios en Colombia como en Venezuela. Y, claro, con esa franquicia remontan el Vichada disputándoles los huevos de tortuga a los pajarracos, y acarreando montoncitos de leña que venden por cualquier cosa en Puerto Ayacucho, capital del Territorio Federal Amazonas. Semanalmente los guajibos se entrevistaban con Bayona en Santa Rita, y el matasanos parecía complacerse en pararles las *churrias* a los hediondos indiecitos de teta y librar de la muerte a las indias que se pudren por dentro cada vez que acaban

Powered by CamScanner

de parir. El médico vivía en una casa hecha con palmas y bejucos y sus amigotes parecían ser unos resentidos que deambulaban por los Llanos, sin Dios y sin Santa María, pidiendo justicia y libertad cuando en este país cualquier ciudadano puede solicitar lo que se le venga en gana a la autoridad legítimamente constituida. Y tiene tierra más que suficiente para que se desbaste los talones. ¿Qué tal?

El tal Bayona, según supe luego, tuvo buena cuna y tan es así que llegó a doctorarse en medicina y a especializarse en el extranjero en farmacología. O sea que el dichoso señor puede decir a ojos cerrados lo que contiene un medicamento. Y de allí surgió el problema porque a todo quería ponerle peros. ¡Esta droga es mala! ¡Esta no sirve! ¡Esta es inocua! Bueno, pues ¿qué? ¿No hay acaso libertad en este país para comparar lo que uno quiera? ¿Es que el gobierno acaso le ordena a uno: *¡Tiene que comprar este remedio!?*. No señor. Eso no es así. Uno compra lo que quiere y punto. Supongamos, por ejemplo, que a mí que ya estoy viejo, se me pagara mi pensión como veterano de la guerra de Corea y se me diera la gana por gastar toda la plata en comprar aspirinas, ¿quién me lo podría impedir? Nadie, ¿verdad?. ¡Nadie!.

Decía que el doctor Bayona se sintió muy gallito donde trabajaba primero y, claro, sus jefes lo pusieron en la puerta del hospital con la advertencia expresa de que le harían cancelar la licencia si seguía jodiendo. Y es que no es para menos. Si a una persona se le dan oportunidades de estudiar y trabajar, ¿de dónde acá se va a poner a mortificar a sus superiores con la cantaleta de que esto no sirve o de que esto está mal hecho? Por eso es que estamos como estamos.

Dando volteretas el medicucho llegó a Puerto Carreño y empezó a recetar a los indios sin tomar el parecer del médico oficial. ¡Nada menos! Este se defendió, como es lógico, y le puso su parte al ministerio de salud. Luego dizque resultó agarrado con el señor cónsul honorario de Colombia en Puerto Ayacucho, república de Venezuela, por cobrar en dólares las gestiones que hacía a los colombianos. A esto vuelvo yo y pregunto: ¿Qué necesidad tienen de irse a Venezuela los colombianos? ¿Es que no hay en este país suficiente paz, justicia y libertad?

La patada que le dio Bayona a la mesa ministerial fue la gota que rebasó la copa. Nuestro hombre, nuestro objetivo.

Powered by CamScanner

supuso que algo grande se le vendría encima y, semanas más tarde, se *ensoló* en el monte más espeso del Vichada y se fortificó detrás de unas matas de plátano, con el evidente propósito de rebelarse contra la autoridad legítimamente constituida.

Ya con la pura tarde llegamos a Puerto Mosquito, y los cuatro o cinco ribereños palúdicos no salían de su asombro viendo nuestros uniformes camuflados y nuestras modernas armas de combate. Los muy rústicos pensaban que había estallado un conflicto con Venezuela. Pasamos una noche de perros porque después de cenar sardinas en lata con *casabe*, debimos guarecernos bajo los mosquiteros para evitar los ramalazos de la plaga. Yo no entiendo cómo puede aguantarse esa gente semejante infierno pero... ¡allá ellos!. ¡Son libres para elegir! Afortunadamente nuestro capitán había ordenado vacunas para todos y varias dosis de aralén, por si acaso. Es que así era nuestro comandante. No bien el sol se insinuó sobre el morro del Sanariapo, todos nos hallábamos listos para dar el gran golpe. Solamente teníamos un inconveniente logístico: ¿Cómo íbamos a remontar el río Vichada? Los vecinos no tenían sino una *curiara* con capacidad para cuatro personas como máximo. Un viaje por tierra en esa época de lluvias, equivalía a un desastre. Eso nos aseguraba un vecino. Planeábamos la construcción de una balsa cuando la solución nos llegó por las aguas del Orinoco. En tres embarcaciones grandes bajaban tres familias guajibas de los lados del Guainía. El capitán ordenó: *¡A ocultarse, aaarrr!*, no bien advirtió a lo lejos el movimiento de las canoas. En un santiamén rodeamos a los navegantes, ya en el barranco, y por un momento creímos que todos iban a morir de un síncope. ¡No era para menos! ¡Tenían al frente a los guerreros más esforzados del Batallón Colombia!

El capitán impuso su autoridad. Y los guajibos se quedaron como si los hubiéramos plantado en la tierra: ¡Quietos!. Con gesto amable sacó aparte a tres indios jóvenes y fuertes y les dijo que necesitaba ir, Vichada arriba, hasta la casa del doctor Bayona. Un indio viejo y *lenguaraz* tomó la palabra en nombre de todos y le salió con éstas a mi capitán Manjarrés: *No, capitán* (hasta un primitivo podía reconocer su grado), *nojotros yendo Puerto Ayacucho porque teniendo janipa y calentura*. Un vecino explicó que *janipa* es hambre y mi capitán ordenó al dueño de la bodega que trajera sendos potes de sardina en aceite para los indios. Todos se negaron a comer

Powered by CamScanner

como si los pescados que ellos sacan fueran de mejor sabor que las sardinas en aceite. Mi capitán desaseguró entonces la CETME y se la puso en la sien al vejete grosero. Nosotros hicimos lo mismo con los otros y en un abrir y cerrar de ojos, íbamos embarcados en las canoas pero cuidándonos antes de amarrar por un tobillo a nuestros diestros *canaleteros*. Aplastados en las embarcaciones empezamos a hundirnos en esa jungla de espanto. Los más, fumábamos para espantar las hordas de mosquitos que se nos metían por las narices con la persistencia de los chinos narcotizados. ¡Y estornude! El río Vichada es bastante manso y discurre por entre una vegetación virginal y totalmente solitaria.

— ¡Hablen y estornuden en voz baja, cabrones! – Nos suplicó el responsable de la operación que, por nada del mundo, admitió que su canoa fuera la última. ¡Siempre debía ser el primero en todo!

Sabíamos que al regresar del Vichada, en Bogotá lo esperaban los galones de mayor, y luego los de coronel, y luego los de general... y así. El indio que iba en nuestra canoa era el más *ladino* y *baquiano* de los tres, y por eso nuestro jefe ordenó que, a más de las amarras, le mantuviéramos la boca de un fusil en los riñones por si al condenado se le daba por jugarnos una mala pasada. ¡Nunca se sabe con indios primitivos!

— ¿Falta mucho? – Le preguntó mi superior al indio y éste respondió:

— Falta mucho.

Mi capitán se dio un golpe seco en la parte de la cara que mantenía libre del círculo del casco. Se mató un zancudo lleno de sangre. *¡Ya me la pagarán, malditos!* Masculló y todos sonreímos porque sabíamos que no se estaba refiriendo a los zancudos. Al cabo de un buen rato volvió a preguntar:

— ¿Falta poco?

El indio respondió:

— ¡Falta poco!

Como caído en la cuenta de que algo no funcionaba bien, el más veterano de los veteranos de Corea, le gritó al canaletero:

— Bueno, falta mucho o falta poco, ¡grandísimo malparido!

Y el indio asqueroso dizque va y responde:

— Falta mucho y falta poco, ¡grandísimo malparido!

Powered by CamScanner

Desde lo de Chunchon, en Corea, yo no había advertido en mi capitán Manjarrés Maldonado tanto ímpetu y coraje juntos. Se puso lívido y contrajo las mandíbulas con tanta fuerza que le rechinaron las muelas. Despedía fuego por los ojos y alzándose en la proa de la canoa, apuntó la ráfaga del arma a la cabeza del indígena. Para evitar que el indio se lanzara al agua, el cabo Viloria lo sujetó con destreza al plan de la canoa.

— ¡No le dispare, mi capitán, porque puede alertar al enemigo!- Le grité yo.

Y esta frase fue la que salvó al indio y, probablemente, al guajiro de los ojos opacos.

— ¡Indio de mierda, otra mamada de gallo y te cuelgo los huevos del pescuezo! ¿Ya vamos a llegar donde Bayona?

Sin sangre para alimentar a un jején, el guajibo estiraba el tosco brazo indicando que unas vueltas más adelante se encontraba el objetivo. Era risible pero la lección le sirvió lo más de bien porque, de ahí en adelante, fue dando señales que indicaban la proximidad del campamento. En una playa de arenas blancas, el capitán ordenó desembarcar y al reunirnos, dijo perentoriamente a los indios:

— Ustedes, cabrones, van a ir al frente y imucho cuidado con intentar volarse porque no podrán correr más que una bala!

Después nos distribuimos en tres alas para tomar en herradura la fortificación del matasanos. *Al que medio se resista, ¡lo pelan!*, ordenó.

A mí me correspondió avanzar con mi capitán. Realmente me gustaba verlo dar esos trancos elásticos de gato bien entrenado. Hacía un calor de todos los diablos pues llevábamos el casco blindado enterrado hasta los ojos. Mi capitán seguía al indio por la espesura como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. La manga derecha enrollada me permitía ver su poderoso brazo cargando la ametralladora; la izquierda descansaba sobre la chapuza abierta de la browning. En la bota de doble correaje asomaba el mango de carey de un filoso cuchillo dentado de guerra. Estos cuchillos están calibrados para ser arrojados como un proyectil que siempre cae de punta. Que lo digan, si nó, lo coreanos. Los proveedores van en la parte trasera del cinto de mi comandante. Adheridas al torso, se ven las granadas de fragmentación.

Powered by CamScanner

Todos sabíamos que él solo se bastaba y sobraba para *serenatear* a los revoltosos. Pero, con esa pasión enfermiza por verlo entrar en acción, lo seguíamos por la maleza de bejucos, ortigas y cortadoras.

El capitán hizo detener al indio en su experto trotecito y le preguntó por el enemigo. El guía se limitó a hacer círculos en el aire. Con la barba que empezaba a crisparle el rostro, nuestro capitán ordenó seguir la marcha mientras con la diestra armada decía a las demás patrullas que se desplegaran. A medida que profundizábamos en el monte, la espesura se hacía más cerrada. De pronto, nuestro *baquiano* se detuvo. Miró receloso a los alrededores y, en vez de seguir el rumbo que traía, señaló una trocha abierta en la maleza.

— *¡Allí! ¡Allí!*

Dijo en muy buen castellano el apestoso guajibo que, hasta entonces, no había pronunciado una sola palabra por su cuenta e iniciativa.

El capitán le clavó las pupilas y supo que, en efecto, el enemigo se encontraba muy cerca. Así, pues, sin más reparos, se adelantó al indígena con las armas listas, a tiempo que ordenaba por lo bajo:

— ¡Como en Chanchun, cabrones!

Mi capitán Manjarrés iba prácticamente a gatas, abriéndose paso por entre los enmarañados bejucos, buscando con los ojos el objetivo que no era otro que Bayona y sus compinches. Iba así cuando de entre la hojarasca húmeda, algo – como un destello naranja – se alzó y le hincó los mortales colmillos en el cuello. Mi capitán Manjarrés Maldonado, José Gregorio, soltó sus armas de muerte para llevarse en medio de estrafalarias contracciones, las manos a la yugular herida. La *cuaima*, la más mortífera de las serpientes del Orinoco, extendió los anillos formidables y haciendo *eses* se perdió en la selva traicionera. Lejos, chapoteaban en el río Vichada los asquerosos indios.

— Disparen, cabrones, dispareeeee – gritaba entre gorgoteos de muerte mi valiente capitán. Nosotros, como locos, desaseguramos y apuntamos con nuestros temibles fusiles de asalto, pero... ¡no supimos a quién soltarle las descargas!

Powered by CamScanner



El buitre ciego

De los valles de Abel Sittin salieron volando los buitres rumbo a Oriente.

Pero el sol de la canícula les quemó los ojos.

Transponían el Gran Desierto cuando el hambre descubrió la proximidad de la carroña.

Y volaron en círculos calculados hasta posarse en el sitio donde un príncipe, emisario de Nínive, había caído en dura lucha.

El buitre más osado se acercó a los reales despojos y, no sintiendo ruido alguno, irguió el pico, recogió las alas y descargó un golpe ciego que alcanzó el robusto cuello por donde las clavículas se miran sin juntarse.

El pico atroz rompió la piel y se hundió profundamente en la garganta hasta despuntarse con un anillo de oro en forma de serpiente que era clave de paz en poder del emisario, y enseña de guerra en las manos enemigas.

Powered by CamScanner



El hachero

Sudaba. Con el sudor salobre y pegachento de los palúdicos sudaba. El trabajo en ayunas lo hacía sudar aún más. Como una babosa informe, la franela se le pegaba al cuerpo. El pelo liso al refrescarse un poco, parecía cerdas de mula.

¡Cuánta dificultar para mirar la copa del árbol gigantesco! Debía echar la cabeza hacia atrás, en esa actitud exánime de los desnucados. Cada vez que veía el cañón inflexible del árbol, se sentía impotente. Pero aquella mañana se había dicho: *¡Hoy lo voy a tumbar! ¡Voy a amolá el hacha! ¡Veremos si antes de la dos, no brama!*. Era las nueve de la mañana y estaba sudando copiosamente.

¡Cuánta dificultad para mirar la copa del árbol gigantesco!. Recorrió de nuevo el cono y sintió vértigo. Aquel *trompillo* descomunal le estorbaba. No podía dejarlo en la mitad del espacio destinado para el *conuco*. El conuco significa mucho: los plátanos, la yuca... el pan de los que no conocen el trigo. Por las noches, desde el patio de la choza, contemplaba el árbol que proyectaba su sombra como una sonrisa sardónica y oscura. Y aquella mañana se había dicho: *Hoy lo voy a tumbar, veremos si antes de las dos no brama...*

La guacamaya paseó su lenguaje de plumas de modo impertinente. Lanzó una especie de carcajada. Un *picure* mascaba frutos en la maleza con un tic tac tic de palitos que se quiebran o de frutos dehiscentes que se abren con el calor. *Voy a amolá el hacha...* Y la piedra de esmeril había desbastado la herramienta produciéndole un filo capaz de hacer bramar a un *guamo*... o a un *algarrobo*... Pero aquel trompillo...

Powered by CamScanner

(¡Con un hacha así, una enana decapitó a un hombre que estaba en cuclillas picando un cuero!)

El corte estaba bien hecho. Más o menos a la altura de la cintura. Por la parte superior bajaba oblicuo; por la inferior, recto y plano, como para hacer un *butaco*. Corte de hachero. Pero la madera era dura y las astillas tenían uñas de hierro que se aferraban desesperadamente al tronco. Impulsaba el hecha rítmicamente... tan... tan... tan. El eco del monte reproducía ese sonido unas fracciones de segundo más tarde. Los animalitos perdían la desconfianza y llegaban al borde del limpio a curiosear. Cuando los ojitos ariscos e inexpresivos de los animales quedaban satisfechos, regresaban al monte a seguir mirando las maravillas de su mundo proceloso.

Dos meses largos había gastado el hombre el talar aquel pedazo. Y diariamente posponía el árbol para el siguiente día. Hasta que el ruedo se abrió, dejando un huérfano en la plenitud de su duramen. No más dilación. Reinició el trabajo. La guacamaya emprendió el vuelo sin gritar. Las manos casi juntas en el cabo. La pierna echada hacia delante para facilitar el desplazamiento. El cuerpo torsionado en cada golpe. El sudor palúdico de nuevo. El árbol imperturbable. Las selvas del *Sarare* araucano...

(Cuando tenga el conuco, *no faltará quien me regale unos* colinos *y unas* plantas *de yuca. Voy a sembrá también maíz. Puede sé que la mujé me atienda y se venga conmigo. Teniendo pan, no pasarán hambre sus cuatro* bejigos. *Haré una* balsa *y sacaré los plátanos al pueblo. El maíz ta a buen precio. Podré tumbá la choza y hacé una buena casa de* adobe. *La mujé no es fea y es muy trabajadora. Sus muchachos me pueden ayudá a hacé los adobes pa la casa y a cuidá el conuco. ¡Carajo! ¡Este sudor me ciega! Vea como son las vainas: si tuviera una mujé, no estaría en ayunas. El hacha se tá poniendo* jabuda... *pero si voy y me pongo a amolala, me cogen otra vuelta los calambres. El bulto de maíz tá como a doscientos pesos y aquí me puedo sacá unos viente bultos... ¡No tá nada mal! ¡Carajo, voy a echá una descansaíta! ¿Cuál descansada, flojo del carajo? ¡Démosle! ¡En ocho tirones me lo llevo, si Dios quiere! ¡Ya deben sé como las once de la mañana por que el sol ta´ bien alto! Ya casi le llega al penacho de esa palma. ¡Ojalá pique un bagre! Pero ¿qué tal que los caribes se haigan comío la carnada? Si no ajila un pescao en el anzuelo que dejé tendido esta mañanita, tendré que*

Powered by CamScanner

conformame con yuca sancochada y guarapo. ¡Qué vaina tan arrecha! ¡Qué palo tan arrecho!)

El pedazo de tierra bien podía arrojar los veinte bultos de maíz. En esto estuvo acertado. Pero sí hubo una cuenta que le falló. Iban ocho tirones y el árbol no daba señales de debilidad. Cuando se aproxima la caída de un árbol de talla, los pájaros se alejan del contorno y un estiramiento de vértebras parece que estremeciera a la masa vegetal. Las hojas elevadas se tensan como orejas de mamíferos selváticos. Y es que en las selvas profundas un espíritu anima el corpachón de hojas, racimos y bejucos.

Las cuatro de la tarde. El hombre enceguecido y virtualmente convertido en máquina. Orgullo del hachero. Existencias que se afincan en los brazos y las piernas desnudas. Hombres que no mueren al pie de los cipreses, ni meditan junto a las higueras, ni se ven ensalzados con los verdes laureles...

El grito no fue de miedo. Fue un grito de nervios. El grito nervioso es rápido y no contare mucho la boca. El grito se afincó más en la *a* que en la *y*. Los anillos de la *cuatronarices* montañera se recogieron formando una rosca negruzca y venenosa. El más terrible de los ofidios, junto con la *cuaima*. De fauces que se abren como la mano de un niño y colmillos que parecen espinas de pescado. El hachero se volvió y tuvo la certeza de lo ocurrido: no habría conuco, ni mujer y poco importaban la carnada y el anzuelo. ¡Todo había concluido! Y con un esfuerzo superior al reunido en todos los golpes asestados en el día, descargó el hacha sobre el rollo mortífero y lo dividió en cuatro pedazos. Aún animada por el odio, la cabeza se abría, se distendía, y una leche blancuzca manaba de sus colmillos.

La herida era en la corva. El veneno subía por la pierna. Al principio, un adormecimiento lento; luego lo que viniera: los espasmos, la sangre brotando por los poros como un sudor pegajoso, los rictus de dolor... ¿Y el trompillo? El tan... tan... tan... volvió a ofender la monotonía, y a atosigar el silencio de la tarde muriente.

Cuando el árbol se sintió perdido, hubo un profundo remezón en las alturas y con un sonido ronco, disnéico, se acostó pesadamente dejando un claro pacífico en la selva.

¡Sólo entonces pudo verse que el sudor y la sangre y la sabia no se reconcilian y que por canales distintos cada cual va a la tierra!

Powered by CamScanner



El chapuzón de Lázaro

El 24 de enero de 1966, a la una de la tarde, hizo un calor inaguantable. El único termómetro del pueblo marcó cuarenta y tres grados de temperatura a la sombra. Ni la más leve racha de brisa movía la copa de los árboles. Todo dormitaba en aquel ambiente asfixiante. Los pájaros negros llamados *orígüelos* esponjaban las alas y abrían el pico en demanda de aire fresco. Si un muchacho travieso hubiera querido fastidiarlos, lo habría podido hacer a su antojo porque estas aves están bien advertidas que el sol del Orinoco, en los momentos extremos de la canícula, incendia las barbas de las alas y derrite los picos como si estuvieran hechos con cera de abejas.

El día empezó como cualquiera otro del verano. Desde la madrugada se insinuaron sobre el Picacho los primeros cuajarones de candela amarilla y en el instante en que el sol traspuso la raya del levante, el fresco de la mañana cedió el sitio a un calor creciente que llegó hasta la sofocación en la primera hora de la tarde.

El párroco del Picacho está entrado en años. La calvicie hereditaria le causa destrozos en la coronilla. Se desapunta el botón más alto de la camisa y cierra abruptamente el libro en que ha estado buscando la frase oportuna para su próximo sermón. Se enjuaga el rostro sudoroso y por un momento vacila en servirse otro vaso de naranjada. Se contiene ante la insufrible sensación de llenura. No pudo almorzar. La muchacha india que le prepara los alimentos, recibió aquel 24 de enero una respuesta inusual: *Déjalo para más tarde, Josefina. ¡Ahora tengo mucha calor!*

Powered by CamScanner

Pero, a más del calor, lo trae preocupado el rumbo que está tomando la juventud en el pueblo. No obstante lo minúsculo, en el Picacho funcionan dos negocios donde las parejitas bailan, beben licor y se acaramelan más de lo debido. No se explica el buen cura la actitud pasiva y complaciente de ciertos padres de familia que permiten a sus hijos un proceder que linda con el descarrío. Pero toda moderación pasó de largo cuando se enteró de buena y respetable fuente que Aurorita – ¡la niña Aurora! – se había emborrachado y había dado todo un espectáculo con un compañero del mismo curso. Que ese escándalo hubiera venido de Clemencia o Marina, ¡vaya y vega!. Pero, ¿que la protagonista fuera Aurora? ¡Eso era inadmisible!

El padre decidió atacar el mal a fondo. Mandó a buscar a los padres de la niña pero el emisario le informó que éstos se encontraban viajando por el río Meta hacia Puerto López, y que la tía había dicho lo siguiente:

— Mirá, yo ya sé para qué me llama el padre Lázaro. Eso ya lo sé. Así que dígamele que mejor cuide el rejo de su campana que yo me encargaré de cuidar a mi sobrina.

La niña Aurora siempre fue un espejo de virtud. Cada día se trajeaba con prendas que llamaban la atención por su recato y limpieza. Cada ocho le llevaba a la Virgen los más hermosos ramos de *caléndulas*. Cada año obtenía las mejores notas del curso y de la escuela. Daba gusto verla. Con sus vivísimos ojos negros y su sonrisa maravillosa semejaba una imagen italiana. Tenía quince años y todo su ser exhalaba perfección y armonía. Cantaba como los ángeles y el buen párroco sabía que la concurrencia a misa mayor dependía de la bellísima corista. *El que se case con Aurorita será el hombre más feliz de la tierra*, pensaba el religioso.

De aquí su desconcierto cuando un vecino (el notario, digámoslo sin rodeos) madrugó a contarle que Aurora había sido llevada en guando hasta su casa la noche anterior, luego de dar un bochornoso espectáculo con un amiguito escasamente mayor que ella.

El sacerdote se santiguaba mientras el notario le refería todo lo que había presenciado desde la ventana entreabierta de su casa. Finalmente dijo de manera apodíctica, mientras se frotaba las manos bien cuidadas que es algo que hacen todos los curas:

Powered by CamScanner

— ¡Bueno, yo creo que ya es hora de hacer algo!

La razón enviada por la tía de Aurora dejó muy confundido al párroco, quien se prometió a sí mismo investigar la conducta de esa señora, llegada hacía poco de *arriba*. Censuró a los padres de la niña por confiar esa prenda a una persona tan poco recomendable.

Aquel 24 de enero – si lo recuerdas bien – era sábado y estaba cerrado el único colegio donde se impartía enseñanza oficial hasta el tercer año de bachillerato. De otro modo habría enviado por el rector para contarle – si es que no lo sabía – los sucesos de la noche pasada y arrancarle la promesa formal de que se tomarían medidas disciplinarias. La noche anterior, precisamente, había tenido un sueño extraño e incomprensible. Había soñado que el dios pez de los antiguos caldeos se le había aparecido junto al altar donde oficiaba la misa y le había dicho con su boca sin lengua:

— ¡Lázaro, ven conmigo!

Como discípulo de Cristo sacrificado se había reído en el sueño del despropósito de *Oanes*, el dios de las escamas. Durante la bochornosa mañana para nada se ocupó del asunto.

El padre Lázaro sabe que con el alcalde no se puede contar. El alcalde le rapó las palabras de la boca cuando quiso, días atrás, cuestionarle el otorgamiento de licencia a "ciertos negocios dudosos". El mandatario dijo que a esos negocios dudosos nadie entraba en contra de su voluntad, y que la administración necesitaba recursos para poder pagarle a los maestros. Si, con el alcalde no se podía contar. Pensó escribirle al señor ministro de gobierno o al señor obispo pero consideró que este expediente demoraría más de lo debido y entre tanto, se le derrumbarían el pueblo y las costumbres. Consideró, en consecuencia, que un sermón bien instrumentado, con referencias expresas a Sodoma y Gomorra, podría tener un efecto inmediato mientras se tomaban medidas de fondo como la remoción del alcalde y el sellamiento definitivo de los centros de perdición.

Sodoma y Gomorra – recapacitó – *son lugares muy trajinados. Debo buscar algo más efectivo... más actual... más dramático.*

Echó mano de libros sagrados y profanos en busca de ese sitio tremendista hasta que el calor lo amodorró aquel 24 de enero.

Powered by CamScanner

El padre Lázaro tiene una calvicie incipiente y cada día, después de la misa, advierte con angustia que el cordón pide más juego ante los embates de la barriguita. *¡Es de tanto beber líquidos!*, dice, sonriente, a los feligreses que le hacen bromas inocentes al respecto. Él sabe que el agua no es la única culpable pero celebra bondadosamente las alusiones.

Después de pedir a Josefina que guardara el almuerzo para más tarde, el padre sale de su estudio decorado con láminas de santos en plan de martirio y de vírgenes que pisotean enormes serpientes de fuego que nunca fueron clasificadas por Linneo. El estudio y la alcoba se comunican entre sí por una abertura sin puerta que disimula una cortina de gasa. A través de la gasa se mira la espaciosa cama, firme y maciza, cubierta con un edredón morado. Sobre la cabecera, en la pared inmaculada, se destaca un gran Cristo de madera opaca. Probablemente es madera de *balso*. Este crucifijo fue el obsequio de su madre el día de su ordenación en Duitama. En el estudio propiamente dicho, a más de los cuadros, descansa un soberbio escritorio de cedro que transpira orden y reposo espirituales. A la izquierda, un estante repleto de libros caros por aquello de la lengua en que están escritos. Dos sillas de alto espaldar dan el frente al escritorio como queriendo insinuar que se debe entrar al despacho de dos en dos. En un rincón –único detalle vivo– se eleva casi hasta el techo una palmera a la que le viene quedando pequeña la matera de color ocre.

El sacerdote abandona el estudio, pasea un rato por el corredor de baldosas blancas intercaladas con grises, y desciende el andén para aproximarse a los portentosos mangos donde los pájaros esponjan las alas y abren el pico de mentiras. *Si un muchacho travieso...* etcétera. Todo está quieto. Advierte que las tufaradas de calor salen de todas partes. *Dicen que así se pone el tiempo cuando se aproxima una borrasca*. Piensa. En siete años y ocho meses que lleva en el Picacho nunca había experimentado tanto bochorno. Bueno, tal vez esa mañana sí experimentó un bochorno parecido con lo de Aurorita... pero ese fue un bochorno moral. Se detuvo. Miró el reloj de números romanos que le obsequió el pueblo cuando cumplió cinco años de ministerio, y esperó. El reloj de la torre dio dos campanadas secas y profundas. *Al menos los relojes están cumpliendo bien*. Pensó. Volvió al estudio y llamó a Josefina: *Hija, puedes llevarte esa jarra y el vaso porque si sigo tomando* preparada, *me voy a reventar*.

Powered by CamScanner

Después de las tres de la tarde comenzaría a soplar una brisa imperceptible. Él lo sabía. Y a partir de entonces, el tiempo sería más llevadero. Para entonces reanudaría la búsqueda de la cita que necesitaba porque al día siguiente, las dos mil almas del pueblo tendrían que llevarse la mano al pecho para recapacitar. *¡Señor, pero este calor no se aguanta ya!* Dijo en voz alta. Sentada en una mecedora de mimbre después de haber retirado la jarra con la limonada, y con el perrazo de la parroquia adormilado a sus pies, Josefina levantó los ojos de las baldosas y dijo con la mayor naturalidad del mundo:

— Su señoría, y ¿por qué no baja al Orinoco y se dá un chapuzón?

El sacerdote se volvió como si hubiera escuchado una herejía: *¿Yo?*

— Sí, su señoría. Orita hay medio pueblo chapoteando en el río y nadie va a decí nada porque usté –que es un santo– se bañe un ratico. Así se le quita el calor, viene y almuerza y se pone a hacé sus cosas...

— Pues... mira... ¡Mira que no es mala idea! Pero ¿qué vestido de baño me pongo si yo nunca me he bañado en ese río?

— ¡Ah, no! ¡Por eso sí no! Yo le tengo bien guardaíta la pantaloneta que su señoría se ponía hace años cuando jugaba pelota con los muchachos. Está como nueva y de seguro le va a quedá bien... a pesá de la barriguita...

— ¡Malcriada! Tráemela y búscame las pantuflas de cuero, un toallón grande y una pasta de jabón. No olvides mi jipijapa. ¡Sí, señor! No tengo por qué dejarme sancochar al vapor. ¡Vamos, hija, muévete!

Los bañistas son de preferencia muchachos que se meten al río luego del almuerzo y permanecen allí jugando hasta que regresan a clases a las tres de la tarde. El rector vive repitiendo: *¡El Orinoco les va a hacer perder el año!*.

Cuando el padre Lázaro aparece en el barranco con el sombrero de palma, el torso desnudo y el toallón ceñido a la cintura como si fuera una bata, los muchachos inician una terrible algarabía que hace que los vecinos de las proximidades salgan a la puerta para ver lo que está sucediendo.

— ¡Eso, padre Lazo, eso!. – Grita un morenito de cara afilada y dientes ralos.

— ¡Venga, venga, señó cura! ¡Yo le enseño a nadá!– El padre Lázaro ríe bondadosamente. Agita la mano libre y pide

Powered by CamScanner

que no griten tanto. Con la derecha se asegura el toallón, pudibundo.

— ¿Qué creen ustedes, mocosos sinvergüenzas, que este río lo hizo Dios únicamente para ustedes? ¡No, mis angelitos! ¡Este río es de todos!

— ¡Venga, venga, padre Lazo! ¡Yo le enseño a nadá!

—¿ A nadar? ¡Estás loco! ¡No! Yo sólo vengo a darme un chapuzón en la orilla y ¡listo! ¡Así que ya pueden dejarme solo!

Ulises, el viejazo que habita la casa donde vivió la turca Zoraida Ayram, la de la Vorágine, sonríe desde el barranco y aplaude el gesto humano del buen sacerdote. Entusiasmado con la bienvenida de los pequeños, y las arengas que bajan por el barranco, el párroco se despoja del sombrero y las pantuflas y junto con el toallón de colores, deja su equipo en la orilla. Cuando el agua le llega a la rodilla, aumentan los aplausos. Un malandrincito sacude las manos para salpicar al cura. *¡Quieto, quieto, bribón!*. Grita el nuevo bañista del Orinoco. El agua le llega un poco más arriba de la cintura y el religioso se santigua. Acuenca las manos y se lava, entre respingos, la cara y los hombros. El agua fresca le baja por los hombros y denuncia al pasar la infinidad de pecas repartidas por la espalda.

Ni por un instante pensó el buen sacerdote en la deprecación de Oanes: *¡Lázaro, ven conmigo!*.

— Bueno, ahora sí. Cuando ustedes cuenten tres, me daré mi chapuzón. A ver...

— ¡Uno!

— ¡Dos!

— ¡Tres!

Lázaro se sumerge. El agua lo envuelve en su sudario. Tras el fruncimiento inicial de los músculos, surge una tranquilidad indefinible. Las lenguas del agua, con placer casi sexual, lamen las axilas hasta hace poco atormentadas por el calor. Porfía el agua por entrar jugueteando en las fosas nasales pero el santo del Picacho contiene la respiración y el aire tapona las entradas. Sus pies de montañero andino juguetean con las arenas del fondo del cauce y el picor de las pequeñísimas aristas produce un agradable cosquilleo. Flota. Lázaro parece flotar entre holanes y almidones. El calor se licúa y el abanico de las aguas comunica una vivencia jamás antes experimentada. ¡Qué paz! ¡Qué alivio! ¡Cuánto despilfarro al dejar pasar

Powered by CamScanner

el agua sin aplacar el calor y la sed de los humanos!. A lo mejor el hombre nació para vivir bajo el agua como los peces. A lo mejor el paraíso existió bajo el lecho de un gran río y el pecado original consistió en desobedecer el mandamiento de Oanes, el dios pez de los caldeos antiguos. El pecado condenó al hombre a vivir y morir sobre la concha dura de la tierra. Todos fuimos en algún instante de la existencia peces de colores. Los inmaculados del dios vivo llevaban escamas de oro y plata mientras los impíos y los réprobos se fueron recubriendo de un cuero baboso y repugnante. Los pecadores fueron atrapados por terribles demonios provistos de patas y bigotes, y fueron izados a la superficie caliente para que murieran en indecibles padecimientos. Todos fuimos en algún instante de la vida peces de colores.

Antes de que existiera el agua, ¿cómo viviría la raza humana? ¿Abrumada de dudas? ¿Temerosa de sus sombras? ¿Pendiente de los gritos de los monos que aúllan de hambre y de miedo ante el fragor de las tempestades? Dios es uno y trino. Y el agua tiene que formar parte de la trinidad. Moisés partió las aguas para que el pueblo nunca más sintiera sed. El agua tiene un cielo y es un cielo de agua. El agua es infinita e incorruptible: sube a la nube, como un pájaro, y desciende como el relámpago a fecundar la estepa muerta y luego se reúne en el cauce eterno. El Dios vivo llama al agua que ha descendido de los cielos para que rinda cuentas. *¡Ahora irás a Cafarnaúm!*, le dice el Hacedor, y la augusta sustancia parte de nuevo con su sonrisa que reparte en gotas, en olas, en diluvios. ¡Qué paz! ¡Qué delicia! El pastorcito bebe el agua que brota de la montaña y hay un canto feliz en la montaña cada vez que el pastorcito bebe y alimenta el valle. El rey Midas pedía agua porque toda la riqueza de la tierra es poca y es nada frente al arroyo limpio que acaricia y restaña las partes dolidas. ¡La sed es humana! Es una limitación humana. ¡El agua es la sustancia misma de Oanes! ¡Es la sangre de Oanes, el dios pez! Dios es agua y también el hombre es agua. Por esto se dice que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Si al hombre se le extrae hasta el último soplo de agua, entonces se convierte en un montón insignificante de cenizas que fácilmente disipa el aire. Al morir, el agua del cuerpo del hombre se presenta ante el Dios vivo y éste le dice: *¡Esto hiciste, esto tendrás!*. Sigue entonces su ciclo infinito: remozando prados, bajando con el trueno, haciendo gotas y olas y maremotos.

Powered by CamScanner

Continúa el agua refrescando las axilas, los pómulos, las arterias que venían inflamadas desde el momento mismo de la creación...

El buen sacerdote siente ahora que necesita aire. Necesita salir a tomar el aire de la superficie pero... *¿Qué dirá la chiquillada?* La chiquillada acaso preguntará: *¿No aguantó más, pare Lazo?. ¡Venga, venga, yo le enseño cómo es que se puede aguantá la respiración bajo el agua!*. El padre Lázaro intenta resistir un poco más bajo el agua. Debe hacerlo para que los vecinos no arranquen a reirse a carcajadas desde el barranco. Resistir un poco más. ¡Un trisín nada más! Resistir para que el calor de la superficie se demore en decirle: *¡Ajá!, ¿escondiéndose no?* Sólo han pasado unos segundos... ¿Cinco? ¿Diez?. ¡No, diez no! Tal vez unos ocho... a lo sumo ocho.

Comienza el párroco a mover los brazos y a estirar las piernas para ponerse en pie. Cuando esté arriba le dirá a los pequeños (ya lo ha pensado): *Y ustedes, ¿qué dijeron? ¿Que el Orinoco es solamente para los sinvergüenzas?*. El reclamo del aire es ahora imperioso, ¡debe salir!.

Cuando el benemérito saca la cabeza del agua y se frota instintivamente los ojos, nota dos detalles inexplicables. Tiene espantosamente largas y agrietadas las uñas de las manos, tal como si fueran placas del caparazón de las tortugas más viejas del Orinoco. Y advierte que las cejas filamentosas, llenas de algas de río, le cubren las cuencas de los ojos. *Josefina debería tener más cuidado y hacerme ver ciertos detalles de presentación personal. ¡Pero, Dios mío!. ¿Qué pasa?. ¡Estos no son los niños que se bañaban conmigo antes de sumergirme!. Esta gente ¿por qué me estará mirando así?. Es como si yo hubiera salido de... de... ¡pero esto es absurdo! Ahí debería estar el morenito de dientes ralos, el hijo de Mirelles. Pero su puesto ahora lo ocupa ese señor de enorme papada que me mira como si nunca hubiera visto a un ser humano. A este hombre nunca lo he visto por acá, en el pueblo, y ¿cómo es que ahora se encuentra ahí? ¿De dónde salió? ¡Dios omnipotente! Pero esa muchacha tampoco estaba ahí, ni esa otra... ¡ni esa! Pero ¿qué clase de vestidos de baño llevan puestos estas mujeres? Dios mío, ¿qué ha pasado?. ¡No, no es posible! ¡Debo estar soñando! ¡Sí, debo estar soñando porque cuando bajé por el barranco sólo había arenas y pedruscos y no esa bellísima escalinata que llega hasta arriba!. ¿Y la casa de Ulises? ¿Qué se hizo la casa de Ulises? En el sitio*

Powered by CamScanner

donde quedaba esa casa hay un edificio con grandes avisos. ¿Y de dónde salió este gentío? ¿De dónde viene tanto ruido? ¡Esto no puede ser cierto! ¡Yo estoy soñando! ¡O estoy soñando o me volví loco en unos segundos! Virgen santa, y ¿cuándo colocaron ese muelle flotante?. ¿Y esas lanchas? ¿ Y esos barcos? ¿Y esos enormes remolcadores? ¡Dios santo! Tengo que saber qué es lo que pasa. Tengo que ver si alguien me dice lo que ocurrió aquí, en el pueblo. Pero, ¿qué es esto?. ¡No puedo hablar! ¡Tengo como soldadas las mandíbulas! Y esta barba que me llega hasta el pecho, ¿a qué horas me salió? ¡Dios mío! ¡Qué pesadilla tan terrible! Si al menos estuviera Josefina... La gente se está saliendo del río como si huyera de mi presencia. ¡Sí, están huyendo de mí!. Y ese niño, ¿por qué llora así? Debo parecerle un verdadero monstruo para que llore así. Gran poder de Dios, y ¿cómo es que no tengo ni un solo pelo en la cabeza? ¿Qué fue lo que me ocurrió mientras estaba bajo el agua? ¡Oh, Dios mío! ¡Estoy desnudo! ¡Desnudo! ¡Qué vergüenza! ¡Estoy loco, esto no puede ser cierto! ¡No puede ser! Si pudiera articular palabra... si pudiera...

— Usted, abuelito, ¿a qué hora se metió al río?

— Ese muchacho me habla. ¡Me está hablando! Me dijo abuelito. ¡Tengo que responderle! Pero, ¿por qué se me trabaron las mandíbulas? ¡Oh, no! Si no tenga carne en la cara... ¡esto no es sino un hollejo! Tengo que hablar. ¡Gran Dios! ¿En qué momento se me descarnaron de manera tan horrible las piernas? ¡Estoy desnudo! ¡Tengo que hablar!

— Y... y... yo... – *¡Pude hablar! Pude pronunciar con mis labios un sonido humano. Dije "yo", luego yo soy yo. Pero ¿cómo voy a salir del agua si estoy desnudo? ¡Jesús crucificado, qué vergüenza! ¿Dónde iría a dar mi toallón? Lo dejé ahí, en la orilla, pero ahora no hay en ese sitio sino multitud de parasoles. ¿De dónde salieron tantos parasoles? ¿Y tantas mujeres? ¡Qué ruido! Esto es ensordecedor. ¡Dios santo, cuánta gente hay en la escalinata! ¡Han salido a verme a mí! ¡Es como si nunca me hubieran visto! Tengo que salir de esta pesadilla... si consigo caminar, desaparecerá esta pesadilla. Pero, ¿qué hago para un toallón?*

— Abuelito, ¿en qué podemos ayudarlo?

— No me reconocen. ¡No saben quién soy yo! ¡No saben que soy el párroco! Tengo que pedir un toallón para salir... ¡qué vergüenza!.

Powered by CamScanner

— Mi... to... to... toa... toallón...

— ¡El abuelo está pidiendo un toallón para taparse! Alguien que le preste un toallón al pobre carcamal...

— *¡Cómo se ríe de mí esta gente! ¡Qué gente tan impía! Tengo que seguir hablando o nunca voy a recuperar esta facultad. ¡Y cómo me cuesta caminar! Las articulaciones me crujen...*

— Mire, Matusalén, tenga esta toalla para que se cubra...

— Gra... cias – *¡Cómo se ríe este bribón! ¿Dónde estará Josefina? ¿Qué se hizo? ¿Dónde está mi iglesia y mi casa cural? ¡No pudieron desaparecer así como así! ¿Dónde estoy, gran poder de Dios? ¿Estoy en el infierno?*

— Señor, por favor, diga en qué podemos ayudarlo. Mi hijo y yo queremos serle útiles; diga, no más...

— *Esa señora es buena y quiere ayudarme. Necesito salir de este infierno. Tengo que subir las escalinatas. ¡Cómo es que están tan altas!*

— Ayúden...me a subir...

— Claro, abuelito. Pero, díganos, ¿de dónde salió usted? ¿Cómo pudo a sus años meterse al río Orinoco? ¡Qué descuidados deben ser sus parientes! ¡Venga, abuelo, vamos! ¡Y cómo tiene de morada la piel! ¡Esto es increíble! Nadie me lo va a creer cuando lo cuente. Perdóneme que se lo diga, pero icualquiera podría asegurar que usted ha durado muchísimo tiempo bajo el agua!. Mira, hijo, si hasta tiene unas pequeñas agallas... Bueno, eso no importa ahora. Vamos, así... despacio. Despacio que al final llegaremos arriba...

— Señora... ¿esto... es el Picacho?

— Bueno, hace muchos años a este puerto le decían el Picacho. Pero, ¿de dónde salió usted? ¡Nadie lo había visto jamás! A ver, señores, ¿alguien sabe dónde vive este abuelito? ¿No? ¿Ve, abuelo? Nadie lo ha visto antes por aquí. Dígame, ¿de dónde vino usted? ¡Créame que voy a entenderlo!

— Usted no podría entenderlo, señora.

— ¡Claro que sí! Cuénteme, ¿cómo hizo para meterse al río sin que fuera notado por el cuerpo de salvavidas?

— ¡No, no podría.... comprender lo que me ha sucedido!

— por favor, señores, quítense de ahí, ¡apártense! ¡Tengan un poco de caridad cristiana! ¿No se dan cuenta que, a pesar de todo, es un ser humano?

Powered by CamScanner

¿No se fijan que está llorando? No llore, abuelito. ¡No llore! Nosotros lo protegeremos de estos marinos borrachos que no respetan el dolor ajeno. ¡Quítense, déjenlo pasar! No llore más, abuelito. Ya verá que se va a poner bien...

— Señora, por favor, ¿dónde queda la iglesia?

— ¿Cuál iglesia, abuelito?

— Pues la que queda aquí... cerca del río...

— ¿Cerca al río? No, abuelo, aquí nunca hubo una iglesia. ¡Se lo puedo jurar! Esto es el balneario y todo lo que hay entre la desembocadura del Meta y la del río Bita son casinos y clubes internacionales. Aquí no hay ninguna iglesia. La catedral está muy retirada. Para llegar a ella usted tendría que seguir por esta avenida hasta llegar al Parque del Diamante...

— ¿Diamante? ¿Cuál diamante?

— Esta ciudad se formó, abuelito, gracias al valor y el poder de los diamantes. Y así se llama su plaza principal, donde queda la catedral...

— No señora. Aquí hubo una iglesia. ¿Qué se hizo? ¿Dónde está Josefina?

— ¿Josefina? Pobrecito, está desvariando. Debe ser a causa del frío del agua.

— Mira, mamá, vamos a preguntarle a aquella viejita si ella conoció la iglesia que menciona el abuelo...

— Si, hijo, creo que es una buena idea. Venga, abuelita, por favor. Cuéntenos. ¿Usted es de por aquí? ¿Cierto? ¡Qué bueno! Cuénteme, ¿usted conoció una iglesia por aquí?

— ¡Si... yo la conocí! Estuvo ahí mismito. Donde está ahora el gran hotel ...

— ¿Cuál hotel? ¿El Sol del Orinoco?

— ¡Sí, ese mismo! El Sol del Orinoco. Ahí estuvo la iglesita con su casa cural y sus enormes mangos...

— Y ¿qué pasó con la iglesita?

— Pues... primero se perdió para siempre el curita de ella. ¡Era muy bueno! ¡Se lo tragó el río un 24 de enero! Me acuerdo tanto... Si, yo tengo buena memoria y ese día cumplía mis primeros quince años. Después, una gran creciente del Orinoco se llevó la iglesita y la casa cural y los mangos...

— Viejita, ¿y cómo es que usted recuerda tantas cosas? ¿Qué edad tiene usted?

Powered by CamScanner

— Pues ya voy a cumplir los setenta... Cumplía quince años cuando el río se tragó al padrecito... Sí, me acuerdo bien...

— Mira, mamá, parece que el ancianito reconoció a la abuelita porque se le acerca llorando. ¿Por qué no los dejamos solos? Esto puede servir para que el viejo recobre la memoria... Dejémoslos solos...

— ¿Cómo te llamas, hija?

— Aurora.

— ¿Tu cantaste en el coro de la iglesia que se llevó el Orinoco?

— Si, yo canté ahí hasta que el río se tragó al padrecito. Poco después, la vida fue la que me iba tragando a mí. Pero, ¿cómo es que sabe eso?

— ¿Saber qué?

— Que yo cantaba en el coro...

— Bueno... ¡No te pongas triste! Es una historia muy corta y muy larga, al mismo tiempo. ¡Qué ciudad tan grande! Ven, hija. Vamos a sentarnos en aquellas gradas... Creo que tendremos que hablar mucho... muchísimo...

Hace calor, mucho calor. Oanes sonríe.

Powered by CamScanner



Los niños de Machado

El último de los niños de Machado no murió de viejo como acostumbran a morir los niños cuando el mundo está en paz. Murió de felicidad. Con los colores saltándole de la cara y las manos repletas de crisálidas.

Una tarde cualquiera – que para los niños de Machado no cuenta el tiempo – el niño hizo amnistía con las mariposas del valle y se abstuvo de ensartarlas con espinas de limatón.

Las mariposas celebraron el acuerdo con una fiesta sin nombre – que para los niños de Machado los nombres no cuentan – y lo llevaron a su reino para enseñarle los secretos de las vidas efímeras.

Danzó el enjambre multicolor hacia donde muere el sol y al continuo vaivén de las alas, el día se fue amorteciendo.

Con los últimos lampos, dijo la mariposa azul:

— ¡Mañana seguirás la fiesta con nuestros hijos!.

Así murió el último de los niños de Machado: con las manos llenas de crisálidas y una gran pasión por las vidas efímeras.

Powered by CamScanner

Casa de la Cultura
Villavicencio



Mágnum

Si no hubieras salido con el cuento de que tenías que recoger los trastos y hacer entrega de la oficina del gobierno al *pelón* que te nombraron de reemplazo, yo no habría pasado por el trance de ver cómo boqueabas en la *falca* mientras los ojos se te llenaban de telarañas de vidrio cada vez que buscabas taponar con la mano el hilo de sangre espumosa que se te escapaba por el agujerito que te hicieron en el costado esos malparidos matarifes de La Venturosa.

No te bastó que te dijera que esa vaina no valía la pena, y que te dijera – ¿sabes qué? – que ahora sí parecía que iba en serio la cuestión de la barriga porque ya llevaba tres semanas encorvada por los vómitos y por una repugnancia invencible a los huevos de tortuga y al olor del jabón de tierra. Y no te bastó porque la misma noche que te lo dije, en vez de acostarte en el chinchorro a coronar la *rasca* que te habías puesto en la gallera con el *vivalavida* del Mirelles y una bizca puta que se las tira de muy señoritona, saliste por las mismas a comprar un mágnum para echar plomo, estar contento y dizque para poner en su sitio al juez que hace sus fullerías cuando cualquier pendejo sabe que en ningún pueblo decente de este mundo los jueces pueden apostarle a alguno de los gallos trenzados en pelea.

De mucho tiempo atrás venías soñando con tu revólver y con una faja de remaches dorados para tupirla de balas y meter miedo en las cantinas. Y no fue sino que el gobierno te pagara los sueldos atrasados, y que yo te dijera que esta vez parecía que sí iba en serio la cuestión de la barriga, para que tu –con ese desenfado con que tomabas las decisiones serias– salie-

Powered by CamScanner

ras muy orondo diciendo que ibas a comparar el revólver porque tu crío, cuando fuera grande, tenía que ser tan macho como el papa. Y al día siguiente, con tu mágnum empretinado y sesenta mil pesos menos, me llegaste derecho a la cama diciendo que nos regresábamos a La Venturosa a recoger los trastos y a demostrarles a los *matarifes* que un buen corregidor no se corre de las primeras porque quien va a dar, también va a recibir, y no es del caso poner tierra de por medio a la primera baladronada. Yo no supe –¿sabes qué?– si endiablarme en ese instante y decirte que sacaras los *chiros* de la pieza y te metieras el revólver por donde te cupiera, o ponerme a llorar desconsoladamente porque aquí, muy adentro, algo me estaba diciendo que en esa pelea el juez de los gallos estaba con los de la otra *cuerda*, y que por muy macho que fueras, llevabas las de perder.

Yo sé, mijo, que a ti no te dieron de frente. No tienes que darme ninguna explicación. Yo, desde el momento en que te vi desjarretado en el *bongo*, bregando a brazo limpio con la muerte que se te adentraba en el cuerpo como una mala espina, comprendí que te habían plomeado a mansalva mientras desenganchabas el motor de la falca para impedir que los gran carajos cuatreros de La Venturosa pudieran, otra vuelta, salirse con la suya. Yo escuché los disparos. Y cada disparo me afirmó en el presentimiento de que algo grande y denso – tan grande y denso como el río Orinoco – se te alojaba en el pecho y te carcomía la vida. ¿Sabes que? Yo esperaba en la distancia que el claro estampido de tu arma resonara por encima de la balacera barata imponiendo respeto. Pero no escuché el latigazo de tu mágnum y el desconsuelo y unas inmensas ganas de llorar me confirmaron que yo estaba en lo cierto cuando llegué a rogarte que, por el crío, no regresáramos a ese mierdero donde los matarifes encompinchados te la habían jurado ya dos veces, y donde tenías una entre mil de salir bien librado.

Sabes bien que las armas –desde que *mampostiaron* a mi viejo– me causan una invencible repugnancia pero, aún así, yo les rogaba a las Tres Divinas Personas, a media distancia, que me dejara escuchar el bramido de tu mágnum de sesenta mil pesos. Y cuando cesaron los disparos de escopetas y pistolas bastardas sin que se abriera paso el timbre de tu arma, tuve ya la certeza de que el crío que viene en camino apenas si tendrá testimonios verbales de tu verraquera.

Powered by CamScanner

¡No tienes, mijo, por qué avergonzarte! Claro que tu error consistió en darles la espalda y decirles: *¡Parranda de güevones, ustedes me mueven esta embarcación con ese ganado robado pero cuando yo me haya muerto!* Y como ellos sabían que en la plenitud de tus treinta y cinco años iban a tener que esperar mucho tiempo para mover la falca, decidieron acortar el tiempo aprovechando el primer descuido que cometieras al bajar por el barranco al río.

Cuando yo te vi aplastado en el bongo, tiñendo con la sangre el barro pastoso que se asentaba en el fondo de la embarcación... cuando yo te vi así, martirizado por una causa que quizá nunca comprendiste, me cayeron unos deseos de vomitar como nunca antes los había experimentado... Ni siquiera durante los dos abortos anteriores... Ni siquiera reuniendo las náuseas de las tres preñeces.

Pero – ¿sabes que? – la repugnancia que me invadió del alma para abajo no la motivó la sangre negra que encharcaba la falca, ni tus ojos vidriosos, ni tu boca espumante, ni el intento inútil de tu mano por taponar las heridas. Mi repugnancia, mijo, se me adentró como una fiebre mala cuando pensé en los planes que cuidadosamente habían trazado los señores matarifes para cumplir su palabra cuando supieron que habías regresado, con mujer y todo, decidido a corregir posturas y a no dejarte apendejar con la primer baladronada.

Y aquí me tienes, mijo, a estas alturas de la noche llevando aguas abajo tu cuerpo perforado y vencido, para que tu madre que tiene en mí tanta confianza, te envuelva en tu frazada limpia o en el mantel de lino de su boda, y peine tus cabellos y derrame sobre tu cuerpo descompuesto cuatro o cinco frascos de colonia extranjera.

Ayer, cuando en las horas de la tarde llegué hasta la falca donde te desangrabas con los pulmones rotos, y a media distancia se escuchaba la algazara de los matarifes que rompían las botellas luego de rozar el gollete con sus bocas monstruosas en señal de dadivosa contentura, en el estrépito de sus carcajadas afrentosas a la justicia de los hombres, desamarré la falca y la eché aguas abajo. No por temor a lo que endiabladamente pudieran tramar en mi contra, sino con la débil esperanza de que las brisas del río Meta te devolvieran una pequeña porción de tus bríos para bracear en contra de la corriente tumultuosa de la muerte. Y te me apagaste, mijo, en

Powered by CamScanner

el recodo turbio donde tu mano diestra pescaba *blancopobres*, y armaba rimeros de proyectos con los sueldos que te debía el gobierno.

¿Sabes que? Hace ya muchas horas que venimos bajando. De vez en cuando el canto tormentoso del *pájaro baco* asalta la negrura de la noche que me priva de verte. Hueles, mijo, como huelen todos los muertos de este mundo. Tu hediondez es total, absoluta, sin miramientos... Pero no te apenes que ya de tanto olerte he perdido el recuerdo del olor de otras cosas. Y a punta de oscuridad y desolación se me han ido también los recuerdos de la claridad de día. ¿ Sabes qué? Yo no permitiré bajo ningún punto que el médico rollizo y encapuchado te remueva las tripas persiguiendo la bala que te mató ayer tarde. ¡No lo permitiré!.

Vas a tener que perdonarme, mijo. Pero tu madre, la que tanto confía en mí, no te echará colonia ni sacrificará en tu honor el mantel de lino de su boda. En una de estas playas desoladas y tristes te enterraré muy hondo, y enterraré también tu arma para que el crío que viene en camino, compre su propio mágnum cuando advierta que es tiempo de comprarlo.

Powered by CamScanner



El amo de la lluvia

Nunca fui supersticioso. Esa sensación de indefensión y desamparo ante las fuerzas sobrenaturales, no consiguió atemorizarme nunca. Cuando la candela chisporroteaba en la cocina y todos aseguraban que pronto vendría visita, yo me limitaba a sacar del fogón la astilla de leña húmeda que dejaba escapar vapor de agua a medida que avanzaba el fuego, y explicaba que el ruido se debía al paso de los gases calientes por entre los intersticios de la madera.

— ¿Esto significa que tendremos nuevos comensales a la mesa?— Me burlaba entonces. Mi madre se me quedaba mirando con la vista vuelta hacia adentro, como escudriñando cuál punto de su alma moldeó mi hechura, y solía repetirme: *Tú no crees en nada, ¿verdad?. Algún día te convencerás... Algún día*. En esos momentos se entristecía.

La sal derramada no significó para mi nada más que un pequeño atentado contra la economía hogareña dado el costo que tenían esos granos negruzcos traídos en sacos de fique y a lomo de mula desde el *Tablón de Támara*. Mi fama de descreído se salió de madre cuando arranque de la *troja* de Delfina Lasavia una mata mágica y la arrojé al rastrojo. Esa tarde llegué contento al *fundito* de la anciana hechicera que me recibió con grandes aspavientos, como si hubieran corrido muchos años desde nuestro último encuentro. Así era ella. Yo iba de paso a cerrar un negocio de ganado y la casa delfinera constituía una escala obligada en el viaje hacia Puerto Rondón, la capital de los grandes *parrandos* llaneros. Allí en Rondón me bautizaron aunque mi lugar de nacimiento fue el Paso Real de Ariporo, en Casanare.

Powered by CamScanner

Ya casi terminaba el espeso brebaje de café molido con semilla de *brusca*, cuando la octogenaria se silenció repentinamente y me dijo, muy sobresaltada:

— ¡Chissss! ¡Está silbando!

— ¿Quién esta silbando?- Repuse un poco confundido.

— ¡La Fortuna Negra! No hable duro. ¡No hable!

— Pero...

En susurros, Delfina me lo explicó todo. De Santa María de Ipire, en Venezuela, su nieto Lao le trajo un gajito de Fortuna Negra, la planta maravilllosa con la cual han construido su prestigio todas las grandes sacerdotisas de la reina Marialionsa. Es tal el poder que dimana de las hojas lanceoladas, de color morado, que una sola gota de infusión repara aquellos daños que se instalan en la silla turca de los hombres o en las cápsulas germinativas de las mujeres. Según Delfina, para acabar con el género humano sólo bastaría reunir en parejas a los hombres locos y las mujeres estériles del mundo. Lo sorprendente de la *pega pega* –como también le dicen a la planta– es que pude reconocer por el olor a todo candidato a la desgracia, y emite entonces unos silbos agudísimos que únicamente escuchan los iniciados en las artes de la hechicería y el conjuro.

— Pero, vieja, eso quiere decir que yo...

— ¡Mire y no se descuide, mijo! La *silbadora* silbó tres veces y eso quiere decí que algo malo le va por la pierna arriba.

—¿Cuál es la mata?– Pregunté haciéndome el desinteresado.

— ¡Esa! ¡Esa que tá en la esquina de la troja! Pero, no. No la mire de frente, mírela de lao. ¡Jesús! Pero ¿qués lo que hace este cristiano? ¿Qués lo que haces, muchacho?

No resistí la tentación. Avancé resuelto hasta el sembradío elevado y, tomándola del cogollo, arranqué de cuajo la Fortuna Negra. En el alero de la humilde casita la bruja lloraba sin aspavientos. Un año más tarde partí hacia Checoslovaquia.

La FAO, en las conclusiones finales de un estudio edafológico que realizó en los Llanos, recomendó que se capacitara gente de la región en ciencias físicas y matemáticas y, supongo, que en atención a mi pragmatismo de toda hora, fui becado para estudiar meteorología en la Universidad Central de Praga.

No puedo jactarme sino de haber aprendido lacónicas expresiones en lengua checa y otras, más pocas aun, en

Powered by CamScanner

eslovaco. Pero, eso sí, me ensarté en la memoria las agujas góticas de la catedral de San Vito que, contrariamente a lo que pudiera creerse, no vive tambaleándose siempre, como si estuviera borracha. Fueron interminables las tardes opacas que pasé en el observatorio meteorológico de Praga calculando la fuerza de los vientos y la configuración global de las isoyetas. Conocí uno de los centros radioastronómicos más grandes del mundo, el de Kazakstán, a orillas del mar Caspio, y allí pude adentrarme en los misterios de la mecánica celeste donde los huecos negros del universo son como cloacas a las cuales se vierten infinidad de mundos muertos. Ni por un momento me asaltó el deseo de conocer la vetusta casona donde se le incendiaron de bacilos los pulmones a Kafka. Cuestión de pragmatismo. Fueron cuatro largos años los que pasé en esa ciudad de gente friolenta que al lado de un reloj de arena pone a funcionar aparatos de altísima precisión. Buena parte de ellos los compartí con una muchacha de manos diminutas que jamás pudo preparar un chocolate pero sí leía de corrido las fórmulas matemáticas desarrolladas por Marie Curie en su afán por llegar a la médula del radium. Cuando me dijeron que ya estaba en capacidad de predecir el tiempo, metí el diploma en la maleta desvencijada y le di un beso de despedida a la checa –por no decir chica– que puntualmente concurría con la mitad de los gastos del apartamento. Ella, absorta en sus fórmulas matemáticas, no se percató de nada. Yo, como loco, grite: *Allá voy, ¡Llano querido!*, cuando bajaba las escaleras

Y vine, vi pero no vencí. Vamos por partes. Ingenuamente había pensado que las ofertas de ocupación me sobrarían en un país donde todavía no se había realizado el experimento de la lluvia inducida. Golpeé en varias puertas de instituciones oficiales pero el más subalternos de los subalternos se reía en mi cara de las constancias donde se acreditaba mi idoneidad en la materia.

— Pero, bueno –llegó a decirme uno de los asesores del ministro de agricultura–, ¿qué sacamos con que usted nos asegure que mañana lloverá?. Si eso ocurre, nada podemos hacer para evitarlo, pero si no es así, si usted se equivoca, pues sencillamente estaremos pagándole un sueldo de balde.

Estuve tentado a soltarle toda una explicación relacionada con la meteorología. Que no se trata de una labor adivinatoria del estado del tiempo; que nuestro trabajo es altamente cien-

Powered by CamScanner

tífico e incluye el clima y sus incidencias en la agricultura, en la prevención de desastres, en los movimientos aeronáuticos, en... Bueno. La miopía que se adivinaba detrás de esas gafas me llevó a exclamar con desaliento: *Bueno, dejémoslo así.* Regresé al Llano. No obstante la FAO, el ganado seguía bebiendo aguas pútridas, los dueños de hato no vacunaban contra la aftosa y, en medio de tanto abandono, mis conocimientos salían sobrando porque cualquier hijo de vecino con sólo ver hacia arriba podía decir. *¡Mañana lloverá!* o *Mañana no lloverá!*, y ese pronóstico resultaba exacto. Esto –desde ahora lo digo– era antes porque si algún día yo vuelvo al Llano, la gente conocerá unas reglas distintas.

Delfina ya había muerto. Tres años atrás la encontraron muerta en su hamaca de cabuya con una flor negra entre los dedos. Los deudos venezolanos no se presentaron a reclamar la herencia que se reducía a un buey *sardo* y una vaca *lopa* que por falta de sal se comieron las paredes salitrosas de la casa. *Un hombre loco y una mujer estéril...* fue la idea que se me vino rauda a la memoria cuando pasé por el rastrojo de la casa donde se servía café con brusca, y había una mata que silbaba a la gente para anunciarle la inminente llegada de los infortunios. Como un oráculo.

Cargados de arrugas y de deudas, mis viejos no sabían cómo poner las manos para recibir el tesoro de fábula que creían que yo traía del otro lado del Atlántico. Cuando terminé de explicarles, el viejo se las frotaba con resignación mientras mi madre, a la luz de una vela de sebo, metía la nariz en las profundidades de una fotografía que me mostraba con la pecosa insípida en el puente de Carlos, cordón umbilical que une a la ciudad pequeña con la ciudad vieja, en Praga.

— ¿Y por qué no se la trajo, hijo?- Preguntó mi madre refiriéndose a la pecosa.

— No, mamá, es que aquí hace mucho calor –Respondí evasivo.

— Bueno, ¡eso tu puedes arreglarlo! –Intervino el viejo entre burlón y sarcástico.

No lo pensé dos veces. El día que me llegó un telegrama donde se me nombraba como técnico para vigilar una subestación meteorológica en la selva no lo pensé dos veces. Debía presentarme en Villavicencio para tomar posesión del cargo y partir de inmediato. Comuniqué mi decisión a mis

Powered by CamScanner

padres y ellos no ocultaron su inquietud. Sabía que en esos confines apenas sí cumpliría una labor de rutina, tan elemental que cualquier persona sin necesidad de estudiar en Praga podía adelantarla. Eso lo sabía pero no podía resignarme a echarlo todo por la borda. Es que hasta un peón llegó a preguntarme si la vaca *Mariposa* daría o no daría leche esa mañana. Esas inocentes burlas, tenían la virtud de frotarme en la cara el diploma de la frustración. Fue una locura, una insensatez internarme en la selva, pero ya es muy tarde.

No quiero o, mejor, no tengo tiempo para sentarme a relatar lo que fue el viaje y lo que significó mi instalación en unas dependencias estrechas y llenas de moho donde el bochorno es lo común y la regla, la malaria. Antes dije *No tengo tiempo*, y ya se verá por qué lo digo.

Mis sesudos informes se reducían a llenar dos planillas y remitirlas a Villavicencio en uno de los vuelos quincenales. El sueldo, por el contrario, llegaba con tres meses de retraso y lo curioso es que ni mi jefe inmediato sabía mi verdadero nombre porque en toda su correspondencia insistía en decirme Juan, cuando usted y yo sabemos como es que en realidad me llamo. Me hice explorador, muy buen explorador. Compré una escopeta nueva y aprendí a defenderme en la selva. Estaba programando un viaje para ir a buscar oro en la frontera con el Brasil y, en cierto modo, estaba contento. Siendo sincero debo decir que la lengua de los indios *puinave* se me hizo mucho más fácil que el checo o el eslovaco para no decir nada del alemán. Tenía pocos amigos y, en la medida de los posible, evitaba referirme a mi estadía de estudios en Europa. Humberto fue uno de esos pocos amigos.

El verano empezó a prolongarse de una manera inusual. Bien entrado el mes de mayo, aún no había señal de lluvias. El lecho del río *Inírida* se redujo de manera alarmante y todos los *conucos* comenzaron a declinar ante la sequía. Nadie, ni los más expertos conocedores de la zona, se explicaban el fenómeno. Hasta un experto como yo cavilaba en silencio buscando las posibles causas. Pensé en una variación continental de los vientos alisios pero la carencia de datos suministrados por sensores remotos me impedían fundamentar mi teoría. Revisé algunos apuntes relacionados con el *Niño*, un fenómeno meteorológico que desde hace un tiempo afecta esporádicamente la región pacífica de suramérica, con marcada incidencia en el Perú, Ecuador y Bolivia. Algo andaba

Powered by CamScanner

mal. Muy mal. ¿Esto tendría que ver con la erupción reciente del volcán nevado del Ruiz? O, acaso, ¿la explosión nuclear de Chernobyl? Especulaciones, puras especulaciones. Llegó julio y las ciénagas selváticas se cuarteaban como tortas de *casabe*. En las altas ceibas acezaban los monos y las *matracas*. Las casas de los colonos ardían impunemente. Pero hubo algo que me desconcertó aún más: en el piedemonte y las sabanas del Meta, el Vichada y el Arauca, llovía torrencialmente. Eso decían los informes. ¿Entonces? Por el lecho seco del río Inírida se devolvían ahora las aguas crecidas del Guaviare. ¡Absurdo!

Humberto me propuso un día que nos internáramos por la margen derecha del Inírida en busca de unos indios *piaroas* que acostumbran a almacenar leche de *seje*. Yo conocía ya las propiedades de esta leche y sabía que es lo más indicado para la presión alta que, dicho sea de paso, me venía afectando de meses atrás.

Iniciamos el viaje en una *curiara* muy liviana porque las aguas superiores del lecho del Inírida apenas si se hallaban a unas tres cuartas del lecho del cauce. Varamos la canoíta en un recodo e iniciamos la larga travesía hasta dar con los piaroas. Más que entristecedor, el cuadro era grotesco. En seis ranchos miserables se encontraba una veintena de personas despatarradas, entre niños y adultos. Los pequeños tenían los ojos llenos de pústulas, el vientre hinchado y la faz cadavérica. Una nube de moscas se posaba en aquellas caritas derrotadas antes de tiempo por el hambre y la miseria. Todos los adultos enseñaban las encías desnudas y sangrantes cuando intentaban responder las preguntas que les formulábamos con apremio y asco. Parecía que las piezas dentales habían sido arrancadas de manera brutal. Las mujeres señalaban con los dedos tembleques los fogones apagados desde hacía varios días.

— No mono... no papayita... –Mascullaba incansablemente un viejo prematuro que hacía el papel de jefe de la tribu. Una vieja de facciones correctas pero tremendamente demacrada y envejecida, clamaba con los ojos desvalidos a falta de palabras:

— Tú, bueno, ¿dando comidita?.

Humberto se volvió y me dijo sobresaltado que se habían comido los perros. En una zanja maloliente la calavera dentada de un cachorro le gruñía a la vida y al silencio. Algo más adelante se amontonaban cuatro cabezas más.

Powered by CamScanner

— ¡Esto es inaudito! El piaroa come culebras, come lagartos, come lo que sea pero no se come nunca los perros porque creen que el alma de sus muertos se aloja en el cuerpo de los perros. El perro es tabú para el piaroa. Aquí ha habido antropofagia física y cultural.

— Humberto estudió antropología en la Universidad Nacional y su larga permanencia en la región estudiando los más diversos casos, le confería una autoridad incontrastable. Mi amigo estaba desconcertado.

— Antropofagia o no, lo cierto es que ya no les quedan más perros y si a estos pobres no se les presta ayuda pronto, ¡se van a morir de hambre! – Repuse yo con acritud.

— Pero qué ayuda les podemos prestar, si nosotros estamos es como para que nos den...

— Podemos avisarle al comisario y demás autoridades para que les traigan víveres y medicinas. ¿O no?— Contesté francamente molesto.

Una india andrajosa se levantó del rincón donde se agazapaba, se acercó a un pequeño que apenas sí tendría dos añitos, le agarró un brazo muerto y se lo dejó caer. El bracito dio contra el suelo. Le abrió entonces un párpado y emitió una especie de ronquido, largo y prolongado. Entendimos la tragedia: el pequeño había muerto y la madre con ese *¡Hummmm!*, confirmaba el deceso de la criatura.

— Dios mío, si alguien me hubiera contado esto, ¡seguro que no iba a creerlo!— Dije con emoción sincera.

— Tú no has visto nada todavía– Me gritó mi acompañante.

El vejete prematuro del mono y la papaya se paró tambaleante y estirando el brazo escuálido hacia la selva, empezó a musitar:

— ¡Curaca malo! ¡Curaca malo! Curaca sacando diente y no tocando la maraca. Si maraca no suena, ¡piaroa muere!. Muere como mono, muere como papayita. ¡Curaca malo!

— ¿Qué estupideces son las que está diciendo el viejo?– Le pregunté a Humberto. Mi amigo estaba absorto con las revelaciones que oía y no se dignó responderme nada.

— ¡Cállate, por favor!— Fue todo lo que me dijo cuando yo seguí insistiendo. Se aproximó entonces al tambaleante hombrecito y empezó a urgirlo:

— Capitán, capitancito, ¿dónde curaca? ¿Por qué el curaca malo matando mono, matando papayita, matando piaroa?. ¿Dónde curaca?

Powered by CamScanner

El jefe cayó sobre el fogón yerto y Humberto lo incorporó tomándolo por los sobacos. Y continuó el estrafalario interrogatorio.

— ¿Por qué, capitancito, curaca sacando dientes? ¿Por qué matando piaroas? – La repuesta fue balbuceante, como la de un narcotizado.

— Porque curaca no toca la maraca... maraca grande, bonita, con pluma de piapoco...

— Y si curaca no toca la maraca, ¿por qué morir piaroa?

La cabeza casi me estalla cuando oí la respuesta del indígena:

— Si maraca no suena, ¡no lloviendo!. ¡No lloviendo y piaroa muriendo! Curaca malo. ¡Piaroa muriendo si no cae agüita buena!

— ¿ Dónde estar curaca, capitancito? ¿Dónde? – Humberto estaba poseído por el demonio de la confusión.

— ¡Allá! ¡Allá! – Repetía el indio semimoribundo.

— ¿Me quieres explicar esto?- Le dije a Humberto fuera de mis casillas – ¡No irás a creer en semejantes sandeces!- Humberto se violentó conmigo.

— Mire, doctorcito en nubes, por aquí las cosas son bien distintas de como se las pintaron a usted en la universidad. A usted, en su mundo, le enseñaron que la tierra es redonda y usted se comió ese cuento. Y se lo comió porque no tuvo más remedio que aferrarse a una ley. Y agarrarse a una Ley es muy cómodo porque, quiera usted o no lo quiera, las cosas ocurren así. ¡Pero aquí no! Aquí, para este miserable, la tierra es plana y es su responsabilidad que permanezca siendo plana. Aquí lo que vale es su Ley ancestral y fuera de ella no hay salvación. Ustedes lo que tienen son teorías, cantidades de teorías que no valen nada.

— ¡Déjate de pendejadas! ¿Cómo es que una persona que se dice civilizada va a admitir que si no llueve es porque un indio pestoso no toca un sonajero?

— ¡Es que no es un indio pestoso, idiota, es un curaca!– Mi amigo estaba transformado, gritaba como un loco.

— ¡Humberto! ¡Humberto!...

No me dejó terminar la frase. Tirándome del brazo echó a correr por el rumbo que le indicó el indio. Decidí no discutir más. Lo confieso: ¡la curiosidad me escocía! Avanzamos por

Powered by CamScanner

entre un laberinto de bejucos. Los árboles gigantescos se elevaban a cada paso y despedían sin descanso las últimas hojas amarillentas. Los ruidos inidentificables que siempre produce la selva, habían mermado por completo. Todo estaba quieto, con excepción de la marejada de hojas amarillentas que caían a nuestros pies. El calor era atroz.

Al pie de una palmera gigantesca, como nunca he visto otra, se encontraba el curaca sentado. Descansaba la gran mandíbula sobre el pecho lampiño. Los ojos cerrados. Las manos, por entre las piernas desnudas, las apoyaba en el suelo. Lacio y rucio por el polvo, se veía que el pelo era negrísimo. Tenía la cara lívida y los labios contraídos en un gesto de furia. De la raíz de la garganta le salía un ¡*Hummmm*!, largo y gutural, que me recordó el gemido de la india en la ranchería. Nos acercamos. Una profunda cicatriz le partía la frente desde el pelo hasta el puente de la nariz. Era como el tercer ojo de los lamas tibetanos. La fetidez en torno del curaca revolvía el estómago, pero un detalle llamaba la atención: ninguna plaga se posaba en el cuerpo del siniestro hombretón, no obstante las nubes de moscas, moscardones, abejas, abejorros, tábanos, hormigas, grillos y avispas que lo circundaban. Yo diría que un campo magnético lo aislaba del mundo de los animales. La edad, indefinible. A un lado, el arco de macana renegrida y cinco flechas capaces de traspasar a un manatí. En una vasija de totumo, la mortal poción de *curare*.

En ese Buda amazónico se adivinaba, en fin, una fuerza y una voluntad indomeñables.

— ¡Mira, mira!- Seguí con la vista la dirección que Humberto me indicaba con la mano y, colgando de un saliente de la palma, vi la maraca. Lustrosa, del tamaño de la cabeza de un hombre. Con brillantes plumas de aves desconocidas atadas alrededor del mástil. El mango tendría unas tres cuartas y por su lustre y color cualquiera podría apostar que se trataba de palo brasil.

— Si este serenatero no bate la maraca, ¿entonces no volverá a llover? – Le dije a mi acompañante en son de chanza aunque llevaba desasegurada la escopeta.

— ¡Cállate, por Dios! Fue todo lo que me dijo y se entregó entonces a una súplica extraña.

— ¡Piaroa muriendo! ¡Gente muriendo! Gente no teniendo mono, ni papayita, ni pescadito... Si curaca bueno tocando la

Powered by CamScanner

maraca, lloviendo mucho y piaroa comiendo mono y papayita y pescadito. Mujer, haciendo casabe. Hombre moquiando pescado. Muchachito ponerse corazón contento. ¿Curaca bravo? ¿Por qué curaca bravo? ¿Piaroa no dando pescadito moquiado? ¿Piaroa no dando lapa asada? ¿Piaroa no dándole muchachita de pecho parado? ¡Piaroa muriendo! ¡Ciente muriendo! ¿Curaca queriendo que Piaroa muera?

El piache continuaba en la misma posición. Aunque me parecía que sus murmullos hacían estremecer la palma real. Humberto reiniciaba su jerigonza y no sé por qué estuve a punto de soltar una carcajada aunque el momento era de enorme tensión. Hoy que lo pienso bien, sé de dónde venía ese impulso: Nada podía infamarme tanto, ridiculizarme tanto, como situar en un bárbaro el dón de la lluvia. Y esto era lo que hacía Humberto. El colmo. ¡El colmo para un egresado de la Universidad Central de Praga!

— Humberto, ¡tú estás más chiflado que ese monigote de mierda! ¡Vámonos!

La mirada del curaca me paralizó. Tenía los ojos redondos y las pupilas negrísimas. Casi sin partes blancas. Retrocedí dos pasos. Se acentuó el hedor. La plaga que lo rodeaba se dispersó con un sonido raro. Así pasa cuando se despiertan las serpientes que llaman cuaima. La mirada del indiazo no se me despegaba de la cara y supe a ciencia cierta que en mí estaba reconociendo a un enemigo. A un rival. Humberto le rogaba en una especie de soliloquio extraño. El curaca posó la garra sobre el arco.

— ¡Mire y no se descuide! –Me gritó Humberto con aquella vieja admonición que había escuchada años atrás en los labios de Delfina Lasavia– No se descuide –insistió– porque esas flechas tienen curare. Si agarra una flecha, ¡tírele a la cabeza pero no le falle! ¡A la cabeza!

El estampido del disparo se multiplicó hasta el infinito en aquella espesura. El curaca había tomado una flecha con enorme púa de macana y Humberto –viendo que yo estaba agarrotado del pánico– me arrebató el arma y a poco menos de seis pasos, le descerrajó el tiro en la parte alta de la cara. Del impacto, el indio quedó sembrado sobre la ventruda palma. Los perdigones le perforaron la frente. La cicatriz se le convirtió en una masa de sangre renegrida y gránulos de seso. Aun no salía de mi estupor. ¿El experto de Praga convertido en un asesino de indios?

Powered by CamScanner

— Pero... ¿Qué fue lo que hiciste?. Desgraciado, ¿qué fue lo que hiciste? ¡Maldita sea! – Grité sin poder contenerme. Tenía en la boca un sabor amargo.

— ¡Era él o nosotros! ¿Es que no lo entiendes? ¡Si ese indio le pone la *puya* al arco, no la estaríamos contando! ¿Entiendes? ¡Ninguno de los dos! ¡Eso que tiene la *taparita* es curare! ¡Lo que hicimos nosotros fue defendernos!— Humberto parecía un loco... *Un hombre loco y una mujer estéril ...*

— Pero es que entre los dos hubiéramos podido dominarlo. ¿Qué necesidad tenías de disparar? ¿Por qué tuviste que hacerlo?

— No, ¡no seas pendejo! ¡A ese curaca no lo hubieran podido detener ni veinte hombres! Y dá gracias a Dios que le atiné en la frente porque si nó, ¡nada ni nadie lo habría tumbado! ¿Es que no sabes que los curacas no mueren ni que les partan el corazón? ¡Maldito sea el día que me embarqué contigo! ¡Maldita sea!

El curaca muerto tenía aferrados el arco y la flecha pero ni estas evidencias me devolvían la cordura. Sin poderme controlar, me acerqué y tomé la maraca orlada con plumas de aves desconocidas.

— ¿Y todo por esto? ¿ Todo por esta porquería? ¡Mira bien lo que voy a hacer!

Empecé a tocar la maraca y a danzar alrededor del muerto.

— ¿Esto era todo lo que debía hacer este infeliz para que lloviera?. ¿Esto era? Pues bien, yo lo haré por él ... ¡Escucha, escucha cómo suena!

El esfuerzo me agotaba a cada nuevo salto porque la maraca empezó a hacerse pesada, muy pesada. Al borde del paroxismo, reuní, entonces, todas mis fuerzas y estrellé la maraca fantástica contra la palma real. Por todas partes se regaron los cuerpecillos blancos que percutían en el interior del instrumento: ¡eran dientes humanos!. Sin poder evitarlo, nos santiguamos con mi compañero cuando un estentóreo ¡*Hummmm*! salió de la garganta sin vida del curaca. Cuando abrió los ojos por entre los coágulos de sangre requemada. Y cuando sonrió de manera siniestra. La fetidez se disipó con una ráfaga de viento del sudeste. Un trueno lejano anunció lluvias cerradas. Aquel curaca, en realidad –vine a saberlo mucho tiempo después–, era una gigantesca culebra de agua que castigaba con sequías las desobediencias de su pueblo.

Powered by CamScanner

No tengo mucho tiempo. ¿Recuerdan que les dije que yo no tengo mucho tiempo? Pues bien, voy a concluir aquí. No conviene que nadie sepa en qué parte de la tierra me encuentro ahora. Vivo viajando. Desde que llegué a este sitio en el que me encuentro ahora, ¡no ha cesado de llover!. Afuera llueve a cántaros.

Estoy reputado como el mejor meteorólogo del mundo. Así como lo oyen, ¡del mundo!. Y es que mis pronósticos de lluvia no mancan, no yerran nunca. Así los haga en las costas del mar Muerto o en el desierto del Kalaharí. Yo puedo llegar al sitio más seco de la tierra y con decir *¡Va a llover!*, basta. ¡Llueve a torrentes!.

Lo que no ha podido entender la caterva de aduladores que me otorgan premios y distinciones a porrillo en todos los congresos del mundo, es que yo no pronostico nada. ¡Yo cargo sobre mí la lluvia porque soy una maraca piaroa!. Cada latido de mi corazón es un llamado al aguacero. ¡Soy una maraca viviente!.

Llueve mucho. Ahorita mismo, primero de abril, viernes santo, ¡está lloviendo mucho!

Powered by CamScanner



Trombosis

Hacia las siete de la noche prefirieron el silencio.

El calor no dejaba lugar para el comentario o el chascarrillo.

La muchacha hermosa se echaba en la boca el aire ralo con las manos.

El buhonero se quitó el pañuelo y enseñó las arterias inflamadas, a la luz del quinqué.

El sudor era una culebrilla que descendía por la frente y anidaba en las axilas.

— ¡Moriremos!

Exclamó un hombretón al comprobar una vez más, que el enloquecido dueño de la venta, con una barra y tres candados, había asegurado por fuera la puerta de hierro del cuarto.

¡Cada poro era una boca sedienta!

— ¡Ese usurero enloqueció!— Exclamó otro hombre.

La jovencita, en tanto, arrancada de un sueño, se despojó de todas sus ropas mostrando, impúdica, un cuerpo sofocado por la exuberancia y la belleza.

La temperatura interior de los cuerpos masculinos ascendió con desespero. Y para cuando comenzaban a extenderse las manos eróticas, un amoratamiento convulsivo pronosticó que en breve habría muchos menos respiradores del aire ralo.

Powered by CamScanner



La fantasía de los cristales

La niña que pintaba en los cristales empañados se deshizo aquella mañana del abrazo caluroso de las sábanas y con sus deditos enjoyados de fantasía, trazó en el vidrio de la ventana de su dormitorio una feria de líneas zigzagueantes y redondeles. Era sábado. Nadie estaba en guerra en Colombia y un grupo de curiosos se apostó frente a la ventana que daba a la calle, y empezó a interpretar los jeroglíficos trazados por la niña con el rocío matinal.

— ¡Esto es una conspiración! – Dijo un vecino.

— No, no es una conspiración –Manifestó un anciano con el bordecillo del sombrero gastado–. ¿Aprecian ustedes un gesto amenazante? ¿Cierto que no? Las figuras que aparecen en este cristal representan una caravana de aventureros. ¿No ven estos camellos? ¡Esto es un barco! ¡Más claro no puede estar!

Hubo un murmullo de aprobación y otro de disentimiento. Pero un grave personaje dijo con especial convicción:

— ¡Tomar estos dibujos por conspiradores o aventureros es una pamplinada y muy grande! ¡No hay tal! Aprecian ustedes, señoras y señores, las manifestaciones de un espíritu que tiende hacia lo bello ¿Ven cómo estas líneas aéreas rematan en círculos concéntricos? ¡Esto es idealidad! ¡Esto es belleza! Esto es el primer encuentro con...

Una ráfaga de aplausos consumió las últimas palabras del expositor. Sin embargo, los conspiradores y los aventureros permanecían fieles a sus interpretaciones. La gente se agolpaba y una voz solemne se impuso en la algazara:

Powered by CamScanner

— Hermanos, este es el árbol del bien y del mal. ¿No ven, acaso el tallo erguido? ¿El follaje? ¿Los frutos? A partir de esta edad se establece la barrera entre la virtud y el vicio. Los justos están acá, a la derecha; los réprobos allá, a la izquierda.

— Discrepo, señor cura, de sus apreciaciones –...Las palabras metálicas de un joven de gafas, restaron entusiasmo al mensaje evangélico. Con el dedo extendido y las cejas fruncidas, continuó diciendo: "Discrepo porque estos trazos ingenuos nos reafirman, con lujo de detalles, que la ontogenia reproduce la filogenia. Estas manifestaciones nos aproximan a los pasos iniciales de la especie humana..."

Los términos sentenciosos fueron recibidos con varios ¡Si! ¡Si!, que, a la postre, menguaron cuando una dama de ademanes cansinos, se abrió paso para decir :

— Los dibujos que tenemos al frente predicen males incalculables. ¡Estamos amenazados! Estos círculos cabalísticos son planetas que dirigen todo su poder maligno contra nosotros. Estos puntos que ustedes ven aquí, mírenlos bien, somos nosotros. Las señales son claras: habrá muerte, destrucción, miseria...

El espanto se apoderó de muchos rostros. Entre murmullos se fue corriendo una consigna: *¡Borremos los dibujos del cristal! ¡Rompamos la ventana!*, pero una risa escéptica empezó a mascullar entre dientes: *¡Bah! ¡Qué estúpidos! ¡Qué sandios! Esas son rayas vulgares que no dicen nada. ¡Esas líneas sólo indican que los cristales de la ventana están sucios!*

— ¿Será eso? ¿Será eso? –Empezó a decir la gente cuando un elegante caballero, abriéndose paso a codazos y empellones, se dirigió al público con palabras despectivas:

— ¡Es claro! Algo se necesita para apreciar el valor de estas figuras. ¿Qué dice el conjunto en sí? ¡Ah! Que no todos podemos apreciar este magnífico escenario donde hay bailarinas, galanes y bufones. Esto –extendió la mano y con el dedo señaló un manchón– ¡es el polichinela!

— ¡Qué polichinela ni qué niño muerto! Esto es la composición más genial que he visto en materia publicitaria. (El que así hablaba era un individuo rechoncho de avanzada calvicie) No es sino imaginarla en una valla dominante con un letrero que diga: *¡Inícíese!*. Y en la parte inferior el motivo de la propaganda.

Powered by CamScanner

— ¡Mercantilista! ¡Desvergonzado! – Se adelantó una anciana con la sombrilla a modo de estoque -. ¿Utilizarías en fines tan bajos este testimonio espiritual? ¡Seguramente que sí! Yo he guardado como cosa sagrada los primeros dibujos que hicieron mis hijos y ahora estoy guardando los que hacen mis nietos. La razón es probable que no entienda lo que ellos han querido decir, pero el corazón sí, ¡el corazón sí lo entiende!

Las airadas palabras de la abuela contagiaron a la muchedumbre. Las opiniones quedaron irremisiblemente divididas, y surgieron grupos que, a cual más, gritaban:

— ¡Son conspiradores!

— ¡Son aventureros!

— ¡Son rasgos de arte!

— ¡Es la edad de la razón!

— ¡Es el hombre y la especie!

— ¡Son signos malignos!

— ¡Son rayas vulgares!

— ¡Son artistas de teatro!

—¡ Son motivos publicitarios!

— ¡Son recursos inefables!

El tumulto fue creciendo por momentos y nadie lograba ponerse de acuerdo sobre el significado de los dibujos que la niña había hecho esa mañana en los cristales de la ventana. Así que, tras mucho discutir y argumentar, decidieron que fuera la autora la que diera una explicación sobre su obra. Los comisionados se acercaron a la puerta y golpearon tres veces. Entonces apareció la niña con el azul turquesa en los ojos y unas cejas terminadas en prodigiosa estrechez sobre las sienes.

— Chiquilla –preguntó un vecino con la voz esperanzada– ¿fuiste tú la que pintaste estos dibujos? ¿Sí? ¿Quieres decirnos qué pintaste en los vidrios de esta ventana?

— ¡Una serpiente comiéndose una muñeca! –Contestó la niña con una sonrisa del tamaño de un pétalo. Entonces todos empezaron a gritar:

— Claro, claro. ¡Yo tenía razón! ¡Esa serpiente que está ahí conspira contra los demás juguetes!

— ¡Esa culebra es una escultura!

– ¡Esa serpiente es la mente consciente!

– ¡Esa serpiente es la especie!

Powered by CamScanner

– ¡Esa serpiente es agorera!

– ¡Esa serpiente está muy mal pintada!

– ¡Esa serpiente es una bailarina!

– ¡Esa serpiente es una propaganda!

– ¡Esa serpiente es la niñez!

Un comisionado, sin embargo, (el que veía una bailarina) se acercó a la niña y le propuso: "A ver, corazón, muéstranos exactamente dónde está la serpiente que se come la muñeca..."

La niña, con un mohín incrédulo, respondió:

— Pero si ahí no esta ahora...

— ¿Dónde está, entonces?

— ¡Me la llevé al paraíso!

— Y esto ¿qué es? – Gritaban exasperados los presentes señalando los cristales.

— ¿Esto? Estos son los juguetes que quedaron abandonados en el jardín cuando la serpiente se comió a la muñeca.

Sin agregar más nada, la niña entró a su casa y con la palma de la mano empezó a borrar la tragedia de los cristales.

Powered by CamScanner



El capitán y el jesuita

Don Francisco Machuca de Tejada y Herreros se hacía acompañar de un clérigo en todas sus correrías porque no quería verse expuesto a morir sin absolución, como casi le ocurre siendo gobernador de Santiago de las Atalayas, en los Llanos, cuando los jesuitas que conducía bajo fuerte escolta al destierro se negaron a escucharlo en confesión argumentando que si el serenísimo rey de España, don Carlos Tercero, les impedía con la punta del bastón de mando administrar los santos óleos a los indios que caían moribundos, con los sobacos empedrados por los golondrinos y un fuerte olor a azufre en el aliento, mal podían ellos transgredir la soberana voluntad, así se tratara de la salvación del alma de uno de los más bizarros capitanes llegados al virreinato del Nuevo Reino de Granada. Sin embargo, por estar metido en las cosas mundanas, para perdición de su alma don Francisco olvidó esa precaución cuando salió con el virrey a la caza del venado.

Ancho de hombros y recubierto por un vello hereditario que en las falanges parecía pelusa de caña y en otras partes del cuerpo viruta de cedro macho, don Francisco caminaba balanceándose, con las piernas abiertas y el ademán resuelto. Peninsulares y criollos de todas las pelambres lo apodaban en secreto *El Oso* y buscaban la forma de hacerlo caer en desgracia; pero el virrey Messía de la Cerda le dispensaba tal confianza que el favorito podía ordenar el arresto o exiliar a treinta leguas de la capital al malqueriente que se dejara conocer la tiña, un mal que enflaquece el alma mucho antes de acabar con el cuerpo; y que el Arcipreste de Hita, si mal no estoy de la memoria, dio el nombre de envidia.

Powered by CamScanner

El Oso formó parte en su condición de caballero del nutrido séquito que para gobernar la Nueva Granada trajo el virrey de España. Justamente de Cádiz y haciendo parte del grupo, también se despidieron con lágrimas en los ojos un secretario con dos oficiales, un mayordomo principal y uno subalterno, un capellán, dos gentiles hombres, un médico, un reposstero, un despensero, dos cocineros contratados en Almería, seis *lacayos* y siete *galopines*. Los lacayos se turnaban por parejas para tenerle el estribo y acompañarlo a lado y lado del caballo cada vez que el mandatario recorría los vetustos callejones en un intento vano por librarse del conjuro que sobre su alma ejercían los recios campanarios. El señor virrey estuvo tentado en su opaca juventud, como su antecesor el virrey Solís, a ingresar a la orden de san Francisco. Los galopines, por su parte, recogían en los potreros el *cagajón* y la *bosta* necesarios para alimentar el fuego que mantenía en suplicio eterno a las marmitas donde hacían gorgoritos de un suculento pavo a una salutífera perdiz. En ocasiones los pelafustanes recurrían a las *cagarrutas* de venado cuando el mayordomo les indicaba que era corta la provisión de combustible para el invierno en ciernes.

Don Francisco era hijo de Matías y Manuela, cristianos viejos del pueblo de Laguna de Cameros, en Castilla la Vieja, donde también él nació. Se casó, recién desembarcado en Santa Fé, con doña María Rosa de Castillo y León, heredera de la hacienda Los Aposentos, localizada en Sopó, y hermana de Gregorio, un libertino que llegó en un barco pirata y ocupó la vicepresidencia de la república cuando los criollos, con Bolívar a la cabeza, se quitaron de encima el sambenito de la servidumbre.

La casa principal en Santa Fé se levantó en una fanegada y media de terreno que unas monjas no muy contemplativas le cedieron a don Francisco en los extramuros a cambio de una intriga ante el poderoso virrey, y el alarife titulado que dirigió la construcción se cuidó de poner suficiente piedra, cal y arena en las bases, luego de enterrar un perro barcino que sería el celoso guardián de la heredad. Con paredes de adobe y empleando cedro, guayacán y acacia, se levantaron los dos pisos de la mansión señorial, adosándole en el portón principal de entrada el escudo de armas de los Machuca en España donde figura una bestia rampante que tiene cachos como un toro y dentición de carnicero. En la planta baja, se

Powered by CamScanner

acomodaba la servidumbre y aún sobraba espacio para los silos que contenían los granos, y los nidos donde ponían las gallinetas, y la leña para la cocina y el excremento del ganado. En la planta superior se acomodaban don Francisco y doña María Rosa en una habitación de grandes ventanales volados que clavaban la vista en los cerros del oriente, y los tres hijos de esta unión que llevaban todos el María en alguna parte del nombre: José María, Francisco María y María Josefa. A más de los espaciosos dormitorios, allí quedaban el salón de las visitas, el comedor y la cocina, el costurero, la sala de armas y una capillita sin ventanas donde lagrimeaba con tristeza el pabilo de una vela impregnada con benjuí para neutralizar la acrimonia del sebo de ganado de que estaba hecha la luminaria. Blanca de coraje por los lengüetazos de un hisopo humedecido en lechada de cal, la pared frontal, descascarada a trechos, ostentaba en la parte superior un crismón bizantino con los símbolos del sol y la luna, y, algo más abajo, una mala copia de la pintura renacentista que adorna la catedral de Espira, donde Jesucristo, una vez más, le lava al discípulo las manos y los pies. El icono más destacado en el conjunto es un cuadro que representa las tres divinas personas, a las cuales se encomienda cada día por ser devoto de ellas el señor gobernador. Frente al altar de madera tallada con incrustaciones de concha, permanecen siempre limpios y debidamente acomodados un lujoso reclinatorio por cada una de las personas que integran la familia. La única diferencia es que los piadosos muebles de los padres van forrados en pana de color azul turquí, en tanto que en los de los hijos se empleó el rojo bermellón.

En el patio exterior con jardines donde se cultivaban fragantes rosas de Castilla y unos geranios extranjeros que tenían la propiedad de congregar los vivos colores de las mariposas y las abejas, se levantaba un ángel de mármol blanco vertiendo un chorro de agua en un pila grande, del mismo material. No lejos de la pila, por una senda empedrada, se llegaba a las ricas caballerizas donde el dueño mimaba, por decirlo de alguna forma, los mejores caballos que pudieron asistir en el reino a un remedo de torneo. El mejor animal en concepto de don Francisco y de los lacayos que día por día se desvivían por llevarle lo más tierno de los pastos y las medidas de agua dejadas al trasnocho con miel de avispas y semillas de centeno, era un potro tauridano, de gran alzada y con

Powered by CamScanner

la crin revuelta, que llegaba siempre de primero y como una exhalación a la banderola cada vez que el semirrey y los altos encomenderos organizaban justas en honor de la reina. Aquel caballo tordo de ninguna manera desluciría en las ricas caballerizas de su majestad, el rey, y don Francisco tenía la secreta esperanza de llevárselo algún día a la corte como presente. El señor virrey distinguió desde un comienzo al caballero. Para que nadie se llamara a engaño, no bien se estableció con sus petacas y su séquito en la friolenta capital, lo nombró alcalde ordinario y permitió el desmonte de algunas de las prebendas y canonjías que el clero y los españoles peninsulares disfrutaban desde los tiempos del Adelantado, con perjuicio de los americanos. En su condición de gobernante de la plaza, auxilió con fondos del situado real al puerto de Cartagena que venía siendo asediado por la piratamenta del Caribe. Pero, en algún momento, los válidos creyeron que don Francisco había caído en desgracia porque en vez de ser designado diputado del cabildo para el abasto de carnes, el virrey lo nombró gobernador de Santiago de las Atalayas, una provincia lejana, tórrida y despoblada que quedaba, en el decir de los de la real audiencia, en *la otra esquina del mundo.*

El gobernador recientemente nombrado sostuvo una larga conversación con el virrey en sus aposentos, y de allí salió con una docena de coraceros hacia el remoto país donde el reino de España demandaba sus servicios. Doña Rosa María no pudo contener las lágrimas en el momento en que el padre de sus hijos impartió instrucciones, y recomendó al mayordomo un cuidado especial para con el tauridano, dado que ese animal *es intocable y de su integridad se me responderá con la vida.*

La comitiva partió de Santa Fé a mediados de mayo de 1767, con una tropa de mulas que cargaban en angarillas los efectos personales del mandatario de la lejana provincia, bajo la conducción experta de un mulero que conocía como la palma de su mano todos los altibajos del camino. Detrás de las bestias de carga y provisto apenas de un cuchillo pesado en la cintura, iban el gobernador y los hombres de armas, sorteando los abismos y adivinando en los desfiladeros las pisadas de la bestia del baquiano cada vez que entraban en los amplios dominios de la niebla. De trecho en trecho se juntaban las gotas de agua que lloraban los musgos, y formaban corrientes cristalinas que serpenteaban bajo los cascos de las

Powered by CamScanner

bestias en procura de los altos vertederos. Esos frigidísimos hilos de agua se juntaban con otros hilos hasta formar arroyos serpeantes que, tumbando aquí y allá, se veían a sí mismos convertidos en ríos indomables, con nombres impronunciables, donde flechaban los indios unos peces que tienen por cerebro una piedra que repele la centella, y caimanes capaces de convertirse en lajas de granito para pasar el verano.

Al fondo del abismo, sobre el verde variopinto del paisaje, se abigarran las plantas de yagrumo con sus hojas salpicadas de una harina blanca que va cambiando de tonalidad a medida que los viajeros se aproximan.

El gobernador fuma un gran cigarro confeccionado con tabaco de Capitanejo, y lleva con la propiedad de un reinoso un sombrero de fieltro y un bayetón de lana que le cubre las piernas protegiendo de paso los ijares de su bestia. En una funda de cabritilla atada al cuello con un cordón de seda, el funcionario guarda celosamente un pliego de instrucciones que recibió de manos del virrey al salir del palacio.

— Es importantísimo que deshaga el lacre el día y hora que le llevo dicho, señor gobernador. Y que cumpla sin excusa las órdenes consignadas en el pliego. Para deshacer el lacre, utilice vapor de flor de tilo o, en su defecto, de barba de maíz. Con otros vapores corre el riego de que se rompa el pliego y se quede en algún punto a oscuras de estas reales instrucciones. Y eso... eso no puede suceder.

— Y no sucederá, señor; con mi vida y mi honor se lo garantizo.

Al tercer día de marcha la caravana llegó, ganando una meseta, a una casita alegre, de adobe y techo de teja, altos pretiles y variadas flores, resguardada por tres perros que se bebían el viento con sus lances y amenazas. El dueño del lugar tenía la bondad en los ojos y una barba de Nibelungo que le llegaba a la cintura. Les ofreció guarapo de caña y en tanto contaba que todos los suyos tenían los ojos azules y la barba blanca por descender de unos hombres blancos que llegaron antes de Colón en busca de un tesoro fantástico, sacrificó y asó para ellos un cerdo gordo que llevó al matadero arrojando granos de maíz.

Muy de mañana y usando ahora ropas livianas por el calor que se levantaba a bocanadas del oriente, el señor goberna-

Powered by CamScanner

dor partió con su comitiva después de depositar en la mano del viejo un par de relucientes monedas de oro.

— Nuestro señor Jesucristo se las ha de multiplicar — Dijo el dueño de la luenga larga que, más que posadero, parecía un profeta. Y antes de que el español moviera las riendas de su montura para tomar el camino que en bajada lo llevaría a su destino, el estanciero se acercó hasta casi tocar el estribo y repitió una y otra vez como si estuviera delirando:

— El *carretón*, señor, usted deberá usar el carretón. Pero no desgaje la flor hacia abajo sino hacia arriba. El carretón es lo único que le servirá entonces. No lo olvide. ¡El carretón!.

El recibimiento tributado al señor gobernador fue memorable. Todos los encomenderos, luciendo los arreos de las fechas especiales y montando los caballos de más generosa estampa, puestos frente a frente hicieron una calle de honor en tanto que las doncellas más hermosas de la ciudad arrojaban pétalos de flores y agitaban cintas de bienvenida a su paso. A continuación hubo un torneo y en la tarde una representación pobre de *El Infierno de los Enamorados* del marqués de Santillana.

Concluido el vasallaje y seguido de cerca por el ama de llaves y dos esclavos negros marcados con un trébol en la paletilla izquierda, don Francisco se dirigió a sus aposentos y ordenó remplazar en la cabecera de la cama con un cuadro del bautismo de Jesús el crucifijo sangrante que había velado el sueño del anterior gobernador.

— ¿ Señora, se cambió por completo la ropa de cama?

— Totalmente, usía.

— ¿Y se remplazó la cama?

— Así es, señor. Un alarife de maderas que hicimos venir de Pamplona aunque es natural de Quito, construyó para su excelencia la cama que tiene a la vista.

— ¿Qué madera es esta?

— Es palo de brasa, señor. Lo traen cada año los indios que vienen del Marañón en busca de sal.

— ¿Y no se peligra aquí con el escorpión o el alacrán?

— No hay punto vedado en estas tierras para el alacrán o el escorpión, señor. Por eso es bueno llevar siempre encima una cabeza de ajo.

Powered by CamScanner

— ¿De qué otra asechanza protege el ajo?

— De la sierpe.

— ¿Y de la flecha envenenada?

— No sabría decirle, mi señor...

— Sí lo sabes, mujer. ¡Claro que lo sabes! Ni el ajo, ni la pimienta, ni el comino, ni yerba alguna, protegen al hombre contra el tósigo de la flecha del indio. ¿Cómo murió mi antecesor? Pero, ¡espera! No se te ocurra mentirme porque te hago desollar viva. Dime exactamente cómo murió mi antecesor, el anterior gobernador de los Llanos de Santiago.

Don Francisco oyó con atención creciente la exposición y cuando la anciana terminó el relato, se santiguó en la forma en que lo hacen los cristianos ortodoxos. Esa primera noche tuvo sueños extraños que no le permitieron descansar como lo exigía su cuerpo después de la fatigosa marcha hasta los Llanos.

El 25 de junio de 1767, siendo las tres de la tarde, don Francisco sacó del estuche el pliego de papel francés que un mes antes había recibido con todo el protocolo de la confidencialidad, y siguiendo los procedimientos indicados, removió el lacre y leyó las instrucciones consignadas de puño y letra por su superior jerárquico, el señor Messía de la Cerda.

Sin pérdida de tiempo –decía la parte sustantiva del documento– *partirá usted con los coraceros y corchetes en cantidad no inferior a la docena de los primeros y la media de los segundos, provistos de armas más de defensa que de ataque, y se dirigirá hacia la hacienda de ganado mayor que los santos padres de la compañía de Jesús tienen a orillas del río Tocaría de esa jurisdicción, y en llegando...*

— Doctor ilustrísimo: Por instrucciones del señor virrey don Messía de la Cerda que habla en nombre de su majestad el rey Carlos, a quien todos debemos obediencia, vengo a rogarle que ponga todas las cuentas y bienes materiales de esta fábrica bajo el cuidado de mi autoridad, dignándose al mismo tiempo acompañarme para señalarle su nuevo destino.

— Señor gobernador –respondió el jesuita– en estas tierras que apenas ahora usted pisa, hay una sierpe que mata doblemente al hombre porque cuenta con cabeza por ambas puntas. Los antiguos la llamaron anfisbena y entre nosotros corre por cosa bien averiguada que vive con hormigas mortíferas enriqueciendo mutuamente su ponzoña. En mi condi-

Powered by CamScanner

ción de misionero de este emplazamiento y de la *trulla* de naturales que a nuestro lado aprendieron a decir *rey de España*, y a recitar de corrido el Padrenuestro, debo manifestarle que acato las órdenes que usted me transmite en nombre del señor virrey, pero que lo hago presionado por la fuerza de los arcabuceros presentes y no porque esta sea mi voluntad. Pido que quien haga las veces de notario escriba textualmente las palabras que acabo de pronunciar.

— Así se hará, padre Manare. Como también se anotará lo dicho sobre la serpiente de dos cabezas que usted aún no ha explicado.

— El poder de don Carlos, señor gobernador, es una sierpe que mata dos veces y ya le explicaré por qué. Porque primero destruye la riqueza natural que forjamos en estos suelos los padres de la compañía de Jesús para atender las necesidades del cuerpo de los aborígenes, y mata luego su alma al privarlos de las aguas lustrales y del evangelio que les enseñamos en algo más de una centuria.

Tras levantar el inventario de los bienes confiscados en el hato de Tocaría, y no obstante el invierno inclemente que convertía en lechos desmadrados las más infelices corrientes de agua, el gobernador envió comisiones a los demás hatos y puestos misionales con el fin de que todos los misioneros fueran concentrados en Tocaría en tanto el capitán Centurión daba cumplimiento a las mismas órdenes y privaba de la libertad a los jesuitas de las costas del Orinoco. El propósito del movimiento envolvente era concentrar en Tocaría a los catorce misioneros que operaban en la región para llevarlos a un puerto del Atlántico desde donde serían extrañados hacia los estados vaticanos en Europa.

El sigilo en la gigantesca operación que se cumplió a la misma hora y día del mismo año, se extendió desde la Argentina hasta Méjico y buscaba, por una parte, incautar las propiedades que la compañía tenía disgregadas a todo lo largo del continente americano sin darles a los administradores y procuradores la oportunidad de ocultar parte de la riqueza atesorada en monedas o alhajas preciosas, o de transferir el inventario de semovientes a los vecinos para que no todo fuera pasto de la voracidad de los alcabaleros reales. De la otra se buscaba que los naturales y adictos a la gran obra misional no alcanzaran a reaccionar frente al desarrollo de una política que parecía dictada por las potencias extranjeras, en contra

Powered by CamScanner

de los intereses de la madre España. Y es que, en efecto, no hubo institución que guardara tan celosamente los intereses del rey en las fronteras como lo hicieron los jesuitas.

El padre Manare fue recluido con el coadjutor en un aposento ventilado y seco que tenían dispuesto en un extremo de la casona para conservar los granos en invierno. Era un cura alto y horro de carnes y con dos cualidades relevantes. Decididamente lampiño, contaba con una extraordinaria energía en la voz. Y lo que en definitiva nadie olvidaba de él, era el color verde fosforescente de sus ojos que hipnotizaban y hacían bajar a comer a su mano a los monos arborícolas. Alguien dijo alguna vez que el padre tenía ojos de culebra macaurel. Por lo demás, era conocido en todo el virreinato por la fuerza conque exponía y defendía sus teorías, y en los altos círculos eclesiásticos se sabía de cierto que pronto llegaría a provincial. De allí que el virrey, aconsejado por los franciscanos, no dudó un momento en ordenar que la operación en los Llanos se iniciara con la reclusión en el hato de Tocaría del más fogoso de sus jesuitas. El gobernador en persona dio instrucciones al jefe de los centinelas para que día y noche se vigilara el pesado portalón de tablas burras del aposento, evitando que el confinado enviara instrucciones a los otros hatos y puestos misionales del contorno hablando con los indios en su lengua.

El hato de Tocaría, a las orillas de un río de aguas atormentadas y olorosas a agalla de pescado, contaba con una casa principal y una capilla enjalbegada donde se destacaba una imagen de la virgen María, donada por un misionero de apellido Rivero que tuvo a su cuidado, algunos años antes, la edificación de la hacienda. Para los servicios personales, se contaba con tres esclavas negras que gobernaban la cocina, un esclavo viejo con los dientes desportillados por la costumbre de partir con ellos *corozo*, y unos párvulos, hijos de las negras, que tenían el pelo ensortijado pero recta la nariz y separado de los demás el dedo gordo del pie, como es usual en los indios. El padre Manare les aseguraba a las *mandangas* que sus hijos serían libertos cuando les cuajara el bozo de la mayoría de edad. En las inmediaciones de la casa principal se destacaban, alineados, los ranchos de palma y bahareque construidos por los sálivas para sus familias. Los indios menores asistían a diario a los oficios religiosos, y repartían el resto del tiempo en la escuela, el taller y la casa. No era infre-

Powered by CamScanner

cuente escuchar sus voces cantarinas al interpretar algún himno sagrado o un canto de villanos. En las sabanas vecinas pastaban por miles las vacadas, y los hatajos de caballos que los indios montaban con la baquía del mejor de los jinetes.

Cariacontecidos y con la vista baja, los sálivas no volvieron por la casa principal ni regresaron a los *conucos* donde comenzaba a espigar el maíz. Se sentaban a la sombra de los *guamos* del ribazo a mordisquear pepas de mortiño. Transcurridos ocho días del aprisionamiento del padre, los indios se ocultaron presurosos en el monte porque, aguas arriba, en una canoa que impulsaban dos remeros mestizos, un par de hornbres del rey, como le decían a los arcabuceros, llegaba con el cura de Cravo, un hato apartado de Tocaría no más allá de siete leguas castellanas. El jesuita traía puesta una casulla de *zaraza* y se notaba o que había pasado la noche en vela, o que había llorado mucho.

Antes de que se hubiera cumplido el primer mes, el gobernador ya tenía reunidos a los ocho misioneros principales que oficiaban en las costas de los tributarios del Meta. Faltaban los seis curas que se ocupaban de atender la conversión de los indios del Orinoco y que en Carichana redoblaban los esfuerzos para prender el germen de la ganadería.

El capitán Manuel Centurión – un hombre bajo pero extraordinariamente fuerte – apareció con cinco clérigos y con la noticia de que el sexto se arrojó a las aguas crecidas y fue engullido por un remolino del Meta.

— Mala noticia es esa, capitán Centurión –Advirtió don Francisco cuando se enteró de la desgracia– Porque donde hizo más fuerza el señor virrey de Santa Fé fue en el punto de lograr que los padres salgan de su provincia sin achaques, así por hacerles sombra caigan los nuestros con *tabardillo*.

— Iguales instrucciones me fueron transmitidas a mí, capitán Machuca, pero no entiendo tanta fineza cuando lo que aquí se está haciendo es un despojo no sufrido antes por ninguna institución eclesiástica. Claro que el ahogamiento del padre fue una desgracia que no pudimos evitar y que lamento en lo que significa.

— El gobierno del virreinato no quiere ser objeto de reproches por parte de la autoridad papal que, muy seguramente, tronará ante la incautación. Por esa razón el señor Messía de la Cerda recomendó tanta prudencia y vigilancia.

Powered by CamScanner

— Mi pregunta es arriesgada, caballero Machuca pero ¿con qué finalidad priva Madrid de su riqueza a los jesuitas?

— Pues si es peligrosa la pregunta, yo creo que la respuesta es mucho más comprometedora: De acuerdo con los cálculos que hacía un coronel de milicias de apellido Alvarado, los padres de la compañía de Jesús son los amos de la riqueza en el nuevo mundo, y estarían planeando establecer una nueva república, la república del Espíritu Santo, donde el arma más demoledora sería la excomunión porque vendría a significar el hambre y la miseria. Los soldados de ese gobierno serían los indios. Ahora bien, ¿qué es lo que se busca con la extraterración de los ignacianos? Pues frenar el experimento y repartir esa riqueza en la casta de los mestizos, que, al fin y al cabo, llevan sangre española en las venas.

— Curiosa manera de entender la justicia pero yo ruego a su señoría me conceda las provisiones necesarias y dos bogas de repuesto para retornar mañana mismo a mi sede en Carichana.

— Esta noche leeré puntualmente su informe, capitán. Pero de viva voz yo quiero preguntarle: ¿Son ricos los establecimientos que los padres tenían en las orillas del Orinoco?

— No, capitán. Si no se mira la fábrica de Carichana, los demás puntos son simples morideros que no tenían razón de existir. El padre que se echó al agua, tuvimos que enterrarlo como su madre lo parió en el mundo, cuando el río lo vomitó desnudo en una playa y comprobamos que en su mochila no había una segunda muda.

— Pues no entiendo entonces...

— Ni yo tampoco, capitán.

Con sus trece prisioneros partió don Francisco a finales ya de julio. El plan era llevarlos sanos y salvos al lago de Maracaibo, después de recorrer doscientas leguas, para colocarlos en un barco que los transportaría a los estados pontificios en Europa. Al momento de la partida, los indios se arrochelaron en el parador del ganado y cuando el padre Manare les dio la bendición, todos se arrodillaron con las manos recogidas en el pecho y empezaron a gritar y a lamentarse como si los golpearan con un fuete de *verraquillo*. Don Francisco no salía de su asombro porque hasta entonces había creído que los aborígenes eran seres intermedios entre el hombre y la bestia. Pero lo que más estupefacción le causó fue la mirada

Powered by CamScanner

de odio que, sin despabilar, le sostuvieron los hombres, las mujeres y los niños cuando le indicó a su lugarteniente que encabezara la caravana porque era hora de partir.

Cruzar los ríos crecidos que menudeaban en el trayecto era una tarea asaz complicada porque después de lo acontecido con el misionero que se le ahogó a Centurión en el Orinoco, no se podían hacer concesiones. Asegurado en la canoa, cada prisionero era celosamente vigilado por dos expertos nadadores que tenían instrucciones de dominarlo por la fuerza, si era necesario, mientras una segunda canoa llevaba más gente y flotadores de *balso* para cualquier eventualidad. Asegurado en la orilla opuesta, la expedición regresaba por otro tonsurado de modo que el día no era suficiente para vencer dos ríos. Los misioneros optaron por no volver a abrir la boca y el consumo de alimento se redujo a lo estrictamente necesario. Especialmente duro se hizo el trabajo de cuidar de noche a los prisioneros. El invierno cumplía su compromiso de llover sin descanso, y de enfangar el camino, y de penetrar el hueso, y cuando no caía agua, llovían nubes de irritantes jejenes, moscas carniceras, tábanos como pájaros y los zancudos... los zancudos insufribles y negros como la conciencia de un hereje.

Don Francisco hace llamar a su tienda al baquiano principal.

— ¿Hacemos el recorrido en el tiempo previsto?

— No, señor gobernador.

— Y ¿puede saberse por qué?

— Porque estamos avanzando a paso de buey y necesitamos hacerlo a paso de liebre.

— Explíquese mejor.

— De acuerdo con los planes que nos trazamos, señor gobernador, ya deberíamos haber cruzado el río Arauca y, si bien nos va, mañana en la tarde estaremos llegando apenas al Casanare...

— Y eso traducido a jornadas, ¿qué significa?

— Que será imposible estar a mediados de septiembre en Maracaibo, como usted se lo ha propuesto. A más de que se presenta un nuevo inconveniente...

— ¿Un nuevo inconveniente? ¿Cuál?

— Que se acaban las municiones de boca... perdón, las provisiones, señor. Con las nutridas lluvias se han echado a

Powered by CamScanner

perder varios bultos de harinas y de granos, y la carne está empezando a criar gusanos...

— Para esto último, ¿qué podemos hacer?

— Distraer cada día algunos hombres para que, adelantándose a la expedición, procuren bichos de sangre caliente ya que por todo esto abunda la cacería

— ¡Sea! Y en cuanto a lo segundo, es decir, ¿cómo podemos agilizar la marcha para estar en septiembre en el punto convenido?

— Lo aconsejable sería dejar para nuevos momentos los mimos y carantoñas, señor. Si embrazamos y separamos a los religiosos de dos en dos, y no permitimos que se pongan de acuerdo, podríamos... ¡Señor! ¡Señor! ¡Válgame Dios! ¡Auxilio! ¡A mí, soldados! ¡El señor gobernador está herido! ¡Han matado al gobernador!

Aprovechando la oscuridad de la noche para no ser detectado por los guardias, y apuntando al corpachón de oso que delineaba la macilenta luz del candil, el flechero disparó a una distancia en que no podía fallar y la *lanceta* rompió la gasa de hilo de la tienda y se incrustó por la espalda, a la altura del hombro pero sesgada peligrosamente hacia la nuca. La punta de la flecha salió por encima de la clavícula derecha y produjo un golpe de sangre que, de inmediato, manchó el liencillo de la camisa.

Con más sorpresa que dolor, el herido se llevó la mano al hombro y comprendió que era una imprudencia tratar de remover el venablo por su proximidad con la vena. Blanco como una vela de sebo, el jefe de los baquianos esperaba ver caer al mandatario en medio de espantosas convulsiones porque a simple vista advirtió que se trataba de una flecha con púa de macana, y ese tipo de flecha siempre va inficionada con veneno curare. Sin embargo, don Francisco no cayó y sentándose en la silla de tijera dio instrucciones para que, sin pérdida de tiempo, hicieran venir a la tienda a su lugarteniente que se encontraba con los misioneros en el otro extremo del campamento.

— ¿Se puede remover el venablo sin peligro? – Preguntó, lívido, el mandatario al experto.

— Yo no se lo aconsejaría, señor.

— ¿Por qué?

Powered by CamScanner

— Porque si se jala hacia atrás, la carne viva volverá a entrar en contacto con la punta de la púa que es donde el indio coloca el curare, y se corre el riesgo de que el veneno se active. Si esto ocurre, su señoría morirá sin remedio. El curare es como un betún y si se endurece mucho no hace efecto. Por eso es que los infieles acostumbran a llevarse el herrón al calor de la boca entes de disparar la flecha. Supongo que el indio que le disparó a su excelencia no lo avivó antes.

— ¿Y si en vez de halar hacia atrás, se tira de la punta de la púa hacia fuera?

— Es más peligroso, señor, porque la base de la púa es mucho más ancha que la punta y nos exponemos a que el filo corte la yugular. ¿Si siente aquí cómo se ensancha la base?

El lugarteniente advertido de lo que había sucedido se hizo presente en la tienda y ordenó que se trajeran nuevas luminarias. También pidió al comandante de guardia que se soltaran los perros de presa y se extremara la vigilancia por si los indios, al amparo de la noche, intentaban repetir el ataque.

— ¿Qué salida nos queda?

— Hay una medida muy dolorosa, señor gobernador, pero que anula el riesgo del veneno.

— ¡Habla, hombre... habla!

— Así como está, podemos quemar la punta de la flecha para conjurar el veneno, y retirarla de un golpe cuando esté hecha una brasa viva.

El gobernador solicitó al baquiano y a los arcabuceros que lo dejaran a solas un momento con el lugarteniente.

— Creo que debo correr el riesgo, teniente Sanabria. Estoy vivo gracias a las Tres Divinas Personas pero nada me garantiza que pueda sobrevivir a la operación que plantea el baquiano. Así que si yo muero en este lance, usted conducirá y embarcará a los religiosos en Maracaibo para que hagan el viaje de extraterración que les decretó el rey Carlos.

— ¡Así se hará!

— ¡Debe usted jurar!

— ¡ Lo juro por las Tres Divinas Personas que acaba usted de mencionar, señor. Pero yo quiero preguntarle: Si en cumplimiento de esta misión me viere yo arrinconado por la fuerza del enemigo o de naturaleza, ¿qué deberé hacer?

Powered by CamScanner

— ¡Híncate, hijo, híncate! Porque si te vieras arrinconado como yo lo estoy ahora, si te vieras sin fuerza y al vaivén de los hados, óyeme bien, ¡debes ordenar a los soldados que disparen hasta dar muerte a todos los religiosos!

— ¡Gran poder de Dios!

— Si, que Dios nos asista y no permita que se llegue a ese extremo. Procede a dar la orden para que se queme el herrón y se retire la flecha.

Cuatro soldados sin sus pesadas armas sujetaron al gobernador por los brazos y las piernas en tanto que otro más le inmovilizaba la cabeza. El baquiano, un mestizo corpulento que podía pasar sumergido un río crecido, pidió al gobernador que mordiera un lienzo de estameña y cebó y acercó la llama del candil a la punta de la púa. Hubo un profundo silencio entre las personas que asistían a la curación.

La macana es una fibra como el hierro de la que hacen los indios espadones que parten con facilidad huesos tan duros como los del cráneo. Y puntas de flecha que rompen los tejidos y encajan en el cuerpo de la víctima como si no quisieran abandonarlo. Es más fácil retirar una flecha de metal que una de macana porque el organismo vivo acepta a esta y rechaza a aquella.

La punta de la flecha en contacto con la flama chisporroteó un poco y empezó a pasar del cárdeno al rojo vivo en tanto que despedía una tenue columna de humo. El fogoso capitán que en Extremadura había sentido sin inmutarse el piquete de una bala alemana, empezó a retorcerse a medida que el calor descendía por la fibra. Con los ojos llenos de lágrimas y un insoportable olor a carne achicharrada, soltó el paño que mordía y trató en vano de soltarse de los arcabuceros que lo inmovilizaban. Sus gritos penetraron al monte y sacaron del sueño a unos monos rojizos que los indios comen con pan de dátiles.

— ¡Ya!

Gritó el baquiano a Sanabria. El lugarteniente tiró con todas sus fuerzas hacia atrás y del hueco de la herida no salió sangre sino humo hediondo. Don Francisco perdió el conocimiento. Durante dos días estuvo delirando, y espantando abejas imaginarias que en vez de miel le llevaban brea derretida. La fiebre no cedía y el baquiano creyó ver en el enfermo los estragos del curare. El curare *entero* mata en un santiamen; el

Powered by CamScanner

curare feble saca del organismo hasta la última gota de humor y luego mata.

— ¿Cómo ve el estado de salud del señor gobernador?

— No podemos hacernos muchas ilusiones, señor teniente, si no reacciona con estos medicamentos, de seguro morirá. Es que ya no admite líquidos. Y así va para tres días...

El gobernador recobró la razón y su primer pedido fue la presencia de un jesuita. Se presentó el padre Manare con los labios contraídos por la furia y el poder desolador de su mirada. *Creí entender que usted necesita un confesor*, dijo no bien entró al cobertizo de palma que habían construido en volandas los soldados para velar la agonía del importante funcionario.

— Así es, padre Manare. Necesito que me escuche en confesión y me absuelva por mis graves pecados. Las Tres Divinas Personas han querido que yo recobre la razón para que ponga en paz mi alma y ...

— Pues para que la absolución obre sus divinos efluvios es preciso que exista propósito de enmienda y usted, señor gobernador, es un relapso que ataca la iglesia de Cristo. Este es un pecado gravísimo que sólo puedo absolver con una licencia otorgada por mi superior jerárquico que está en Santa Fé.

— No, padre. Yo no estoy atacando a la iglesia. Dios me libre de semejante acción, digna de un apostata. Yo lo único que cumplo son las órdenes de un soberano que invocando mi fidelidad, me pide que haga retornar a la corona unos miserables bienes temporales. Eso es todo.

— Pues pídale entonces a ese rey que se ocupe de la salvación de su alma porque yo no puedo obrar sin licencia.

— Padre Manare, por Dios se lo suplico, escúcheme en confesión...

— No insista que no voy a hacerlo, y ningún padre de los que me acompañan, lo hará. Claro que podríamos llegar a un acuerdo.

— Dígame, por favor, de qué se trata porque se me acaban las fuerzas.

— Olvídese usted de la pragmática del rey y decrete a partir de este momento nuestra libertad. Yo lo absolveré y con mis compañeros de infortunio tomaremos un rumbo que ni usted ni nadie conocerá.

Powered by CamScanner

— Padre Manare, yo juré ante el virrey Messía que cumpliría esta misión y no puedo traicionar mi palabra ni deshonrar con semejante baldón a mi descendencia.

— ¿Así se pierda su alma?

— Mi alma depende de Dios. De mí depende mi descendencia. Teniente Sanabria...

— Diga, señor gobernador.

— Continúe con sus instrucciones.

— Como diga, señor.

Durante tres días el mandatario de la provincia de los Llanos se debatió entre la vida y la muerte. El teniente continuó la marcha con los jesuitas pero esta vez atándolos por parejas e impidiéndoles cualquier intento de evasión. El padre Manare empezó a gritar tan pronto se dio la orden de partida: *¡Volveremos, gobernador, recuerde que nosotros volveremos y usted no estará ahí para mirarlo!*.

El sargento que se quedó en el rancho con la misión de enterrar en sitio seco al moribundo no bien expirara, se sorprendió a la cuarta noche cuando el agonizante empezó a decirle con una voz perfectamente clara que le diera agua y le pusiera en las fétidas llagas del hombro cataplasmas de carretón.

— Carretón, hombre, carretón.

El sargento no tuvo que buscar mucho porque al borde de una charca, junto al camino, halló una gran planta de carretón, con sus grandes hojas acorazonadas y sus flores azules en forma de trompeta y sus estambres como rabos de iguana. Le dio el zumo de la flor y le puso cataplasmas en la herida hasta que el válido del virrey se levantó y ordenó que le enjaezaran una mula mansa para alcanzar la caravana.

En su camino de retorno a Santa Fé para rendir al representante del soberano un informe detallado sobre la expulsión de los jesuitas del Llano, el señor Machuca sentía que el corazón le palpitaba de manera extraña al acercarse a la casita alegre, de altos pretiles, donde unos perros se bebían el viento con sus lances y amenazas.

A su encuentro salió ciertamente un viejo, de mirada marchita, que no sabía de qué le hablaba el señor gobernador.

— Es que hace cuatro meses yo pasé por este punto y fui atendidos por un anciano de barba blanca y larga que nos

Powered by CamScanner

hizo preparar una suculenta cena. Yo necesito hablar nuevamente con ese anciano que me dio una receta salvadora basada en la flor del carretón.

El dueño de la posada no salía de su asombro. Porque, ciertamente, él había atendido al gobernador pero en ningún momento le había hablando del carretón ni de nada en especial. Y es más, no conocía esa planta que se da en tierra caliente. El gobernador erigió en aquel punto el pueblo de San Pablo de Mararabe que duró hasta la guerra de independencia cuando fue quemado por los godos.

Ha transcurrido un año desde la expulsión de los jesuitas. En recompensa por el fiel cumplimiento de sus instrucciones, el virrey designó a don Francisco teniente coronel de los reales ejércitos. Sin testigos, los dos funcionarios hablan en el palacio del primero.

— ¿Qué nuevas tienes sobre los bienes que les incautamos a los jesuitas en el Llano, Francisco?. El oidor decano con la excusa de preparar puntillosamente su informe, me tiene sobre ascuas. No sé qué ha ocurrido en los últimos meses.

— Pues ha ocurrido lo que nos temíamos. Que la Junta de Temporalidades está rematando a su amaño los bienes, y vende por uno lo que en sana ley vale tres.

— Explícate...

— Mira. La gran hacienda de Caribabare, en las orillas del río Casanare, no dejaba de tener hace un año veintisiete mil cabezas de ganado, mal contadas, con cuatro mil caballos, entre machos y hembras. Pues, ¡persígnate!, porque está saliendo al remate como si tuviera once mil vacunos y mil bestias de montar. Eso va en desmedro del real erario. Pero lo más grave de todo es que quienes van a pujar en el remate, no cuentan ni de lejos con los dineros necesarios para quedarse con una de estas propiedades. En las mismas condiciones están las haciendas de Cravo, Tocaría, Apiay y Carichana. Y no mencionemos centros ganaderos más pequeños.

— ¿Cuál podría ser la solución para rematar los bienes incautados?

— Pues no se trata de una salida muy ortodoxa pero si lo que quiere el rey Carlos es evitar la concentración de la riqueza, lo más justo sería repartir entre los indios y los mestizos no solamente los ganados sino también las tierras donde estos pacen.

Powered by CamScanner

— ¿Y cómo se recuperarían esos bienes que, al fin y al cabo, salen de la corona?

— ¡Con los impuestos!

— Pero el problema es el contrabando.

— Si, el gran problema es el contrabando. En cuanto a los bienes que se le confiaron a los franciscanos, es mejor no menearlo. Dejaron acabar los pueblos que se le confiaron.

—¿No estarás hablando como el hansenita que siempre has sido?

— No, señoría. Es que los franciscanos y los dominicos son muy malos administradores. En cambio los candelarios resultaron buenos, muy buenos. Pero antes de seguir adelante, ¿es cierto el infundio que dice que en el naufragio de las Azores perecieron todos los misioneros jesuitas del Orinoco?

— Desgraciadamente parece que sí. La versión oficial que yo tengo asegura que esos jesuitas tardaron un buen tiempo en salir del golfo de Maracaibo al Atlántico. Así que al llegar a Coro, de la capitanía de Venezuela, solo se pudo echar mano de un viejo carcamán que venía haciendo cabotaje desde el puerto de Buenos Aires. Con las precisas instrucciones que le habíamos dado, el alcalde de Coro no tuvo más salida que embarcar a los... ¿Cuántos jesuitas fueron los que se arriaron desde los Llanos?

— Trece porque uno se ahogó en el Orinoco.

— Bueno, pues en ese barco que ya hacía aguas, se mandaron los trece jesuitas con la esperanza de que al llegar a Punta Delgada, la capital de San Miguel, se pudiera cambiarlos a un barco seguro que los llevara sanos y salvos a Venecia.

— ¿Pero el naufragio no ocurrió dizque en vecindades de San Miguel?

— Si, así es. Prácticamente a vista de puerto. Ahí en las Azores, el mar es traicionero, y de pronto se alzó una borrasca que destrozó el barco en que iban los jesuitas. Los pescadores rescataron al día siguiente algunos cuerpos mordidos por los peces, y varios efectos personales de los padres que no pudieron llegar a su destino. ¡Que Dios se haya apiadado de sus almas!

— Así es. ¡Como ellos se apiadaron de la mía!

— ¿Qué dices, Francisco?

Powered by CamScanner

— No, nada señoría. Solo que mañana se inicia la temporada de caza en la sabana de Bogotá, y me permito recordarle que su participación como juez será definitiva en la cacería del venado.

— No faltaré, Francisco, claro que no faltaré.

La idea del coronel de milicias era vencer en la competencia y entregar al virrey no sólo el mejor venado sino el mejor caballo que hasta entonces se había visto en el reino. A cambio de eso esperaba que el grave personaje distinguiera al segundo de sus hijos, a Francisco María, con el cargo de regidor del cabildo dado que Jesús María, el primogénito, se encontraba en la corte adelantando estudios de milicia con los hijos de los grandes nobles de España, y su única hija, muy recatada, se inclinaba peligrosamente al hábito de las Ursulinas.

Muy de mañana se levantó don Francisco y tomó una ducha helada para avivar los sentidos. Escuchó la santa misa en su capillita y comulgó con recogimiento. Doña María Rosa insistía en que era mejor ir a la faena con el estómago lleno pero el ex gobernador se negó a probar el jamón riojano con pan de centeno: como desayuno le hizo los honores a una tajada de papaya ensopada en jugo de limón. Desde el amplio y aireado comedor observó los cuidados que se tomaba su palafrenero para enjaezar el potro tordo que un tiempo antes tenía la secreta esperanza de llevar como un presente al rey. Bajo su directa supervisión, un chalán enviado expresamente por un encomendero de San Gil le había tratado de afinar el paso pero don Francisco prescindió de sus servicios porque el experto era demasiado liviano y el caballo podía quedar con mañas. Hizo venir entonces un jinete de Honda que le recomendó prudencia al montarlo porque *Es testarudo, señoría, y tiene la manía de esconder la cabeza en el remo derecho cuando va a todo galope.*

— Ya veremos – respondió el aludido, sabiendo que no había en el Nuevo Mundo caballo capaz de darle una caída.

El hombre de armas revisó la cincha, la baticola, el freno y se declaró satisfecho. No ocurrió lo mismo con el pellón que iba sobre la silla por lo que dio órdenes de cambiarlo. También las dio para que se le preparara la escopeta con incrustaciones de nácar en la culata, y para que su hijo Francisco María lo acompañara durante la cacería.

— Es bueno que el señor virrey repare en ti cuando le entregue este caballo y el venado de ocho ramales que pienso

Powered by CamScanner

cazar para él. En ese momento, hijo, no debes mostrarte apocado, ni mucho menos arrogante. Muéstrate como un caballero que hace honor a su raza y estos honores se hacen con sumisión a Dios, al rey y sus representantes, y a la sangre de don Pelayo que corre por tus venas. ¿Me has entendido?

Don Francisco, su hijo y un mozo de cuerda se unieron a la partida de caza que encabezaba el señor virrey.

— Hermoso animal montas, Francisco. – Dijo el representante del rey cuando vio el caballo tordo.

— Pero no mejor que ese alazán suyo, señoría. Muy antes de que el sol llegue a la punta de aquel pino le prometo, señor, que pondré ante usted el mejor macho que haya pacido en esta sabana.

— Pues siendo así, Francisco, lo comeremos al ajillo.

— ¡No se diga más!

— ¡No se diga más!

Don Francisco Machuca de Tejada y Herreros no alcanzó a hacer testamento pero su albacea liquidó un capital de 136 mil pesos representados en dos haciendas con sus ganados, la casa de Santa Fé y un cofre repleto de doblones y alhajas. Don Francisco cometió el error de ir a la partida de caza sin confesor y al momento de morir no tuvo cerca un clérigo que lo absolviera por sus pecados.

El ex gobernador de Santiago de las Atalayas, conocedor como pocos de la sabana de Bogotá, dio un rodeo para ponerse en contra de la brisa y avistar sin ser avistado las orillas de una límpida laguna. Ordenó a su hijo y al lacayo que cuidaran los perros y les impidieran alborotar los patos que nadaban en las aguas cristalinas. El caso era soltarlos cuando se oyera el primer disparo. Sus previsiones fueron más que acertadas porque no bien habían transcurridos unos cuantos minutos del bosquecillo de la inmediación salió una venada con dos cervatillos y, algo más atrás, el padrote de grave cornamenta. Sin poder atenuar su regocijo porque aquel venado no podía tener rival en el contorno dado el lustre del pelo, su alzada y el par de ramales que proyectaba, el montero descendió del caballo y se arrastró literalmente por una acequia en busca del mejor ángulo de tiro. El padrote levantaba de cuando en cuando la cabeza mientras la hembra y los hijos bebían en abundancia. El hombre se llevó el arma a la cara y empezó a apuntar pero uno de los perros que achicaba Fran-

Powered by CamScanner

cisco María se soltó de la traílla e inició una algazara que puso en alerta a los venados. Don Francisco disparó y el macho dio una cabriola, cayó y volvió a levantarse.

— ¡Los perros! ¡Los perros! ¡ Suelten y azucen los perros!

El lote de venados se dividió. El macho de la *caramera*, herido superficialmente en el lomo, se entró de nuevo al bosque en tanto que la venada y los cervatillos cometieron el error de correr por el pastizal. Los perros iniciaron la persecución de estos últimos, sin atender los reclamos del dueño que, jinete en el tordo, tenía puesto su interés en el padrote. Don Francisco ganó el bosque y siguió con relativa facilidad el rastro del animal herido. De vez en cuando gritaba para que los perros hicieran más fácil la búsqueda pero los perros habían dado alcance a los otros fugitivos y Francisco y el lacayo se multiplicaban para quitarles de las fauces los animales muertos.

En algún momento don Francisco pareció perder el rastro y su enojo no tuvo límites. Levantó el rebenque y asentó al animal un cintarazo en la verija. El caballo, a medio desbravar, se paró en los remos traseros y sin que el jinete pudiera evitarlo se lanzó por un desfiladero, con abombadas rocas a lado y lado. Don Francisco intentó arrojarse del lomo de la bestia enloquecida pero su cabeza, a medio camino, golpeó de lleno contra una roca, y quedó prendido del estribo. Por el estrecho callejón natural el animal arrastró al español y se detuvo cuando pudo librarse del todo de la silla. Entonces se volvió y empezó a olfatear al moribundo que apenas si movía los dedos de la mano izquierda. Un hilo de sangre fluía por las comisuras de la boca. Y antes de expirar, don Francisco miró al caballo que lo olisqueaba, y tuvo la certeza de que aquellos no eran los ojos de un noble bruto sino el verde relampagueo de una culebra macaurel.

Powered by CamScanner



Prusianos

Este viejo soldado de Prusia ha gozado en hacerme sufrir.

Como asistente le he servido bien toda la vida,

pero él no se priva de corresponderme

con el trato más cruel y humillante.

Todas las tardes, al volver de las batallas,

me coloca la bota descomunal en la nuca para desatarse el hebillaje con mayor comodidad.

En tales momentos quisiera preguntarle que por qué hace esto, mas temiendo que mis palabras cobren un cariz de rebeldía,

opto por encajar la frente en el suelo

de modos que sus zapatones de guerra encuentren apoyo seguro.

Después de despegarle la sangre,

le devuelvo al uniforme sudoroso el aspecto conque salió,

siete años atrás, de la Caja de Aprovisionamiento.

Yo he venido meditando en estas cosas y sé que ¡él es injusto!.

Haré, por consiguiente, un escarmiento:

De esa mochila que tienes a tu izquierda

tomaré la cápsula de cianuro conque se le ha dotado,

y ¡me envenenaré!.

Y mañana vendrá un fusilamiento cuando el viejo soldado de Prusia se presente a filas con el uniforme ajado y los zapatones de guerra llenos de sangre.

Powered by CamScanner

Casa de la Cultura Villavicencio



Asesinos y serpientes

No estabas, Funes, en tu día de gracia cuando los peones de *La Guerrereña* te cayeron a tiros a la loca pensando que lo pensarías dos veces antes de regresar por contribuciones de *remontas* frescas y *fuertes* antiguos venezolanos para pagar las mesadas a tus jugadores de gallos improvisados en ejército pacificador. Y no lo estabas porque semejante reacción de recibirte a bala era producto de las hambrunas que se tenían parrandeada la patria desde la época de los *Azules*.

Si mal no estoy –y creo no estarlo–, por tales tiempos fue mucho el venezolano que llegó a Arauca con una mano *alante* y la otra atrás, a pedir una oportunidad de trabajo en lo que fuera. Y mire que no faltaron las oportunidades porque si piensas en el *ganadaje* que consiguieron los Sequera, los Sosa, los Peraza y muchísimos otros, fácil es deducir que la sabana estuvo franca y que en ningún momento se le tendió a un indocumentado un *máuser* con malas intenciones.

Pero volvamos al caso. Cuando volviste con tus muchachos, hecho el *Patas* y decidido a dejar una *tandalada* de muertos como para hacer un cementerio, te hallaste conque la peonada de La Guerrereña te había sacado el cuerpo y una jornada de camino, siempre con el hocico tendido a la frontera colombiana. Como buen conocedor de las tierras del Apure, sabías que la ventaja que te llevaban podía mermarse en las sabanas de La Chamuscada si no tomaban precauciones elementales. Y mire que no las tomaron porque los caballos de los perseguidos comenzaron a caer de *rollito*, fulminados por las culebras *rabo de candela* que tenían pestilentes y enzamuradas esas sabanas a toda hora.

Powered by CamScanner

Y allí venías, Funes, con los remos de tus jamelgos embotados con mantas, echando juramentos y decidido a corregir posturas. Sin embargo, no calmaste los antojos porque cuando casi los tenías a tiro, entre los dos bandos se cruzó Encarnación Ceballos, un barinés cuerudo y buena gente que aprendió sus rezos en los altares de la Reina Marialionsa, en las montañas de Sorte, y este culebrero, a punta de secretos, fue habilitando y dejando como nuevos a los *pencos* que, momentos antes, no hacían más que revolcarse con los ojos opacos y tamaña lengua afuera. Ni a los peones ni al resbaladizo viborero conseguiste echarles mano porque – ¡me consta! – que este último salió a Arauca con el surtido de conjuros intacto y los enormes pies vueltos hilacha con la espina tramada que por aquí llamamos *espina de bagre*.

Y fue entonces – mas te valdría no haberlo hecho – cuando juraste por tu vieja que así tuvieras que ir a la *paila mocha*, le arrancarías en tiritas la piel del espinazo al culebrero. En todo este *bululú*, otro gallo te habría cantado si hubieras dejado las cosas de ese tamaño porque el fulano Encarnación, para ir derecho al pleito, se hacía morder en la corva, sobre la vena gruesa, por una *mapanare* negra y cuando se le erizaba el pelo y le ponía estropajosa la lengua, se rezaba a sí mismo y con un par de salivazos negros se sacaba del cuerpo la ponzoña. Alguna vez en Guárico hacía la prueba para unos *musiues* desocupados que andaban echando lápiz por todas partes, y el salivazo fue y le dio en el lomo a un perrito cuevero que tenía ennatados los ojos con los orines del picure: por las mismas el animalito empezó a botar el cuero del rodete y se le formó en esa parte un empeine asqueroso.

Tampoco tenías por qué saber, Funes, que el hombrón de aspecto siniestro podía curar a distancia a un *picado* de culebra recitando sobre una prenda suya una jeringonza que ni siquiera el bachiller Mojica pudo descifrar. Y es más. Identificaba por el *rastro* cualquier clase de serpiente, diciendo: *¡Por aquí estuvo una coral!* O una tigra, o una macaurel, o una pudridora, o una cascabel, o una cuaima, o una cuatronarices, o una mapanare... y ¡resultaba cierto! Y habría sacado por la pinta, sin conocerlas, a la mamba, la taipán, la naja o la cobra si hubieran llegado a las sabanas araucanas. Tal sería la fama de Encarnación Ceballos que un italiano trotamundos que enloqueció al pudrírsele la embarcación en que había trabajado siete años para regresar victorioso a su país, decía antes

Powered by CamScanner

de morir que los mismísimos viboreros de Santa Cruz de la Sierra eran apenas unos principiantes al lado de temible barinés. Desfasado o no, lo cierto es que entre los clientes de los bolivianos se encontró en sus tiempos el rey Jorge Quinto de Inglaterra quien mandaba a preparar por intermedio de su embajada, un electuario maravilloso que sirve tanto para la erisipela como para el cólico miserere, de que hablaba Belisario Betancur.

Durante un tiempo, Funes, pareciste olvidar la promesa que hiciste mencionando el nombre de tu madre, pero la inquina se te flotó de nuevo en todo el cuerpo, como un caimán en celo, cuando uno de tus hombres llegó a decir con aspaviento que Encarnación se encontraba viviendo en un punto de Colombia, llamado San Lorenzo, a orillas del Arauca. Tomaste nota de cada uno de los detalles que te relataba el correveidile y, como quien no quiere la cosa, mandaste a ensillar el caballo más *andón* y con dos válidos incondicionales te apareciste en La Victoria, población desde la cual podías pistear a tu antojo a Encarnación.

Cuando tuviste al fugitivo ubicado y con señales precisas sobre sus actividades diarias, que no eran otras que las relacionadas con las serpientes, enviaste a Araque para que le dijera que, por favor, pasara a Venezuela para tratar a una parturienta que no expulsaba los restos. Araque no alcanzó siquiera a llegar al camino que conducía a la vega porque una cuatronarices montañera lo prendió junto a la ingle. Y cuando en medio del escándalo de las bocanadas de sangre y las tremendas contracciones, los vecinos clamaban para que no se dejara *morir a menguas* al intruso, el viborero continuó macheteando el conuco, con una sonrisa entre angelical y maligna.

Con la nueva de la muerte de Araque, al segundo correveidile se le aflojaron las piernas y por más que lo zarandeaste y escupiste diciéndole que no fuera cobarde, el hombre se negó de plano a cruzar el río. Y entonces, Funes, no quedó más remedio que tratar de sacar la tarea por tu cuenta cuando el viejo, sobre el filo de las cinco, se bañara en el río y acuencando las manos como era su costumbre tomara cantidades proverbiales de agua. Conseguir una canoa y dejarte ir aguas abajo, fue una cosa simple. Y más sencillo aún resultó echarle mano a la carabina cargada en el momento en que el hombre serpiente bebía agua a grandes sorbos. Pero un poco antes

Powered by CamScanner

de que tiraras del gatillo, el ahijado de la reina Marialionsa te dio la cara y ya no pudiste accionar el arma porque los lamparones de sus ojos amarillos, de culebra brava, te hicieron danzar vertiginosamente al momento de prenderse a los tuyos. Cuando reaccionaste, temblando y bañado de sudor, ibas al garete por el Arauca, y empezaste a buscar el peligro que viajaba contigo en la canoa. Y no lo encontraste en las partes externas de la embarcación porque ese bicho ponzoñoso tu lo llevas por dentro.

En unas horas de errar aguas abajo, vas a sentir, Funes, los primeros reclamos de la *culebrilla*: un extraño recogimiento en el pecho acompañado de calenturas progresivas que tendrán mala cara. El mal se iniciará con una hinchazón rojiza y lineal a la altura de la tetilla izquierda, que mañana –luego de ambular toda esta noche sin Dios y sin Santa María, por estos ríos de miedo– contorneará la espalda y se acercará triunfal al punto de partida. Por eso te decía, Funes, que no son bienaventuradas las épocas en que enfrentamos a los hombres serpientes de estas tierras.

Powered by CamScanner



Banderas amarillas

Uno

Cuando la suboficial Arias escuchó las detonaciones que provenían de lo más alto de Ciudad Bolívar, pensó que algún vecino del sector no había quemado el día anterior, 20 de julio, toda su provisión de pólvora, y estaba haciéndolo ahora, con algunas cervezas de más en la cabeza. Quiso subir un poco la música que escuchaba en su radiodifusora favorita, pero lo que en realidad hizo fue bajarle volumen porque lo que se oía en Casa de Teja no eran simples e inofensivas detonaciones de *voladores* sino disparos hechos con armas de fuego. *Deben ser, otra vez, los pandilleros*, pensó la muchacha y se llevó instintivamente la mano al cuadril para sentir el escalofrío de la pistola.

— Informe a la estación lo que ocurre, y dígales que yo salgo en la moto con el agente Montaña para ver qué es lo que pasa – Ordenó la suboficial a uno de los agentes destacados en el CAI, y agregó: *No creo que se necesiten refuerzos pero, de todos modos, dígales que pongan sobreaviso a las patrullas que transiten por estos lados.*

El conductor prendió la moto y aguardó a la suboficial que daba otras órdenes al subalterno. Sintió luego su cuerpo juvenil al momento de acomodarse en el asiento trasero del versátil vehículo, y un vaho de perfume a rosas que parecía salirle del cabello. Su superior inmediato no le aplicaba a fondo el reglamento, y de esta debilidad humana se había valido ella para llevar el cabello más largo de lo debido. Y para rociárselo cada mañana con esencia de rosas.

Powered by CamScanner

— ¿Por dónde echamos, mi primera?

— Siga hacia Casa de Teja, Montaña, pero ¡coma moscas!. Si mira algo raro, dé la vuelta para mandar la *pesada*. Nosotros sólo vamos a explorar, no a disparar...

— Como mande, mi primera.

Sorteando charcas y baches, e iluminada a medias por bombillas raquíticas que la administración se negaba a reemplazar por modernas luminarias en tanto no se cambiaran los postes del alumbrado, la moto policial resoplaba para ganar la parte más alta de una calle que en la zona nombran *La Culebra* aunque no aparece trazada en ninguno de los planos de la ciudad que maneja el IDU. El agente Montaña se concentraba en la ruta pues no podía darse el lujo de caer al fango con el aparato que estrenaba, y con la muchacha bonita que tenía rendida a sus pies a toda la oficialidad del área, incluido el coronel que la envió en expiación al CAI de los extramuros, por negarse ella a corresponder a sus requiebros. La china Arias, como le decían los capitanes, se le plantó de frente al coronel que la invitaba a salir una noche, dizque a practicar al tiro, y le soltó esta perdigonada:

— Con todo respeto, yo le sugiero, mi coronel, que practique más en el polígono de tiro que tiene a su disposición, porque, al paso que va, se le va a enconchar el arma de dotación.

El motociclista quería pedirle a la suboficial que descendiera del vehículo porque corrían el riesgo de barquinar en un charco que iba de acera a acera de la calle, pero en vez de hacerlo, aceleró cuanto más pudo porque a sus espaldas surgieron dos sombras que se movían con rapidez y buscaban cortarles el camino de regreso. Herido en dos ocasiones y probado en más de una refriega con contrabandistas y guerrilleros, el agente Montaña supo desde el instante en que distinguió con el rabo del ojo los dos bultos en la penumbra, que habían caído en una celada y que la vida de ambos dependía de su destreza para ganar la parte alta de la calle.

— ¡Agárrese con fuerza, mi primera, que nos coparon por la espalda!

La muchacha casi cae al fangal pero recuperó el equilibrio y le gritó disgustada al conductor que *¡qué es esa forma de manejar, icarajo!*. El tramo que seguía era aún más difícil por lo encharcado; los peatones subían o bajaban por allí pisan-

Powered by CamScanner

do sobre las piedras colocadas ex profeso o utilizando, donde los había, los andenes de las casitas que venían levantado desde hacía algunos años los moradores, con ladrillos comprados por docenas y pedazos de láminas de zinc. Para que el agua no entrara a borbotones a las casas en los frecuentes aguaceros, las familias habían construido al frente un muro de tierra pisada sobre el que crecía la yerba, más alto que el andén. Por lo demás, y a pesar del aliento de solidaridad del vecindario, los dueños se esforzaron desde el primer día de la invasión por ponerle a sus viviendas una puerta metálica que respondiera mejor por sus esmirriados bártulos. Bártulos que se reducían a los jergones de esparto donde dormían apiñadas las parejas y la prole, una estufa de petróleo de dos puestos y una mesa de madera con cuatro *butacos* sin espaldar.

El agente Montaña maniobraba con pericia la máquina y trataba de localizar por el espejo retrovisor los dos bultos que lo habían sobresaltado. Concentrado en la operación no se percató que otras dos figuras los aguardaban en el sitio donde concluía el repecho y se iniciaba un campo plano que los muchachos empleaban para hacer deporte. Isolina –que tal es el nombre de la agente– alcanzó a ver junto a un poste de eucalipto que una de estas sombras los *mampostiaba* con lo que parecía ser una escopeta recortada, calibre 16, en tanto que el segundo tirador se agazapaba tras una enorme roca que habían tratado en vano de despanzurrar los vecinos para conjurar el peligro de una avalancha. La muchacha le gritó a su compañero que *¡Frene, Montaña, por Dios!*, pero, en ese momento, se escuchó el disparo. Lo hizo el hombre del poste y la mortal andanada la recibió en el pecho y la cara el uniformado que conducía. La suboficial Arias sintió en el hombro algo así como el *quemón* de una plancha y se vio impulsada hacia atrás por el cuerpo del muerto. La máquina subió un poco más la cuesta y se fue a una zanja donde quedó empotrada, con la llanta trasera girando sin contención.

— ¡Remátelos, Joselo!

Gritó el hombre del *changón* al acompañante del pedregón. Éste, viendo el estado de indefensión de los uniformados, salió de su escondrijo con una pistola en la mano izquierda, y les gritó a los otros dos compinches que dispararan también desde la parte baja.

Isolina Arias, la hija de una vendedora de frutas del Barrio Restrepo, en el suroccidente de Bogotá, rodó sobre su cuer-

Powered by CamScanner

po, como le habían enseñado en la escuela de policía, cuando el ambidextro de la pistola le soltó una ráfaga que en su mayor parte dio de lleno en el cuerpo sin vida del agente. Resguardándose con la moto que se había apagado, la muchacha sacó su arma de dotación y disparó a uno de los milicianos que subía en su búsqueda. El hombre abrió los brazos y cayó mortalmente herido en la cabeza: la suboficial Isolina Arias ganó el concurso de tiro al blanco en el que participaron las ciento cincuenta compañeras de su promoción.

— ¡Cuídense, no joda, quese *plátano* dispara bien!.

El que fungía de jefe y que no era otro que Lalo, el de la escopeta recortada, aún no se había percatado que el *Gallino* había sido ultimado por una mujer. Con la gorra puesta, Isolina lucía como un hombrecito de formas redondas y algo bajo de cuerpo. Temerosa de quedarse sin balas en el tambor de su arma, giró nuevamente por el suelo hasta lograr sacar de la pretina del uniformado muerto su revólver de dotación. Cayó en la cuenta de que tenía literalmente encharcado de sangre el hombro derecho. Y se sorprendió porque no había dolor sino un calor reconfortante. *¡No tengo el hueso roto, pero la pérdida de sangre puede empañarme las vistas!*. Pensó y recordó que en el bolsillo de la camisa tenía un pito metálico de largo aliento. Se lo llevó a la boca y empezó a soplar con el alma. Si las patrullas estaban cerca, aquellos *eseoeses* desesperados harían que sus amigos extremaran las diligencias para sacarla de la mortal encerrona. El ambidextro empujó con el pie varias rocas de diferente tamaño con el propósito de arrollar a Isolina que continuaba soplando el instrumento concitador. Las piedras pasaron peligrosamente junto a la cabeza de la uniformada y dejaron de rodar al llegar a la parte plana. Ese descuido involuntario fue aprovechado por el miliciano de la escopeta para disparar y reemplazar varias veces el cargador de modo que el ambidextro pudiera situarse con la pistola en un mejor ángulo de tiro.

A lado y lado de la calle se alzan las precarias casas de los moradores de Casa de Teja. Pero nadie se atreve a dar una voz de alerta, ni mucho menos a intervenir en favor de alguno de los bandos. Lo más prudente es asegurar el portón metálico y apagar el ojo insomne del único bombillo que alumbra la pobreza de la casa. También, por precaución, es bueno atar los gozques para que sus ladridos no atraigan como un mal viento la furia de los desaforados peleadores.

Powered by CamScanner

El guerrillero de la parte de abajo comprobó que su *llave* había fallecido de inmediato porque la bala le entró por la sien del lado izquierdo y le salió por el parietal opuesto, con estropicio del hueso y, obviamente, de la masa encefálica. Se dejó caer en una canaleta abierta por las lluvias y esperó a que *esa birria que se cargó al Gallino* le diera la oportunidad de utilizar su pistola. El muerto era un muchacho que estudiaba electricidad en un instituto oficial y, ¡cómo le parece, que *colgó los guayos* cuando su mujer esperaba el primer crío!. Ellos, los cuatro milicianos de una de las agrupaciones guerrilleras que operan en este paisito, tenían la misión de realizar simultáneamente en diferentes puntos del sur de la ciudad algunos bochinches estratégicos que distrajeran a la policía de la zona y permitieran el rescate de un comandante herido que estaba internado en el hospital Pablo Sexto, de Bosa. Fuertemente custodiado, el jefe guerrillero poseía valiosa información sobre el atentado que planeaba el mando central contra un general de la república al que le dicen *El Lobo*. Un comando integrado por doce *kamikazes*, entrenados especialmente para pelear en Bogotá, intentaría la liberación del jefe, que ya estaba fuera de peligro, o debería darle muerte para no correr riesgos innecesarios.

De manera que al empezar las escaramuzas en Casa de Teja, en ocho sitios distintos de la zona se oyeron también disparos que las fuerzas policiales confundieron con el remanente de los fuegos artificiales quemados el día anterior, durante la celebración del 20 de julio. La suboficial Isolina Arias, se extremó en su diligencia porque a los pocos minutos de haber partido con Montaña, un mensaje de la central ordenó a todas las unidades que permanecieran alertas, sin abandonar los puestos. Con su compañero muerto, la mujer ignoraba que no tendría apoyo momentáneo. Sólo sabía que tres hombres la vigilaban cuidadosamente, disparando hacia el sitio desde donde partían las quejumbres del pito. Y también razonaba que perdería la conciencia y la vida porque la mancha de sangre le había vuelto demasiado pesados los pantalones de dril. Con el pulso tembloroso apuntó a la bombilla que en lo alto del poste alumbraba con debilidad el fangoso sitio donde se encontraba, junto a la moto. Disparó. El sonido de la farola y el lampo de oscuridad que se proyectó a su alrededor, le permitieron respirar sin tantos sobresaltos y sentir en la cara el aliento gélido que bajaba de la montaña. *¿Cómo*

Powered by CamScanner

podrá resistir la gente de por aquí esta condenada brisa tan fría?. Se descubrió Isolina preguntándose en momento de tanto apremio.

El jefe de los subversivos – Lalo – colocó su arma al lado y abocinando las manos sobre la boca, gritó a sus compinches:

— ¡Las *frutas*!. ¡Usen las *frutas*!

Familiarizada con el léxico de la guerrilla y del hampa, la muchacha entendió al momento que sus enemigos le lanzarían granadas de piña para aumentar el ángulo de alcance que les quitaba la oscuridad.

— Si, ¡vamos a cobrale lo que le hizo al *Gallino*!

Gritó el guerrillero ambidextro que se parapetaba tras la roca y de inmediato echó mano a la mochila de donde sacó dos proyectiles. Retiró la espoleta y lanzó al vacío el artefacto a tiempo que gritaba: *¡A cubrirse!*. En forma instintiva, la muchacha herida también se levantó y echó a correr como pudo hacia la otra acera de la calle. Todos, inclusive los moradores de las casas del contorno, esperaban oír un estampido que al final no se produjo. La granada cayó en un charco y algo se le descompuso. Podía sí estallar en cualquier momento. La segunda granada explotó y una esquirla alcanzó en la mano derecha a la muchacha.

— ¡Malditos, cobardes!

Gritó la mujer policía descubriendo con irresponsabilidad su sexo. El de la escopeta sonrió turbado al escuchar la exclamación y, confusamente, pensó al escuchar la explosión en su tierra tolimense y en el ruido que producen unas frutas de enorme vientre y duro pericarpio al caer a los patios recién barridos. *Mierda, ¿con qué razón le voy a salir a la jefatura luego de que esta vieja* pichurria *me mata un hombre y se queda tan contenta? Mínimo me degradan, ¡no joda!*. Pensó Lalo mientras buscaba en la mochila una de sus *piñas*.

Encogida al pie del poste de eucalipto cuya bombilla acababa de inutilizar, la muchacha se llevó la gorra doblada a la herida del hombro y la apisonó con la tira del sostén. Abajo, a lo lejos, se alzaban las coruscantes luces de la ciudad con sus carros, sus peatones y sus miedos. La Bogotá de fin de siglo que se da el lujo de ver morir a la gente de hernias estranguladas, de plomo y de física inanición mientras en los clubes del norte los políticos de alto coturno y los banqueros juegan en una partida de golf el turno en que sus validos llegarán a la presidencia.

Powered by CamScanner

La frutera del barrio Restrepo del sur de Bogotá no pudo costear a su hija Isolina la matrícula en la universidad y ella –novia de un agente del tránsito– se inscribió en la escuela de policía con la intención de hacer unos ahorros que le permitieran seguir una carrera relacionada con los números. No había podido todavía hacer ahorros de ninguna especie pero ya había tomado parte en cuatro acciones de armas. El más peligroso era el actual donde había dado de baja a un guerrillero urbano y soportaba, junto con los calambres de las heridas, el ataque implacable de unos hombres jóvenes igualmente defenestrados por las inequidades del país.

Dos granadas más reventaron en la calle y luego vino un silencio ominoso. La muchacha supuso que sus atacantes acudirían al puñal, si era necesario, para vengar la muerte del *Gallino*. Así que montó el arma que había pertenecido a Montaña porque la suya estaba descargada, y esperó con la boca abierta, para oír mejor cualquier ruido que se produjera en la oscuridad. Rápida, como el aletazo del gavilán, se volvió y disparó al haz de luz que acababa de producirse a sus espaldas.

Dos

En ese pueblo de la vertiente cordillerana que mira al Llano habitan unos cinco mil habitantes que se duplican con facilidad en tiempos de jolgorio porque de las veredas próximas y aún de Villavicencio y Bogotá, llegan grupos de romeros y compradores de ganado que se alojan donde pueden y no dejan de tomarse en ayunas un trago largo y bravo de un licor transparente que los nativos de ruana sacan de la planta del maguey. Es, dicen, lo mejor que hay para el *gusano*.

Cada año, para la misma fecha, el alcalde de turno agota las posibilidades de su ropero y tras aclararse la voz con el destilado de la pita, declara inauguradas las ferias y fiestas y encabeza con una niña emperifollada la caravana que da una vuelta completa a la población, al toque de una banda de músicos de viento y la tronazón de la pólvora cerrera que adereza un negro al que le dicen Mediavida. En un redondel improvisado con tablas y parales, los propietarios ensalzan las condiciones de sus ganados y cierran negocios con los compradores mientras una tras otra, como el polen del cañafístulo florecido, caen las canciones rancheras que hablan de infidelidad y desengaños amorosos.

Powered by CamScanner

Sentado a una mesa de madera adosada a la acera del parque, el hombre levanta la mano y le grita a la dueña del puesto que sirva una nueva tanda de cerveza porque *ora es que aprela la sed, patrona*. El solicitante de bigote ralo y ojos redondos del color del azabache, revela una edad crística que está casi con seguridad por encima de los treinta y por debajo de los treinta y cinco años. Habla con desparpajo, en un tono más alto de lo usual y dando la sensación de estar siempre en plan de chanza. Con su delantal de grandes bolsillos donde carga una navaja de cacha de metálica, y el ojo de buey de la buena suerte, así como un buen surtido de billetes y monedas de todas las denominaciones para el *cambio*, la mujer se multiplica atendiendo los pedidos de fritanga o de *amarga* que le hace la clientela. El derecho a explotar el espacio en una esquina de la plaza tuvo un costo en efectivo que debió cancelar por anticipado a la junta de fiestas, y de allí su diligencia para recuperar su plata y *ganar lo del mandado*, como suele decirse.

— ¿Qué quiere, amorcito? El bochinche de ese parlante no me deja escuchá nada... ¿Quieren más cervezas? Ya se las sirvo, amorcito.

El hombre de los ojos negros cubre el pico de la botella con la palma de la mano y agita el contenido; luego bebe a sorbos la cerveza sin que se derrame la espuma. En la mano derecha luce un anillo de oro con una aguamarina. Golpea suavemente la mesa con el anillo, y le dice a su compañero:

— No lo piense más, Cupertino. Te estoy dejando las tres *runchas* y el caballo a precio de marrano flaco...

— Pero es que la vaca y las dos novillas necesitan como mínimo dos meses de ceba para poder llevarlas al matadero, y eso a mí me vale. Y en cuanto al caballito, es poca la utilidad en estos pedregales porque ese animal está hecho es para tierra llana...

— No créas. ¿Qué animal es el que no nace aprendío?. O ¿es que al perro tienen que enseñalo a nadá? ¿O al arrendajo a hacé nido? En cuanto a las reses, pues mate la vaca y haga *brincá* de un semental las dos novillas. Ahí tiene ya un pie de cría.

— Si, esa es una buena idea, Garrido. Pero, ¿qué hiciste ese capitalito tan bonito que tenías en ganado en el Llano? ¿Cómo es que ahora te presentas aquí, a vender esas tres

Powered by CamScanner

reses y el caballo? Es que yo recuerdo que cuando bajaba por ganado al Llano, uno de los lotes más bonitos era el tuyo... ¿Qué te pasó, mano Garrido?

— Pues pasó que un vecino de plata, de los que nunca faltan, se encaprichó con lo mío, y por las mismas me informó mal con las autoridades militares diciendo que yo era un colaborador de la guerrilla. Y ya no tuve paz. Me decomisaron una *punta* de animales dizque por *mala marca* y me dijeron que ¡*tiene tres días pa sacá sus* macundales!. Y como al perro no lo capan sino una vez, en el primer camión que pasó, embarqué lo primero que tuve a la mano que fueron las tres *runchas* y el *mochilo*, y aquí me tiene, hermano Cupertino: vendiendo a precio de quemazón lo poco que pude salvá del desastre porque de la vida todos nos quejamos pero no es sino que se presente la *Muelona*, pa que usté vea lo ques corré con *marola*.

— Bueno, compañero, hagamos una cosa. Yo le compro los animales y ahorita mismo le avanzó la mitad del precio. Pero la otra mitad sí se la pago en quince días... una vez que suba del Llano donde tengo que ir a cobrar una plata que me deben.

— ¡No faltaba más! Digámole al tinterillo que nos haga el documento y brindemos por eso. ¡Epa, patrona, vuelva a rociarnos!

Los dos amigos –Cupertino y Garrido– continúan despachando cerveza en el toldo y fraguando proyectos que tal vez nunca tendrán realización porque el conflicto armado en la planicie se extiende como un reguero de pólvora. Un par de músicos de cantina ofrece a los ganaderos sus servicios y Cupertino pide que le interpreten un pasillo colombiano. Cupertino nació en Santander pero desde que tuvo uso de razón se dedicó en el pie de monte a la compra y venta de ganado. Garrido, por su parte, vio la luz en el Llano, a las orillas de un río caudaloso que los indios caribes empleaban para llevar a Paramaribo, siguiendo la corriente del Orinoco, las tropillas de indios mansos. Aprendió el oficio de pescador que su padre le enseñó con el ejemplo aunque su vocación de ganadero terminó por divorciarlo de las canoas y los anzuelos.

Cupertino y Garrido se pelearon en un lupanar de Puerto López por una meretriz pero amanecieron tomando caldo de

Powered by CamScanner

criadillas y frotándose con la levadura de la risa los moretones de la cara, sobre todo después de advertir que la muchareja se marchó con viento fresco en el campero gigantesco de un minúsculo traficante al por menor de cocaína.

Un poco antes de las cinco de la tarde, con el bolsillo derecho del pantalón lleno de billetes mohosos, Garrido vio en una banca de la plaza a la muchacha de sus sueños. Tenía un poco menos de veinte años y en su cara arrebolada por el calor de la estación y, posiblemente, los efectos de un trago, se extendían los buenos augurios de una sonrisa permanente. A su lado, otra muchacha de vestido floreado celebraba los chistes que, por millonésima vez, molía un payaso en el escenario compartido con un conjunto de *carrangueros*.

Garrido codeó a su amigo, el comprador de ganado, y puestos de acuerdo enviaron con el hijo de la dueña del toldo un par de cervezas a las mozas. Las muchachas buscaron con los ojos a los caballeros y éstos se limitaron a sonreírles y a insinuarles con movimientos de la cabeza que se hicieran mutua compañía.

— ¿Cómo se llama la señorita, si puede saberse? – Preguntó Garrido a la muchacha del hoyuelo en la barbilla que tenía refregada como miel de abeja la sonrisa en la cara. Los dos hombres se decepcionaron un poco porque las jóvenes no se hicieron repetir la invitación. Pero de inmediato entraron en un palique insustancial regado con cerveza. Garrido se enteró que la mujer que le llenaba el ojo se llamaba Rosa Elvira, que vivía en Bogotá y que se encontraba en aquel pueblo de la vertiente cordillerana celebrando con su amiga las fiestas de san Pedro.

Garrido y Rosa Elvira ya no volvieron a separarse en toda la noche. Luego de mirarse largamente y de bailar hasta la madrugada, bastó una simple indicación del primero para que muy juntos abandonaran la caseta con los dedos entrecruzados y tomaran el rumbo de la única residencia del pueblo. El hombre despertó con el sol muy alto al lado de una mujer bonita –la más bonita que había tenido en su vida, si se quiere– pero triste por no poder ofrecerle *a mi muñequito de los ojitos pícaros* las primicias de su amor.

— El supervisor de la fábrica me engañó con palabra de matrimonio. Y, de ahí, me salí con un muchacho que me abandonó tan pronto como me vio barrigona... Tengo una niñita

Powered by CamScanner

de dos años en la casa de una comadre que vive en los Laches... ¡Yo prefiero irle con la verdá por delante!

Con un trago que le humedeció los ojos, Garrido despuntó la botella de aguardiente que había puesto en la mesa de noche la noche anterior, y sin agregar palabra sobre la confesión que acababa de oír, le ensangrentó la boca a la muchacha con un revés de la mano mientras le arrojaba a la cara tres billetes arrugados.

— ¡Vagabunda! ¡Vagabunda de mala madre! ¡Traicionera! ¿Salime con estas? ¡Vagabunda!

— Pero traicionera ¿por qué?. Si yo lo único que he hecho es andale con la verdá como Dios manda. Virgencita, ¡mire cómo me puso la boca!

En las horas de la noche Cupertino tuvo que hacer un esfuerzo para reconocer al llanerito que lloraba con la música despechada de Darío Gómez y juraba en el *cafetín* que nunca más se enamoraría de una *guata* porque *las guatas son parientes del anticristo*...

— ¿Pero qué fue lo que te hizo esa muchacha, Garrido?

— ¿Que qué me hizo? ¿Que qué me hizo? ¡Que me dio una puñalá en el corazón!

— ¿Pero por qué?

— Porque dejó que yo me enamorara como un pendejo y ya tiene una *chemplita* caminando... ¡Cantinero, otra botella!

— ¡No, compañero, aquí si pela bola! Agradecido es lo que debería estar con la chamaca que de entrada te mostró el juego que tiene... Una vieja remolona de colmillo cuarteado te habría sacado hasta el último *chulupo* porque no hay que poner el naipe para saber que Rosa Elvira te hizo perder la *chaveta*.

— ¿Perder yo la chaveta? ¡No joda, compadre! ¿Qué pasa, cantinero, con mi botella?. ¿Es que mi plata no vale, o qué?.

En la madrugada, el enamorado ganadero le llevó una serenata con música de arpa a la muchacha, y en la ventana le juró llorando que estuvo a punto de cortarse la mano con la que la había abofeteado. Acordaron reunirse en unos contados días en la capital para hacer vida en común.

El frío de Bogotá y el reemplazo de la carne por verduras fueron los principales obstáculos que en un primer momento debió vencer el llanerito luego de acomodarse en una pieza

Powered by CamScanner

sin ventilación con Rosa Elvira. Regresar al Llano se volvió un imposible porque el buen amigo Cupertino le contó que una partida de *malandros*, vestidos de negro, estuvo buscándolo como *palito de romero* en el *revolcadero de burros* que dejó en las proximidades de Puerto López. Al poco tiempo de compartir el jergón, su mujer lo sorprendió con otro arranque de franqueza que fue premiado, como la vez anterior, con un sonoro sopapo:

— ¡Papito, estoy esperando un hijo tuyo!

Entusiasmada con sus ojos agarenos y con la franqueza de sus opiniones, la mujer del *abasto* del barrio convenció a su marido –viejo y gotoso– de la utilidad de contratar como carnicero a un llanero legítimo, *que todavía huele a bosta*. La dueña recuperó bien pronto su jovialidad y entusiasmo, y Rosa María pudo llevar a la mesa casi todos los días una buena porción de carne fresca, de la que separaba de cuando en vez un pedazo para aplacar los moretones.

Garrido aprendió a jugar tejo los sábados en la tarde. Y a precaverse del frío y del *chuzo* de los *malandros* con el uso de una ruana de pelo que impedía ver lo que empuñaba en la mano que, por lo común, era un cuchillo de destazar cochinos. La primera hija de Rosa Elvira, llamada igualmente con tal nombre, sacó el hoyuelo en la barbilla y la belleza que tanto conmocionaron en Puente Quetame a su padrastro. Con un caminar alado que dejaba boquiabiertos a los muchachos, la niña asistía con el máximo aprovechamiento a la escuela del vecindario y dedicaba el resto del tiempo a cuidar y educar a sus otros tres hermanos, más pequeños. En un principio Garrido evitaba a la menor pero al advertir su nobleza y el sincero afecto que le profesaba, le cobró tanto cariño que ya no hizo distinción entre ella y sus hijos carnales.

Tomando cerveza en la cancha de tejo, el llanerito supo por un periodista de barrio que en fecha próxima y amparados por la influencia de un concejal capitalino, se invadirían unos terrenos al sur de la ciudad para procurarse vivienda propia, que es el sueño de todos los desplazados del campo hacia la ciudad.

— ¿Y qué hay que hacer, hermano, pa metese en ese *samplegorio*?- Preguntó Garrido rebosante de entusiasmo.

— Pues, a ver –Respondió el periodista *Gabela*–. Lo primero es que el usuario se inscriba en el programa para que el

Powered by CamScanner

concejal y nosotros, sus asesores, lo defendamos cuando venga la arremetida de la fuerza pública. En segundo lugar, es vital que construya en cuestión de horas una *rancha* en el lugar que se le asigne... Así, se obtienen derechos que no se pueden conculcar.

— Y en cuestión de horas, ¿qué puede uno construir? – Preguntó otro de los asistentes.

— Pues no se trata de una mansión, ni nada de eso. Conque se siembren cuatro astillas de guadua y se teche con plástico, basta. Ese espacio es el que hay que hacer respetar. Bueno, olvidé hacerles dos recomendaciones: Los que se metan en esto, no pueden echarse para atrás a la hora de la verdad. La unión hace la fuerza. Y lo otro es que al concejal hay que garantizarle un mínimo de cinco votos el día de las elecciones.

— *Cámara* –señaló Garrido–, ¿qué tengo que hacé pa inscribirme?

— Pagar cien mil pesos. La víspera de la toma de posesión, el usuario nos cancela cincuenta mil pesos en efectivo y nosotros le expedimos un certificado que le permitirá posesionarse del terreno. Los cincuenta mil restantes, los cancelará en cinco cuotas mensuales de a diez mil pesos.

— ¡Cuente conmigo!

— ¡Y conmigo!

El día y hora señalados, procedentes de diferentes partes de la ciudad, más de doscientas familias ocuparon parte de las empinadas colinas del sur de Ciudad Bolívar, en el sector conocido como Casa de Teja. Y sin excluir del trabajo a los niños ni a los viejos, levantaron ranchos provisionales que acosaban los gélidos vientos procedentes de las montañas vecinas, y el cernidillo encalambrador de la madrugada. Para no agarrotarse sobre las picas y barretas, los hombres tomaban de las botellas que pasaban de mano en mano grandes tragos de aguardiente, animados siempre por la verba del periodista.

— ¡Ahora o nunca, muchachos! Antes de las nueve de la mañana, tenemos que estar instalados. A ver, mujeres, prendan candela y pongan a hacer un buen caldo de costilla. No olviden enterrar una cruz para que puedan decirle a la policía que en este sitio ya tienen hasta muertos.

De nueve años y con el pelo recogido en un gorro de lana, la pequeña Rosa Elvira le ayudaba a Garrido en la tortuosa

Powered by CamScanner

faena a tiempo que abrigaba a sus hermanos y le colaboraba a su madre en las tareas de la cocina.

Al llegar un piquete de la policía, los invasores simulaban arrancar matas de papa que habían sembrado unas horas antes. Otros fingían salir de sus frágiles habitaciones a lavarse los dientes en el chorro de agua que bajaba de la cuesta.

— ¡No me crean tan pendejo! –Exclamó con sorna de la que no estaba proscrita la risa, un capitán–. Si creen que me voy a comer el cuento de la posesión que tienen sobre estos predios, están muy equivocados. De manera que es mejor que desalojen esta propiedad por las buenas...

— ¿Y quién nos va a pagar las mejoras, capitán?

— ¿ Cuáles mejoras?

— Pues las que está mirando, capitán. Yo llevo casi un año cuidando este terrenito y salir, ¡salgo! ¡Pero lo que es a mí me pagan todos y cada uno de los días que he invertido en cuidar y mejorar esta tierra!.

— ¡Y a mí también!

— ¡Y a mí!

— ¡Y a mí!

— Mire, periodista, usted me va a acompañar a la inspección de policía para que explique todo este *relajo*...

Pero el periodista no llegó a la inspección. Se quedó a medio camino después de entregar un fajo de billetes al capitán.

— Mire, Gabela, es mejor que usted y su famoso concejal no abusen. Esta es la cuarta invasión de predios que llevan en lo corrido del año. De pronto nos vamos a meter en un lío bien verraco.

— Tranquilo, comandante, que nosotros sabemos hacer las cosas.

Cinco años más tarde, los vecinos de Casa de Teja habían reemplazado las construcciones de palo a pique por casas de ladrillo, cemento y metales diversos, según los recursos del dueño. Con el concurso de los varones que se encargaron de enterrar los postes de eucalipto, el concejal cumplió con el alumbrado público que les había prometido. Para el agua se valieron de una manguera instalada a un tubo del acueducto, con ramificaciones que concluían en el tanque del lavadero de las casas. Con bazares y loterías realizadas los domingos, la tozudez de los vecinos se echó al hombro la tarea de cons-

Powered by CamScanner

truir un gran local que de lunes a viernes fungía de escuela de primaria, y como punto de encuentro de la junta de acción de comunal o sitio de celebraciones, los fines de semana. Durante el festejo de unas primeras comuniones, los habitantes de la cuesta se sorprendieron con la visita inopinada de unos hombres jóvenes armados que les hablaban de las injusticias que con ellos cometía el gobierno, y del deber que tenían de apoyar las acciones revolucionarias *para lograr, carajo, la redención de las clases desposeídas.* Desprovistos ya de pasamontañas y con abundante propaganda sobre la igualdad del ser humano, días más tarde los mismos milicianos repartieron mercados y drogas genéricas, y amenazaron con drásticas sanciones a quienes colaboraran con la fuerza pública o los pusieran a ellos en evidencia.

— Nosotros –les decía Lalo, un tipo con la cara llena de forúnculos– tenemos la misión de colaborar con ustedes en todas sus penurias y necesidades. De aquí en adelante nosotros seremos los ojos y los oídos de todos ustedes, y el que se atreva a meterse con ustedes, se estará metiendo con nosotros. *¡Pero, ¡Ay de los* faltones*!, a los* sapos *y los* lambericas *les aplicaremos de manera sumaria la justicia revolucionaria!*

Con sus catorce años cumplidos, el punto de atracción del barrio era Rosa Elvira que asistía a un colegio oficial nocturno para completar su bachillerato. Durante el día, la risueña muchacha atendía todos los quehaceres de la casa puesto que su madre trabajaba en una fábrica para ayudar a comprar los materiales requeridos en la ampliación de la vivienda. Haciéndose mutua compañía, los contados estudiantes de bachillerato de Casa de Teja retornaban a sus casas a avanzadas horas de la noche, tomando precauciones contra las sombras funambulescas que de cuando en vez invadían las calles. Rosa Elvira sobresalía entre sus compañeras por la dulzura de sus facciones y su inteligencia aguda. No era inusual que sus compañeros de aula la buscaran durante los asuetos para hacerle preguntas sobre los más diversos temas. Edilberto era uno de estos.

El jefe de los *milicos* –Lalo– llamó a la joven por su nombre y le pidió en cierta oportunidad que se retrasara del grupo porque tenía cosas importantes que decirle.

— La organización te necesita, Rosa Elvira. Trabajando con nosotros, tendrás asegurado tu futuro y el de tu familia...

Powered by CamScanner

— No, Lalo. No me comprometa. Yo seré muy joven pero me doy cuenta que el que entra a las milicias queda marcado de por vida. ¿Por qué no me dejan realizar libremente mis aspiraciones?

— ¿Y cuáles son tus aspiraciones, muchacha?

— Puede ser que se ría, Lalo. Pero yo quiero estudiar medicina y graduarme... Graduarme para ayudar a la gente pobre de estos barrios, para...

— Escucha, Rosa Elvira. No hay nada que se oponga a esa legítima aspiración tuya. Si te alistas en nuestra columna y terminas la secundaria, yo me comprometo a conseguirte un cupo en la facultad de medicina de la universidad nacional, o a enviarte becada a Cuba para que realices allá tus estudios.

— No, yo no quiero comprometerme. Entiéndame, por favor, Lalo.

— Es que no tendrás que comprometerte. Mire cómo son las cosas. Lo que tú harías serían cosas muy sencillas. Una llamada en clave cuando pase una patrulla, hacerte amiga de un policía, llevar un paquete a algún punto de la ciudad... cosas así.

— No, no me interesa. Todos nosotros en el barrio los estimamos y sabemos que ustedes nos protegen, pero es que yo no estoy de acuerdo con...

— ¿Con qué no está de acuerdo, señorita?

— ¡Con la violencia! ¡Con la muerte! Con eso.

— ¡Ajá! ¿Y no fue precisamente con la violencia y la rapiña como ustedes, los invasores, lograron conseguir un lotecito para medio meter la cabeza? ¿Es que no te das cuenta que en este país nada funciona si no hay de por medio una muestra de fuerza? Si yo te pusiera una pistola en el pecho y te dijera *¡Sígueme, Rosa Elvira!*, con seguridad que no tendría que estar discutiendo contigo estas babosadas, porque tú me seguirías al momento. ¿O es que crees que alguien saldría en tu defensa? ¡Nadie, nadie, Rosa Elvira, saldría en tu defensa!

— ¡En eso se equivoca, señor! ¡Yo saldría en defensa de Rosa Elvira!

El que había hablado era Edilberto. Un muchacho de dieciseis años que siempre vestía una chaqueta amarilla y se distinguía en el grupo por sus pocas palabras y sus movimientos reposados y tranquilos. Edilberto poseía un tono de voz

Powered by CamScanner

más grave de lo que convenía a su edad, y –que se supiera– nunca abordó a Rosa Elvira, la dómine del grupo. Lalo se volvió sobresaltado porque no esperaba una intromisión de ese calibre. Y, lo que es más grave: había hablado sin percatarse de que alguien seguía con angustia cada una de sus palabras.

— ¿Pero quién es este mequetrefe?

— ¡Es Edilberto, Lalo! Pero no le haga caso que Edilberto no sabe lo que dice.

— Claro que sé lo que digo, Rosa Elvira. ¡Si este señor o cualquier otro la amenaza a usted, yo la defenderé así pague con la vida!.

El jefe de los milicianos de Casa de Teja se llevó la mano al cuadril pero pareció recapacitar por un momento y dirigiéndose a la joven le dijo antes de internarse en un potrero:

— Hago cuentas que no me has respondido todavía, Rosa Elvira. Piénsalo. Piénsalo bien que esa respuesta significa mucho para la organización. Y en cuanto a ti, muchacho, ¡te felicito! ¡Así hablan los hombres!

Con antelación de días los hombres de la acción comunal habían informado que el alcalde menor visitaría la zona el 20 de julio para dar al servicio de la comunidad un puesto de salud y una cancha deportiva. Acuciosos correveidiles repartieron consignas y fuegos de artificio que debían estallar cuando el funcionario cortara la cinta y develara la placa metálica incrustada en la pared del edificio público. Cuando se aplacaron los cohetes y el representante del alcalde mayor habló hasta por los codos del desvelo de la administración por *traer a ustedes obras de progreso y redención*, los invitados principales entraron al salón del puesto de salud y despacharon con cervezas, un chivo y cuatro presas de carne de novilla que había asado el llanerito Garrido.

De modo que al día siguiente, cuando sonaron los primeros disparos en lo alto del barrio, todos creyeron que se trataba de los *voladores* que no habían sido reventados el día anterior.

Tres

Al escuchar el estallido de la granada, la mujer policía montó el arma que había pertenecido al agente Montaña y esperó el ataque de los guerrilleros urbanos que, por simple

Powered by CamScanner

pundonor, buscarían a todo trance vengar la muerte del *Gallino*. Atenta al menor ruido, la uniformada se volvió y disparó al haz de luz que acababa de producirse a sus espaldas. Rosa Elvira se llevó las manos al cuello al sentir que se le había atragantado algo así como una hirviente espina de pescado. Retrocedió dando traspiés por la habitación que al propio tiempo era comedor y cocina, y tuvo el pálpito de que respiraba por la herida que le había hecho la bala. Trató de toser para librarse de la sensación de ahogo que le llenaba el pecho pero la sangre le cubrió las manos y el delantal blanco que se puso encima de la ropa para hacer las tareas domésticas. Ya en el piso de cemento produjo un ruido confuso, parecido al gorgoteo de la melaza que se derrama por un agujero del tonel. La bala niquelada le destrozó la tráquea y dos vértebras del cuello. De modo que los pasos y la actitud de llevarse ambas manos a la garganta, fueron movimientos mecánicos en los que no intervino la voluntad. Porque Rosa Elvira quedó herida de muerte con el disparo de revólver que le hizo a muy corta distancia la agente Isolina Arias.

Ese 21 de julio, Garrido salió a su trabajo en la fama del barrio Carvajal un poco más tarde de lo acostumbrado porque la noche anterior estuvo con el presidente de la junta de acción comunal y otros de los que atendieron al alcalde menor, tomándose dos *palos* de cervezas que ocultaron a propósito entre los escombros del baño proyectado para el puesto de salud.

Con la solicitud de siempre, Rosa Elvira le preparó un abundante y apetitoso caldo de costilla con papa que sirvió en un tazón de peltre.

— Para esa *sedonón*, Garridito, te preparé este juguito de naranjas ombligonas...

Dijo la niña a tiempo que le alcanzaba una jarra de vidrio, llena hasta los hombros de jugo, junto con el único vaso que quedó de un juego fino que le regalaron a ella, en su primera comunión. Del cabello que empezaba a pintar canas del carnicero, chorreaban gotas que caían impunemente en el tazón del caldo porque, para ganar tiempo, el hombre sumergió la cabeza en el tanque del agua y, al sacarla, pidió a gritos *un limpión pa secarme, que se me hace tarde, ¡carajo!* . La madre de Rosa Elvira que igualmente se afanaba por salir a comprar frutas duraderas a Corabastos, con destino al puestico que logró poner en un local del centro, le alcanzó a su marido un pedazo de bayeta.

Powered by CamScanner

Garrido tomó directamente de la jarra el jugo de naranja y sorbiéndose el bigote con el labio inferior, abrió el portón de lámina a tiempo que decía a su mujer:

— Hoy hay que negociá *postas* en el matadero central, de modo que llego tarde. No me guarden comida.

La madre le dijo a Rosa Elvira que también ella llegaría tarde, y que se ocupara de cuidar a sus hermanos.

— Descuide, Elvirita, que ya los voy a *esparpajar* para la escuela. Lo malo es que si ninguno de los dos viene temprano, pues no podré ir esta noche al colegio porque ¿con quién dejo los niños?

— Mire, mijita, yo voy a hacer todo lo posible para desocuparme temprano, pero si no puedo, le voy a pedir que tenga paciencia...

— Tranquila, Elvirita. Hoy no tengo sino una clase importante. Y a propósito: todavía no he hecho los ejercicios de matemáticas que tengo desde la semana pasada...

La hacendosa muchacha despertó a sus hermanos menores que dormían apiñados en un jergón, y uno a uno los hizo tomar un baño con agua fría para que *se desperecen y lleguen con bríos a la escuela, mis amorcitos*. En las horas de la mañana limpió la loza y los tiestos y barrió con precisión cirujana la casa, recogió la basura en un costal de fique con la intención de llevarla más tarde al botadero donde sería incinerada el día sábado con la de los demás vecinos, y preparó el almuerzo. Dada la ocupación de sus padres, en esa comida principal del día nunca faltaban la carne ni la fruta. *Soy una muchacha afortunada*, se había dicho en varias oportunidades Rosa Elvira al comparar su situación con la de otras jóvenes del barrio que casi nunca podían hacer una comida completa al día. O debían presenciar estruendosas peleas donde las mujeres y los niños llevaban siempre las de perder porque los hombres borrachos les daban pico y pata, como si estuvieran apostando lo poco que se habían ganado en las galleras de San Benito. O eran víctimas de la persecución del pariente o del padrastro que haciéndose los enfermos, daban rienda suelta a su libidinosidad cuando los demás habían partido de la casa. Si no era que los mayores las ofrecían en subasta a los malolientes prestamistas o a los adiposos dueños de graneros del barrio.

Una compañera del curso estuvo visitándola en las horas de la tarde y le entregó una carta escrita en un papel amarillo.

Powered by CamScanner

Menos que carta, se trataba de una nota breve que decía: *Siempre estoy pensando en ti. Gracias a Dios, hoy podré volver a verte*. Rosa Elvira sonrió imperceptiblemente y antes de destrozar en mil pedazos el papelito, le pidió a su amiga que le dijera a su enamorado que ese día no podía ir a clases, pero que al siguiente se verían en el colegio. Evidentemente Rosa Elvira estimaba pero no amaba al muchacho. Y esto se colige porque en ningún momento adoptó la actitud propia de una enamorada o le pidió a su compañera que le transmitiera una palabra esperanzadora. Simplemente dijo: *Coméntale a Edilberto que hoy no puedo ir a clases pero que mañana nos vemos*. Nada más. En las horas del resto de la tarde les ayudó a sus hermanos a hacer las tareas y estuvo limpiándoles los uniformes que se habían embarrado como consecuencia del aguacero que cayó poco antes de las doce del día. Pensó ir a la tienda que se encuentra unas cuadras abajo para hacer una llamada telefónica a su madre, pero desistió de la idea porque, pensándolo bien, el material que necesitaba lo podía conseguir al siguiente día con mayor facilidad entre sus condiscípulos, y porque la lluvia del medio día estaba a punto de reincidir con doblados bríos.

A las siete pasadas de la noche ordenó a sus hermanos que se acostaran y seleccionó para ellos un programa en el televisor en blanco y negro que sus padres colocaron con orgullo, desde hacía ya tres años, en la parte superior de un estante metálico. Tenía una rara opresión en el pecho. ¿Habría sido demasiado dura con el muchacho que la abrumaba con cartas de amor de un renglón escaso? Unos quince días atrás, Edilberto le envió una rosa roja y una esquelita quemada con cigarrillo en los bordes, donde le decía: *Sería muy feliz si salieras y dieras una mirada hacia mi casa*. Ella no salió. No necesitaba hacerlo para descubrir en el aguachento patio de la casa de abajo al muchacho de cabellos negros y cejas pobladas que enfrentó al jefe de los milicianos del barrio y le espetó con un vozarrón que no correspondía ni a su edad ni a su porte, que estaba equivocado porque *¡yo sí saldría en defensa de Rosa Elvira!*

Edilberto, con su infatigable chaqueta amarilla de cuero, se quedó toda la tarde mirando hacia arriba, hacia la casa de la muchacha que permaneció encerrada para no llenarle a él la cabeza de ilusiones y de cucarachas. Se fumó medio paquete de cigarrillos y se retrasó en el arreglo de un par de za-

Powered by CamScanner

patos que debía entregar a las cinco de la tarde de ese día. Y es que Edilberto era el zapatero remendón del sector. Todos los vecinos, cuando ya las falsas suelas de cartón se derretían en los zapatos, acudían al muchacho para una remonta que cancelaban en tres o cuatro contados. Para disminuir costos, algunos aportaban los tacones y las suelas de otros zapatos. O le colaboraban con el cáñamo y el cerote.

El padre de Edilberto trabajaba en un negocio del cementerio central marcando lápidas con buriles de acero que muchas veces penetraban hasta el hueso cuando las arenillas de la losa y la ración diaria de aguardiente nublaban la vista y llenaban de torpor las manos. El viejo lapidario entraba y salía borracho de su choza y no había sido despedido del trabajo por su habilidad innata para trazar sobre la piedra inerte ángeles y madonas que atraían el fervor popular. Con una pena que le doblaba hacia el suelo la cabeza, el viejo artista le rendía sus mejores tributos a la muerte en tanto que los pulmones se le llenaban de sedimentos y las uñas de las manos se le desgastaban con los abrasivos. Luego de la muerte de su madre, Edilberto se dedicó a sus zapatos y al cuidado del padre que desde hacía muchos años no le dirigía palabra.

Para no estropear el vestido que había llevado durante el día, Rosa Elvira se colocó el delantal blanco. Al verificar que sus hermanos ya estaban dormidos, apagó el televisor y se sentó en la sala, bajo la tenue luz del bombillo, a realizar los ejercicios de matemáticas. El barrio estaba silencioso. La lluvia había amainado pero un viento helado bajaba de la cordillera. Dos cortos golpecitos dados con algo metálico en su ventana, sobresaltaron a la niña. Suspendió su labor y escuchó con atención.

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¡Acérquese a la ventana!

— ¿Sí? ¿Quién habla?

— ¡Soy yo, Lalo!

— ¿Qué quieres, Lalo?

— Prevenirte, mujercita, prevenirte. No, no vayas a abrir la ventana. ¿Me escuchas bien?

— Sí, Lalo.

— Bueno, pues esta noche va a haber jaleo por aquí. Por ningún motivo vayan a salir de la casa cuando empiece el plomeo. ¿Me copia?

— Sí, entiendo.

Powered by CamScanner

— Por ningún motivo vayan a salir. Deséame suerte.

— Lalo, Lalo, por favor, ¿qué es lo que van a hacer?

— Distraer un poco a los *aguacales,* pero no te preocupes que no va a pasar nada.

Cuando sonaron los primeros disparos en la parte superior del repecho, Rosa Elvira levantó a sus hermanos e hizo que se apostaran, envueltos en mantas de lana, en una esquina segura de la habitación.

— ¡Oigan lo que oigan, no se me paran de aquí! ¿Entendido?

— ¿Pero, qué es lo que pasa, Rosita?

— ¡Silencio! Nadie va a gritar, ¿entendido?

— ¡Sí, Rosita!

Un poco después de haber efectuado los primeros disparos, la niña escuchó con claridad los esfuerzos de una moto que subía la empinada calle.

— ¡Madre santísima, la policía cayó en la trampa!

La entenada de Garrido, oyó desde la ventana las carreras afanosas de los subversivos tomando posiciones para atacar a mansalva al par de agentes que se aventuraba a investigar lo que acontecía en Casa de Teja. Y con mayor claridad aún escuchó el estrépito que hizo el arma de Lalo al destrozar al agente que procuraba ganar la parte plana de la calle, con una mujer valiente en la grupera de la moto. Se mordió los labios sabiendo que las carcajadas y las ráfagas de pistola que salían del pedregón confirmaban que uno de los agentes había sido alcanzado y estaba herido de muerte por el disparo del *changón,* en tanto que el otro arrastraba su piltrafa de vida, encomendándose a los santos.

Supo, así mismo, por el rugido de Lalo, que uno de los milicianos había caído abatido por el disparo de revólver que le hizo desde la sombra el agente de la autoridad. Y se alegró en lo más íntimo de su ser al escuchar los sonidos insistentes del silbato que partían la noche como gajos de naranja. Se estremeció con los tumbos de las piedras que desbarrancó el ambidextro para suprimir el escollo del formidable peleador que los enfrentaba, y del recurso que puso en juego al reventar de un disparo la bombilla.

— Si, ¡vamos a cobrale lo que le hizo al *Gallino*!

Rosa Elvira escuchó con nitidez la frase del guerrillero

Powered by CamScanner

ambidextro que se parapetaba tras la roca. Y la orden de cubrirse que dio al arrojar la granada. Supo que una *piña* había caído en el fangal y se había malogrado. Pero su sobresalto al escuchar la frase *¡Malditos, cobardes!*, no tuvo límites porque comprendió que era una mujer la que rendía la vida en la calle empinada de Casa de Teja.

Pensando en gritarle a Lalo que no la matara, que respetara la vida de esa valiente mujer, Rosa Elvira abrió la ventana y un haz de luz se proyectó hacia la calle.

Con un vestido blanco que tenía bordado un manojo de flores de todos los colores en el pecho, y una diadema de metal repujada con bisutería, y las manos enguantadas y cruzadas sobre el pecho, y un tenue rubor colocado en las mejillas y los labios, los vecinos de Casa de Teja asistieron el día 22 de julio de 1994 a la velación y al sepelio de Rosa Elvira. Y el 23 al levantamiento del cadáver de Edilberto que, sin poder sobreponerse a la muerte trágica de la niña, se colgó de una viga de la choza luciendo su chaqueta amarilla, el color que llevaban encima los herejes, los héticos y los miserables de Víctor Hugo. Y es que Casa de Teja –y Bogotá entera– está adoptando como pabellón las trémulas banderas amarillas.

Powered by CamScanner



Asociación

El estudiante de medicina retiró el plato, se escarbó los dientes y dijo a su compañero de curso: —¡Ya sé cómo prologar mi tesis de asepsia general!—

El anfitrión, desconcertado por cuanto lo que esperaba era un comentario alrededor del almuerzo casero, preguntó por decencia que cómo lo haría.

Pero el estudiante, dijo a su vez: — ¿Qué tanto conoces de Sevilla?

— No mayor cosa... los toreros...

— Y ¿qué puedes decirme de *La Giralda*?.

El dueño de casa, molesto por lo que consideraba una descortesía, repuso que desconfiaba de esos métodos inquisitivos.

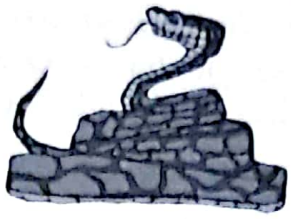
Pero, tampoco esta vez pudo continuar porque el estudiante, entre risueño y conciliador, agregó:

— Te hablo de Sevilla porque me recuerda a Murillo, el pintor tenebrista español inmerecidamente devaluado por la crítica. A su genio se debe la obra *Santa Isabel de Hungría curando los tiñosos*. Allí aparece la buena mujer curando úlceras y excoriaciones sin cuidarse para nada del contagio que pueden producir los apósitos y los odres. ¿Lo agarras?.

— ¡Correcto!. Pero... ¿De dónde surgió la idea? No veo qué tanta conexión tenga eso con un sancocho de gallina casero.

El estudiante alargó el frasco de alcaparras con *La Giralda* en el rótulo.

Powered by CamScanner



Casa de la Cultura Villavicencio

Los desenterradores

Pronto vendría la noche. Los últimos loros de la tarde mordían los mangos con sus picos *gurbios* y en medio de aleteos desesperados, partían luego en persecución del sol. Todo era triste. El pescador volvía con sus pejes ciegos que es algo así como volver con las manos vacías. Porque tienen la boca en forma de arco y los cubre una baba pegachenta que si no se cocinan en caldo de limón puro se le sellan los labios al que intente comerlos.

El río baja con el paso tardo de las vacas y las aguas suben de punto en punto. Y esto, a pesar de que hace poco tiempo se desgajaron las lluvias primerizas. El sol se arruina entre nubes aguachentas y los mosquitos porfían por calentarse en el vaho que sueltan los hombres y los cuadrúpedos.

La vieja se ha venido quejando de la leña verde que produce humaredas que llenan de lágrimas los ojos. Y es que llorar no le cuesta gran cosa a la vieja. ¡Nada distinto ha hecho en los últimos siete años! Es que esa nubecita acre que sube de la leña le cuece los párpados y le enrojece las mejillas.

— ¿Cómo te jué?

— Mal. Pegué dos *ciegos* pero se los eché a los marranos...

— Sí, eso es lo mejor. Ahí te tengo arroz blanco y sancocho de *auyama*...

— Bueno. Voy a tendé los *guarales* y ya vuelvo a comé...

El pescador es alto y seco como una ganzúa. Lleva una franela de color indefinible y unos calzones con la bocamanga a la rodilla. Se ata los calzones con una correa de cuero torcida. Del lado derecho del cuadril pende un cuchillo de hierro

Powered by CamScanner

que el viejo desbasta de la punta a la cacha. Es un buen cuchillo. Mejor aún, ¡es un magnífico cuchillo! Alguien le dijo en cierta ocasión: *¡Te cambeo mis anzuelos y mi arpón por tu cuchillo!*. Y él respondió: ¡*No*!. Pero no fue un *no* cualquiera. Fue un no rotundo y científico que quien hizo la propuesta sintió que había cometido un soberbio disparate. El cuchillo se lo trajo de regalo su muchacho cuando volvió a la vega después de pagar cárcel por haberse volado del cuartel. —¡Es un *tres canales*, viejo, y con ese cuchillo no hay palo duro que valga!— Le dijo.

Comen en silencio. La vieja, golpeada por la vida y traspasada por la tristeza, muerde la concha de la auyama que nombran maduraverde. El hombre sorbe el caldo llevándose a los labios el desconchado plato de peltre. La vela apenas sí alumbra la habitación húmeda de paredes de *guafa* y techo de palma real. En un rincón, el fogón donde llora la leña. En la mitad, la mesa desvencijada. En el extremo opuesto, la hamaca del viejo y el camastro de la esposa. Las escasas pertenencias cuelgan de *garabatos* amarrados con un rejo al techo. La vela desde allí no alumbra el patio lleno de escobilla donde se alza el *chiquero* con una marrana y dos marranitos trompones, ni el fornido mango, ni la cruz de madera redonda que llueve o truene la vieja enguirnalda cada día con flores de *caracucho* y bejuquillos de siempreviva.

— ¿Duermes?

— ¡No, no puedo pegá el ojo!

— Yo tampoco. Creo que el invierno va a ser *machón*.

— Sí. Desde hace días las hormigas negras tan saliendo de las cuevas...

— Sí, ya me di cuenta. El río...

— ¿Qué pasa con el río?

— ¡Que va a crecé mucho este año!

— ¡Ave María purísima! ¡No pensemos en eso!

— Por no pensá no va a dejá de crecé el río...

— ¡No pensemos en eso!

— ¡Pero es que así no resolvemos nada! Yo taba por decítelo esta tarde...

— ¿Qué cosa?

— Que vamos a tené que correlo otra vuelta porque...

Powered by CamScanner

— ¡No! ¡No! ¡Eso no! Ya lo hemos corrío dos veces... Dos veces...Yo no aguantaría hacelo otra vuelta...

— Pero, mujé, ¿qué prefieres?

— ¡Que esperemos! ¡Yo ya no tengo fuerzas! Aguardemos a vé cómo pinta la creciente.

El día que volvió de la cárcel de Tunja, el hijo fue recibido con los honores de un héroe victorioso que cuenta las hazañas sorteadas y vividas *allá arriba*. Se le agasajó con un lechón asado, y el producto de la venta de pescado de la semana se convirtió en arrumes de cerveza que corría sin regodeos. — ¡Viejos, ora si no tán solos! – Les dijo el muchacho y subrayó sus palabras con un montón de billetes sucios y mohosos que colocó sobre la mesa ¡Ora sí me toca a mí dales una manita!.

Y al día siguiente llenó la casa de bagres y palometas y le sobró rato para enterrar *colinos* de plátano en el *conuco*, y *batatas* moradas en el rastrojo.

— ¡No más haga buen tiempo, voy a cortá unos adobes pa' levantales una buena casa y ponelos a dormí como cristianos!

Pero no le hizo buen tiempo. El pescador que llegó de primero hasta el viejo, le dijo:

— ¡Persínese, Serafín, persínese y rece un credo que se le ajogó el muchacho! No pudimos hacé nada. Parece que le ajiló un pescao grande y lo zumbó al agua, y por más que buscamos metele la canoa, el remolino del *Guárico* lo agarró por su cuenta y ya no lo soltó más. Yo vengo como el pájaro de mal agüero, a dale esta nueva porque tuavía no hemos podío encontrá los restos del difunto.

Fueron tres días de infinitos sufrimientos en los que se pusieron en juego las artes de los mejores buscadores de ahogados del río Arauca. El indio Pedrolión ensalmó el río y estuvo soltando durante la noche balsitas hechas con vástagos de plátano sobre las cuales colocaba una crucecita y un cabo de vela encendida. El ahogado debería buscarse donde la vela bendita se apagara. Y a los tres días exactos lo encontró el indio *tunebo*. Lo encontró intacto, como había salido de la choza. Entonces las viejas murmuraron que el río lo reclamaba como cosa propia. Y por eso lo enterraron en un barranco alto, para que no lo persiguiera el río.

Powered by CamScanner

El río empezó a crecer en el siguiente invierno con tantos bríos y arrestos que, socavado por la base, el barranco se desmigajaba a mañana y tarde, y las lenguas de agua amenazaban el túmulo del muerto.

— Serafín –le dijo un compadre–, el río viene por su ahogao. ¡Los ríos reclaman siempre lo suyo! Y usté lo sabe que por algo ha sío pescador del Arauca. Va a tené que corré su ahogadito.

Y esa noche, Serafín y su mujer se echaron la pena y las herramientas al hombro y durante largas horas cavaron para desenterrar y enterrar de nuevo a su difunto del alma. Por varios días la vieja permaneció engurruñada, junto al fogón, recordando los pesados momentos en que sus manos ampolladas tomaron el ataúd de tablas burras para volverlo a plantar en sitio seguro. Sin murmuraciones, el vecindario cayó en la cuenta que la cruz había cambiado de sitio. Pero nadie dijo nada.

Tres años más tarde empezó otra vez a hincharse el río. Bajaba cargado de enormes *matapalos* y plantas de plátano que hasta ahora enseñaban las bellotas. El trueno arreciaba y todas las ranas de la cuenca del Arauca ponían fiesta desde tempranas horas. Y, otra vez, la pesadilla. Serafín con el barretón y la mujer con la pala, removiendo la tierra de la ribera en busca de su tesoro porque un vecino les había dicho, palabras más palabras menos, el día anterior: *Este riyito va a crecé como no se ha visto en mucho tiempo. Si arguien tiene que hacé argo, debe hacelo de hoy a mañana.*

No mencionó al ahogado ni se refirió a la persecución despiadada del río pero los viejos sabían que el aguatero era un conocedor profundo de los secretos de las aguas. Acordaron que en esa oportunidad lo enterrarían entre las raíces del mango más frondoso del ribazo porque de entre esa maraña ni siquiera el Arauca podía desenterrarlo. Y allí acomodaron el ataúd desvencijado, que despedía un hedor a cosa rancia y tremenda vieja.

— ¿Duermes?

— No, no tengo sueño.

— ¿Escuchas?

— Si, toy escuchando. Parecen muchas lenguas que chasquearan al mismo tiempo...

Powered by CamScanner

— Sí, vieja. Son las lenguas del río Arauca que tan lambiendo el barranco como si juera una panela.

— Esta mañana vide que el agua se había llevao el *guamo* del paso...

— Se lo llevó. Yo también lo vide.

— ¿Y tú cres que seguirá creciendo?

— ¡Hummm! Si apenas tamos en mayo

— Y farta junio...

— Y julio ques el más bravo.

— ¿Oíste?

— ¿Qué cosa?

— Parece que las ráices del mango tan defendiéndose.

— Sí. Esas ráices van a dale qué hacé al Arauca...

— ¡Ojalá! Pero cuando se lleve el mango...

— Pues, ¿qué? Por aquí hay mucho palo de mango. Es lo único que hay en las costas del Arauca... mangos... mangos... mangos. Además ese palo no hace sino basura y atrae bandadas de loros gritones...

— Eso es cierto. Pero, de tos modos, da buena sombra...

— Sí. Y los marranitos no dejan de engordá pal tiempo de las cosechas...

— Pero esa pepa también les jacé dá lombrices...

— No, no creas. Esos son puros cuentos...

— ¿Vas a pescá mañana?

— No sé... Si hace buen tiempo, sí.

— Pero con el agua tan revuelta, ¿qué puede caé?

— No sé. Ciegos, a lo mejó.

—¿Sabes? Tengo una buena *busacada* de limones

— Ah, ¡qué bueno! ¿Vamos?

— ¡Bueno, vamos!

Las raíces formidables del mango empiezan a quebrarse con un chasquido doloroso y trágico. Los dos fantasmas que abandonan la choza llevan un barretón y una pala, y la resolución inquebrantable de seguir excavando hasta dar con la tierra de *allá arriba*, que mencionaba siempre el ahogadito de sus almas.

Powered by CamScanner



Tierra de hombres

Uno

Don Abimael Cisneros aconsejaba a los demás exiliados que aprovecharan hasta el gruñido del marrano. Y con esta filosofía se hizo el hombre más rico de los Llanos. Don Abimael mató de un disparo al testaferro que le cruzó con un látigo de manatí el rostro a don Próspero Cisneros, su padre, cuando éste se negó de manera terminante a entregar el hato de su propiedad.

El testaferro de apellido Piñeres les enviaba a los propietarios más acaudalados del estado Apure un *propio*, y enseguida una carta diciéndoles que estaba muy interesado en adquirir por un precio justo las instalaciones y el ganado de cualquier pelo que pastara en sus sabanas, y que, por favor, se dignaran tener en cuenta equis fecha para hablar largo y tendido sobre el asunto. Los ganaderos sabían muy bien que detrás de Piñeres se encontraba la mano de Cipriano Castro, el déspota de turno que se apoderaba de Venezuela después de darle un golpe al presidente constitucional. Y por esto recibían al apoderado con toda suerte de genuflexiones donde quedaban incluidos la ternera a la llanera y el mejor brandy extranjero, buscando mejorar la forzosa venta ya que se sabía que la orden de Castro era *tumbar y capar*. Otros intentaban ser aceptados como socios de la firma *Ganados y Carnes de Venezuela Limitada*, quedando asegurados contra futuras contingencias. Los ricos criadores apureños sabían que con estos procedimientos fueron expoliados los propietarios de los estados Guárico, Barinas y Cojedes, y los menos ricos y

Powered by CamScanner

los decididamente pobres estaban seguros que del monopolio no se libraría ni una sola vaca venezolana.

Piñeres se presentó en el hato de don Próspero con exageradas muestras de cortesía, y con una corte de gente malencarada que por debajo de la ruana portaba revólveres y malas intenciones. El testaferro estaba advertido que el dueño de *El Corozo* era una patriarca de armas tomar que no pudo someter en sus tiempos ni con halagos ni con amenazas el generalísimo Guzmán Blanco.

— Dichosos los ojos que pueden verlo, y dichosas las manos que pueden saludarlo así no se sean dignas de sostener siquiera las riendas de su caballo, don Próspero.

— Pues lamento no poderle decir lo mismo, Piñeres. Y mientras más pronto escupa, más pronto saldremos del atolladero.

— Me dá la impresión, don Próspero, que los enemigos del gobierno y del progreso ya vinieron a su casa con chismes para buscar que nada cambie, que se perpetúe la miseria en nuestro país...

— ¿Y por qué piensa eso?

— Por la destemplada bienvenida que nos brinda cuando yo lo que le estoy ofreciendo es la devoción de mi amistad y mi consideración.

— Se equivoca, Piñeres, ahí es donde se equivoca. No es con zalemas ni lisonjas como usted logrará que yo malvenda mi hato.

— ¿Y cómo podría lograrlo?

— De ninguna manera, Piñeres. Y la razón sólo es una: ¡El hato no está en venta!

— ¡Magnífico! ¡Perfecto! Es que eso es lo que se quiere. Que el dueño de hato viva en el hato. Lo imperdonable y lo que se tiene parrandeada la patria, es que la mayoría de los grandes propietarios ni siquiera conocen el Llano. Viven con sus *queridas* como reyes en las ciudades, y sólo se acuerdan del hato para ordenar que les remitan tantos miles de bolívares, para nada más.

— Su teoría es que la tierra debe ser de quien la trabaja, ¿cierto?

— ¡Cierto! ¿Ve, don Próspero, que yo no soy lo que le han dicho? ¿Se convence de que sí podemos hablar?

Powered by CamScanner

— Bueno, pues si eso es así, dígame: ¿Cómo podrá administrar usted los cincuenta hatos que ha comprado en el último año?

— ¿Cincuenta hatos? No, don Próspero, esas son habladurías de la oposición.

— Digamos, entonces, cuarenta y cinco hatos que, uno con otro, hacen dos millones de hectáreas. ¿Cómo piensa hacer para estar presente en cada una de estas propiedades?

— Es que en cada hato tendremos un administrador que se ocupara de...

— Es que en cada hato, su amo pondrá un testaferro como usted. ¿Cierto?

— No he venido a discutir asuntos de Estado con usted, señor.

— ¡Ya lo creo que no! Usted ha venido a proponerme una rapiña, y desde un comienzo le dije que ¡no!

— Más respeto, señor. ¡Más respeto cuando se refiera al presidente Castro!

— ¿Ah, sí? Pues entonces ¡respete mi casa que esta no es cueva de ladrones!.

— No nos alteremos, don Próspero. No hace falta. Le entiendo. Usted no quiere salir de su propiedad, perfecto. Entonces, déjeme formularle una propuesta más atractiva.

— Que me asocie con ustedes en Ganados y Carnes de...

— ¡Eso, don Próspero!

— ¿Ganados y Carnes de Venezuela Limitada? ¡Pues no! ¿Y sabe por qué? Porque ese es el peor robo al pueblo. Lo que ustedes quieren es monopolizar y fijar a su acomodo los precios del ganado y la carne...

— No, lo que queremos es que no se venda carne de perro por carne de res, como lo vienen haciendo los propietarios al sacar al mercado esas reses flacas que parecen perros...

— Pues eso se combate prestándole plata a bajos intereses al criador para que...

— Vea, señor, yo no vengo a que me den lecciones de cómo administrar un hato. Vengo a ofrecerle unos *bolos* por su propiedad y punto. Si acepta, firme esta promesa.

— Permítame acá, señor.

Antes de que pudieran evitarlo, don Próspero rompió el documento que le había extendido el testaferro, y se lo arrojó

Powered by CamScanner

a la cara. Piñeres cambió de colores y, de abajo hacia arriba, le marcó el rostro al anciano con el *rebenque*. El incidente ocurrió en el paradero, de modo que los malhechores desconocían que en la casona se atrincheraba Abimael, el hijo único de don Próspero, con siete hombres resueltos. Abimael salió disparando y el primero en caer fue el testaferro que recibió un balazo de pistola en la cabeza. Los guardaespaldas, cogidos de sorpresa y sin el estímulo de un jefe que premiara su arrojo, indicaron con los brazos alzados el real tamaño de su valentía.

— Díganmele a Manirota, el jefe de los esbirros de Castro en Apure, que aquí lo espero. Y me hacen el favor de llevarle de parte mía ese fiambre – Dijo Abimael a tiempo que señalaba con el arma los despojos mortales del testaferro.

Abimael Cisneros estaba decidido a hacerse matar de los hombres del presidente en Apure, pero ante los ruegos de su madre y la autoridad de don Próspero, partió hacia la frontera colombiana con cinco hombres avezados y una mula de ojos vivos cargada con dos grandes alforjas llenas de monedas de oro.

— Cuando estés en suelo colombiano, busca al doctor Carmelo París para que te relacione con los ganaderos, hijo. Tan pronto como los ríos den vado, empezaré a enviarte *puntas* de ganado para que montes en Colombia un hato con todas las de la ley. Pero, eso sí, no te establezcas muy cerca de la frontera porque es peligroso que los esbirros del tirano no respeten la raya. Fúndate del otro lado del Casanare que hasta allá no llegará la mano de ese carnicero. Y recuerda, hijo, que la ruina entra por la cocina.

— Pero, ¿qué será de usted y de la vieja?

— Váyase sin pendiente, hijo, que a nosotros no nos ocurrirá nada. Tranquilo. Piñeres era un pobre diablo y esa gente no va a meterse en el *samplegorio* del asesinato de dos viejos por un vulgar ladrón. Supongo que lo que harán será arruinarnos, sacando de nuestras sabanas los ganados que puedan. Pero se van a quedar viendo un *chispero* porque mis vacas como que quieren darse un baño y comer pasto tierno del otro lado del Arauca.

Abimael Cisneros, con una carta de presentación expedida por el comisario de Arauca, fundó un hato en la parte alta del río Ariporo, a una jornada bien trochada de Hato Corozal, el pueblo que surgió al arrimo de la gran hacienda de

Powered by CamScanner

Caribabare de los jesuitas. Y a una jornada y media de Manare, pueblo afamado en todo el Llano por los milagros que hacía Nuestra Señora de los Dolores, una virgencita que empezó curando del tifo a los indios tunebos y terminó sacando de apuros a un capitán guerrillero que se contagió de sífilis al retozar con una india *pollona* que le envió el enemigo para apartarlo de la guerra.

Construyó la casa principal de adobe y maderas finas, orientándola según el rumbo dominante de los vientos. La techó con hojas de moriche y en parte alguna empleó clavos o puntillas porque dicen que las vigas que se amarran con bejuco *camburito* dejado al sereno por tres noches, no las carcome el gorgojo ni las revienta la *tolvanera* que en verano sacude la melena y llena de espanto al chiricoa. El decorado de la sala y los amplios corredores se hizo con cornamentas de toros, testas de caimanes y grandes pieles de tigres y leones.

— ¿Cuál va a sé la gracia de su hato, si puede sabese, don Bima? – Preguntóle uno de los hombres de a caballo que lo seguía desde Apure, y que por cierto tenía la manía de rechinar los dientes.

— Se llamará Matanegra

— ¡Casual!. Es un bonito nombre.

Abimael contrajo matrimonio con una rica y hermosa muchacha de Hato Corozal llamada Altagracia, y su hacienda creció en forma admirable porque por cada animal aportado por el venezolano, el padre herró cuatro a su hija que, dicho sea de paso, era su única heredera.

— Lo importante ahora –les dijo el viejo ganadero cuando el cura de Manare se despidió en una yegua zaina sacando cuentas de los ornamentos sagrados y las mil cosas que compraría para su iglesia con los trescientos pesos que le reportó la ceremonia de casamiento– es que me den siquiera unos diez nietos varones que se hagan cargo del ganado que, a Dios gracias, llena estas sabanas. Porque deben saber, hijos míos, que yo tengo más cabezas de ganado que piedras tiene el camino de aquí a Sogamoso.

No estuvo muy afortunado el viejo en sus aspiraciones porque, transcurridos dos años, la muchacha no quedaba encinta en tanto que a las sirvientas indias y negras, se les aguaba la saliva y caían en antojos con sólo ver en la cerca de alambre unos calzoncillos de hombre. El amo de Matanegra,

Powered by CamScanner

dueño de los mejores caballos y las mejores fajas para guardar sus relucientes monedas de oro, empezó a visitar las veredas vecinas donde no faltaban muchachas dispuestas a llenar el vacío. Altamira fue advertida de los devaneos de su marido con una zagala natural de un pueblo cordillerano donde todos los naturales son rubios, altos y de ojos azules porque, según se dice, allí cargaron con sus semillas los alemanes de Espira a las indias cusianas del contorno, durante dos inviernos. Desesperada, la mujer enfrenta a su marido.

— Abimael, no es justo lo que estás haciendo...

— ¿Qué es lo que estoy haciendo?

— Engañando a esas pobres muchachas de las vegas y, en especial, a la muchachita de Sabulón.

— ¿Cuál Sabulón?

— El *guate*, el de Labranzagrande. Esa niña puede ser desposada por un muchacho bueno que le dé un apellido a sus hijos. Y tu estás arruinándole la vida.

— ¡Yo no le arruino la vida a nadie! ¡Tú sabes qué es lo que yo quiero!

Altagracia contrató entonces los servicios de una negra para que entrara con sus artes a corregir su infertilidad. La negra –con una sola *candonga* de oro en el lóbulo de la oreja derecha y una edad indefinible que ocultaba cada semana al teñirse el cabello con zumo de *caruto*– empezó por prescribirle una dieta basada en criadillas y agua de matarratón, tomada en ayunas. Se inclinó luego por los sahumerios y las carnes de pescado. Y finalmente por la miel de abejas y el cogollo de una palma que se caracteriza por la exuberancia de sus racimos.

— ¿Qué ocurre, Silvestra?

— Pue se me ocurre, niña, que el *amarradijo* tá es en su marío. Porque a su persona ya le dao lo mejó de lo mejó y ai lo vé, iná!. El *blanco* debe tomase las aguitas que le voy a prepará y, endespuesito...

Abimael se tomó el agua que tenía un sabor repugnante a fruto de cañafístula y cohabitó después con su esposa al aire libre, bajo las estrellas. Fuera lo que fuera, lo cierto es que a los pocos días ella quedó esperando. Faltando dos meses para el alumbramiento, la comadrona le entregó a la pareja, envuelto en ricos pañales bordados, a un pequeño sietemesi-

Powered by CamScanner

no de cabeza abombada que casi no tenía fuerzas para llorar. Bajo los ojos, se le formaban a la criatura dos bolsas cárdenas que parecían indicar problemas circulatorios. Desde el primer momento, Abimael contradijo la opinión de su suegro de poner al niño en las manos de un facultativo, llevándolo a la ciudad.

— ¡Mi hijo no necesita médicos ni medicinas! El mejor médico es el Llano y las mejores medicinas son el aire puro, los caballos y la carne de res a medio asar. Con eso crecerá sano, alegre y robusto.

— Patrón, y ¿cómo piensa menta al *criaturo*?

— Lo voy a poner Teodoro, Juan de Dios.

— ¡Casual! Es un nombre bonito.

Dos

Al terminar con tremendas repercusiones políticas y económicas la primera guerra mundial, numerosos pilotos forjados al calor del conflicto, se encontraron dueños de un oficio hermoso pero sin posibilidades momentáneas de empleo. Muchachos franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos, especialmente, se regaron por el mundo a hacer piruetas y acrobacias en aviones de papel, y a entusiasmar incautos en la que sería la más brillante profesión del futuro, a su parecer. Los viajes en avión, decían, suplantarían los desplazamientos en barcos olorosos a vomitona, y los llevados a cabo en el lomo intrépido de los trenes.

Este frenesí por las alturas se desató con la noticia de los experimentos de los hermanos Wright que, en 1903, y empleando un aparato más pesado que el aire, consiguieron en Carolina del Norte volar con autonomía por primera vez en la historia. Seis años más tarde el francés Luis Blériot consiguió la hazaña de cruzar en un vuelo autónomo el Canal de la Mancha.

Marco Fidel Suárez, en Colombia, dispuso que la aviación sería la quinta arma de las fuerzas armadas y creó en Flandes la escuela militar de aviación, almácigo de pilotos, técnicos y operarios del país. En 1921, bajo la dirección del teniente coronel René Guichard, de nacionalidad francesa, se inició en el país la aviación militar. Y en junio de ese mismo año el primer piloto colombiano, Justino Mariño, voló por su cuen-

Powered by CamScanner

ta en un monomotor Caudron 63, motor Le Rhone, de 80 caballos.

Luciendo sus 25 años, un bombín de cinta ancha, saco cruzado y una finísima sonrisa bajo las guías muy bien cuidadas del bigote, el gringo William Knox – Martín se presentó a mediados de 1919 en Cartagena de Indias, con un palmarés que lo acreditaba como patrullero aéreo en Dunkerque, puerto que los alemanes buscaron inútilmente destruir para pasar después con sus tanques mortíferos a las tierras de la reina.

En el mismo barco que lo depositó en el puerto caribeño, venía embalado en cajas de madera su avioncito Curtiss de dos plazas y ocho cilindros, que podía lograr la hazaña de volar, como un albatros, dos horas seguidas sin dar muestras de fatiga. El joven exhibió fotografías con su aeroplano en el teatro municipal y ofreció sobrevolar con el burgomaestre la histórica ciudad a cambio de lo cual el ayuntamiento debía indemnizarlo con una suma de dinero para resarcirse del costoso viaje. Muy reposado en sus decisiones, el alcalde argumentó que no existían partidas para ese tipo de empresas y el aeronauta partió decepcionado con su avión bajo el brazo hacia Barranquilla. En esta ciudad, una bien aceitada colonia de alemanes, acaudillada por Ernesto Cortissoz, trabajaba sin descanso para sacarle el mejor partido a la fiebre de volar que se había apoderado del género humano.

El recibimiento que se le dispensó al gringo fue espectacular. El diario La Nación lo llamó *americano invicto* y lo declaró huésped de honor. Como, en efecto, no existía dinero en ningún presupuesto para cancelar viajes a las nubes, la ciudadanía hizo una colecta y reunió mil pesos que no bastaron ni para echar a calentar los motores de la imaginación. El ciudadano barranquillero Mario Santodomingo, socio de la casa comercial Santodomingo y compañía, igualmente de bombín pero de corbata blanca, llegó a un acuerdo con el gringo y el 18 de junio de 1919, a las cuatro y media de la tarde, cuando el mar ya estaba apaciguado, el monoplano dio dos vueltas completas sobre el puerto, arrancando salvas de aplausos y gritos de histeria a las gentes incrédulas, y voló hacia Puerto Colombia que bombardeó con papeles de colores y las cartas que, con mano trémula, escribieron a sus amadas los barranquilleros sabiendo que estrenarían el más rápido pero más riesgoso medio de transporte. Durante varios días el gringo embarcó en su nave y por la estrambótica suma de cuarenta

Powered by CamScanner

pesos, dio a la gente más adinerada del puerto la posibilidad de contemplar por un instante los destellos de la gloria, así durara varios días con zumbido en los oídos y una extraña propensión a caminar de medio lado, como los cangrejos. El piloto bautizó el Curtiss con el nombre de *Bolívar*, y precedido por la fama, desarmó su artefacto y echó a andar hacia el litoral antillano.

Pero en tanto que Knox – Martín y otros saltimbanquis del aire hacían las delicias de las multitudes y se enriquecían trasquilando calentanos, el antioqueño Guillermo Echavarría Misas se presenta radiante en Medellín, en el despacho de su padre, el magnate Alejandro Echavarría Isaza. Empresario y terrateniente respetado en los más altos círculos de Nueva York, y socio mayorista de los bancos y casas financieras más solventes del país, don Alejandro es un sábalo que no teme al escualo ni a los barcos balleneros en las aguas profundas de los negocios. De briches y bufanda de seda blanca, y con las botas impecables para no profanar el sanctasanctórum de los negocios en Colombia, Guillermo acaba de llegar de Cartagena y da a su padre un completo informe verbal sobre la empresa que acaba de poner en marcha.

— ¡Bien! – Dice el robusto anciano arrellanándose en un sillón de cuero de becerro, mientras despunta un cigarro habano –. Son tantos los asuntos que he debido atender estos días, hijo, que ya no tengo cabeza para nada. Así que no me ahorrés detalle. ¿Cómo va la cosa?

— ¡Mejor no podía ir, viejo! –Inicia el heredero la conversación mientras se sirve un vaso de vino tinto, y cierra con cuidado la fina botella– El pasado fin de semana realizamos sobre Cartagena el vuelo inaugural y eso fue la locura, la locura...

— No volés antes de tiempo, *Memo*, y decime primero: ¿Quiénes quedaron en definitiva formando parte del negocio?

— Todo eso aparece en esta relación escrita, viejo, pero te haré un repaso como querés. Después de mucho charlar, a la línea le dimos el nombre de compañía colombiana de navegación aérea, o CCNA. Y la llamamos compañía porque es como más de nosotros, como más familiar que sociedad... o ¿vos que crés?

— ¡Si, está bien! ¿Y ellos? ¿Qué nombre pensarán darle a su empresa? ¿No sabés qué nombre le pondrán?

— Pues ponete a pensar que dizque la piensan llamar sociedad colombo – alemana de transportes aéreos... Scadta.

Powered by CamScanner

— Malo, malo. Eso de alemana no les va a gustar nada a los gringos que, al fin y al cabo, acaban de ganarse la lotería de la guerra europea, y como tal, empezarán a apretarle a todo mundo las clavijas. Cuando vos, Memo, te sentés en este sillón, puedes pelearte con tu madre, puedes pelearte con el *Putas* si querés, pero no te vayas a pelear con los gringos porque los gringos son los que van a manejar los hilos de todos estos paisitos. Seguí, pues...

— Inicialmente quedaron formando parte de la compañía el viejo Pedro Vásquez, Julián Vásquez, Gonzalo Mejía, Martín Rodríguez, Ernesto Arango, Pedro Nel Ospina y Guillermo Uribe...

— Ponele mucho cuidado, pero mucho cuidado a Pedro Nel porque como van las cosas, será el próximo presidente...

— ¿De la colombiana de tejidos?

— Serás zonzo, Memo... de la república. ¡Presidente de la república!. Y en cuanto a las personas jurídicas, ¿qué?

— Bueno, ahí quedamos nosotros, como socios mayoritarios, Vásquez Correas y compañías, y Luis Mejía y compañía. Con esto estamos amarrando al Banco de Sucre y la casa Vásquez Correas para no hablar de la compañía colombiana de exportaciones.

— ¿Qué capital suscribieron?

— Arrancamos con 5 mil pesos pero, para que se les murieran las lombrices a los alemanes, lo elevamos a 500 mil. Acá, viejo, hay una copia de la escritura que, como podrás ver, se corrió en la notaría de tu compadre Liberato.

— Supongo que vos quedaste de gerente...

— Pero claro, viejo, de gerente. Y como presidente de la compañía nombramos a Gonzalo.

— ¡Perfecto! ¿Qué se decidió en cuanto al tipo de aviones?

— Esa si fue una decisión bien jodida, viejo, porque ahí es donde puede radicar el éxito o el fracaso de la empresa. Durante varios días estudiamos ofertas de casas inglesas, francesas y norteamericanas. Nada con alemanes. Era muy importante conocer si el aparato se adaptaba o no a nuestra topografía y climatología, si la casa matriz contaba con disponibilidad de aparatos, si había pilotos instructores y técnicos en condiciones de viajar a Colombia de inmediato, si el precio se ajustaba a nuestro presupuesto... y, sobre todo, si nuestra

Powered by CamScanner

decisión era favorable desde el punto de vista de la política nacional y extranjera. Claro que la política nacional la dictamos nosotros pero no ocurre lo mismo con lo que puedan pensar las potencias extranjeras.

— Me tenés en ascuas, Memo.

— Te contaba los detalles porque vos lo pediste, viejo. Pero, bueno, nos decidimos por el Farman, tipo F 40, que es un avión liviano, muy manuable y a un buen precio.

— ¿De qué nacionalidad es ese avión?

— ¡Es francés! Es una *joyita* fabricada en París por la Henri Farman, de cuatro puestos, cabina descubierta, motor trasero Renault de 130 caballos, y garantía de un año siempre que observemos el manual de vuelo. Mira, el aparato es tan liviano que lleva partes de madera y lona... así que si se cae, no peligra mucho la vida de los pasajeros y el tripulante, cosa que si es de temer cuando el fuselaje y las alas son metálicos.

— ¿Pero estos aviones son acuáticos?

— Esa es una de las grandes ventajas del avión. Viene equipado para caer y decolar en el agua pero igualmente se le pueden acondicionar ruedas para que lo haga en tierra.

— Yo supongo, Memo, que alguien te asesoró a vos en todo esto porque recordá que no es lo mismo enjalmar mulas para sacar cafecito de La Pintada que entrar a negociar aviones con los franchutes.

— Despreocúpese, viejo, que si algo le saqué a su señoría fue malicia. Yo siempre tuve a mi lado a un experto que me iba diciendo las cosas con todas sus letras. Pero lo que ese señor nunca supo es que detrás de él yo le tenía a uno más experto aún que lo estaba atalayando. El Farman se produce en Francia como batata en rastrojo y allá hay pilotos, mecánicos y técnicos al por mayor.

— Para allá iba. Y ¿cómo hicieron con los aviadores?

— No se preocupe, viejo, que ya nos llegaron directamente desde París dos verdaderos ases de la aviación. Se trata de los capitanes René Bazin y Jacques Jourdanet que desembarcaron con los mecánicos George Goupil y Eugene Goerges. Bazin es un tipo fuera de lote. Durante tres años se desempeñó como mecánico en los talleres de la Farman pero al desatarse la guerra se enroló como piloto en la fuerza aérea, con una actuación tan destacada que le mereció el galardón de

Powered by CamScanner

miembro de la legión de honor de Francia. Tan pronto como terminó la guerra fue contratado para volar la línea París - Brusela, y de allí lo sonsacamos para trabajar en la CCNA.

— Eso está muy... pero muy bien, muchacho. Ahora yo quisiera saber qué estrategias han pensado desarrollar porque no olvide que los alemanes son toscos pero tienen más constancia que un *coto* ...

— Si, no podemos desestimarlos. Vea lo que vamos a hacer. Los Farman son en realidad un distractivo, un señuelo que esperamos que se traguen los alemanes. Y partamos de esta base: con tres pasajeros por viaje es muy poco lo que se puede hacer. Tendríamos que poner precios altísimos por pasaje que sólo los ricos o el gobierno estarían en condiciones de pagar. Así que, bajo riguroso secreto, ponete a pensar que encargamos y ya tenemos en nuestro poder un superavión marca Goliath, tipo F 60, provisto de dos motores Salmson de 260 caballos de fuerza cada uno, que puede alcanzar una velocidad crucero de 160 kilómetros por hora y transportar la bobadita de catorce pasajeros cómodamente sentados.

— ¡Barbaridad! ¿Y ese avión tan espectacular ya fue probado por los fabricantes? Es que yo no he oído nada.

— ¡Reteprobado, viejo! El mes pasado realizó un viaje sin escalas entre París y Casablanca, en el Africa del norte.

— Bueno, y ¿para cuándo piensan poner en operación ese monstruo? Porque, lo que soy yo, en algo así sí me doy un viajecito. Mejor dicho, con ese Goliath sí le van a salir maricos los hijos a los alemanes.

— El aparato ya está en un hangar sellado en Cartagena. Es necesario ensamblarlo pero sólo entrará en operación cuando nos hayamos ganado la confianza del público y tengamos definidas las rutas y terminados los aeródromos.

— Eso de las rutas es bien importante.

— ¡Pues claro! La gente de Scadta prefirió la ruta del Magdalena, o sea los puertos de Barranquilla, Girardot y Neiva. Nosotros apuntamos más alto. Nosotros haremos Cartagena, Barranquilla, Medellín y Bogotá... las cuatro grandes capitales. En cuanto a instalaciones, en Cartagena ya tomamos en arrendamiento a la Andian Corporation, que es una empresa subsidiaria de la Troco, unos terrenos lo más de *culitos* donde construimos los hangares y una pista de aterrizaje que llega a los 750 metros. Cuando se requiera acuatizar, ahí no más

Powered by CamScanner

tenemos las aguas del Laguito. Y ahora viene la segunda estrategia donde se necesitarán las influencias de su señoría...

— ¡Suéltala!

— Aún contando con el Goliath en operación, los costos de sostenimiento de la empresa son muy altos. Necesitamos tener unas entradas fijas y por eso es que debemos contratar con el gobierno el servicio del correo. Entendemos que hay una propuesta de los ingleses para manejar este ramo a través de los trenes, pero con nosotros no podrán competir. La CCNA llevará ahora el correo volando, y eso vale. Nadie se excusa de pagar cuando se le ofrece un buen servicio. Gonzalo y Pablo están ya en Bogotá haciendo contactos con el ministro de gobierno Marcelino Arango, y el director de correos Eliseo Medina, pero en este *viajao*, donde están pujando los ingleses y los alemanes de Scadta, un empujoncito suyo con el presidente va a ser definitivo.

— Me doy cuenta, sí señor. Tengo que pensar muy bien el asunto porque don Marcos Fidel es un gramático que no se saca el pulgar de la boca. Y en este país no necesitamos gramáticos sino pragmáticos... Por eso es que te digo que el próximo presidente será Pedro Nel.

— ¿Pero qué estarán pensando en Bogotá los señores del liberalismo?

— Asustados, seguramente, con el rumbo que tomó la economía desde que el general Reyes, un hombre bien bragado, demostró que el país se construye con empresas y no con buenos discursos. Hay un pasaje que pinta a los bogotanos de cuerpo entero.

— ¿Puedo? – Don Guillermo Echavarría pide permiso a su padre para sacar de la caja de madera de acacia, uno de sus voluptuosos habanos.

— Pero... ni más faltaba, Memo. Cómo te parece que hace unos cuatro años, en 1915 si no estoy mal, el presidente Concha alentó a la flor y nata de Bogotá para que se ocupara de la navegación aérea. López Pumarejo, Luis Eduardo Nieto, Nemesio Camacho, Simón Araujo, Pedro Jaramillo, Carlos Liévano y no sé cuantos otros heliotropos, crearon el club colombiano de aviación... un club tan exclusivo, pero tan exclusivo, que no contaba con aviones ni con pilotos. ¿Solución? Sacaron una ley para enviar muchachos a estudiar aviación a Europa por cuenta del estado. Eso nunca se dio por-

Powered by CamScanner

que se atravesó la guerra. Nosotros somos pragmáticos: compramos los aviones, traemos los pilotos y hacemos que éstos enseñen a nuestros muchachos lo que deben saber. Esa es nuestra diferencia. ¿Y cómo fue el acto de inauguración de la empresa?

— Fe-no-me-nal. El domingo pasado, 15 de febrero, hicimos que las emisoras dedicaran su programación a resaltar el acontecimiento, hablando de los aviones, de los pilotos, de la importancia del transporte aéreo. A las diez en punto de la mañana abrimos el hangar y apareció en escena el avión que bautizamos Ciudad de Cartagena. El arzobispo Pedro Adán Brioschi bendijo la nave y habló de una encíclica del papa León 13...

— La rerum novarum

— Esa *berenjena*. Y acto seguido, tomo el puesto de comando el piloto Bazin. Por precaución, decidimos que el vuelo se haría con dos personas más y una de esas personas –¡ni más faltaba!– fui yo. Para que el gobernador, el alcalde y el arzobispo no pelearan, invitamos a la nave a doña Tulita Martínez Martelo, una muñeca bellísima que el día anterior había sido coronada reina del carnaval. Los cartageneros la llaman Tulipán primero. El avión prendió motores, se movió sobre la pista y arrancó. Lo más impresionante del vuelo es el momento en que el aparato despega y queda suspendido en el aire. Se sabe que ya no existe apoyo pero la máquina sigue y sigue ganando altura hasta que se ven las casas como si fueran de juguete, y las personas moviéndose como punticos provistos de patas. No sé de dónde, pero me surgió la idea que ese puede ser el mejor tratamiento para los locos. Dimos dos vueltas completas sobre la ciudad. René descendía y se mecía como una gaviota sobre el mar, y yo me sentía representante de una raza distinta. Claro que cuando caímos de nuevo en la pista de Bocagrande, y recobramos la condición humana, nuestro tulipán no olía a lo que huelen las flores.

El 26 de septiembre de 1919, en efecto, se constituyó la primera compañía comercial de aeronavegación de que se tenga noticia en el país y en toda América, pero dos meses más tarde la colonia de alemanes y un grupo de vecinos adinerados hicieron lo propio en Barranquilla. El 5 de diciembre de 1919 firmaron el acta y se comprometieron formalmente en el proyecto Ernesto Cortissoz, primer presidente de la junta directiva, Alberto Tietjen, primer gerente, Rafael Palacio,

Powered by CamScanner

Cristóbal Restrepo, Stuart Hosie, Jacobo A. Correa, Arístides Noguera, Werner Kaemmerer y Helmuth von Krohn, que era un piloto avezado. La compañía se llamó sociedad colombo – alemana de transportes aéreos, Scadta, y el capital suscrito se elevó a 100 mil pesos. En una verdadera carrera contra el tiempo, en julio de 1920 llegaron los primeros hidroaviones alemanes fabricados por Hugo Junkers, de estructura metálica y con capacidad para el piloto y dos pasajeros. El primer vuelo de prueba se efectuó entre Barranquilla y Puerto Berrío, dos meses más tarde. Como culminación de esta vertiginosa carrera y mientras su oponente más caracterizado –la CCNA– suspendía operaciones en forma indefinida, el 11 de diciembre del mismo año aterrizó en Bogotá la aeronave de Scadta que conducía el capitán Helmuth von Krohn.

A partir de entonces la compañía estableció vuelos regulares entre Barranquilla –Girardot y Neiva, siguiendo siempre la columna dorsal del Magdalena. La utilización que hizo el presidente Pedro Nel Ospina del avión constituyó un récord mundial como quiera que ningún jefe de estado había empleado antes este riesgoso medio de transporte. Ospina se trasladó en 1922 de Puerto Berrío a Girardot.

Don Alejandro Echavarría no estaba descaminado cuando aseguró a su hijo que Pedro Nel Ospina Vásquez llegaría a la presidencia. Donde se equivocó fue en los pronósticos triunfales que hizo de la CCNA. No obstante su espléndido respaldo financiero y el ventajoso contrato firmado con el gobierno para hacerse cargo del correo, la empresa perdió sus pilotos y sus aviones en 1920 y no sobrevivió a la quiebra de los empresarios antioqueños. Dos aviadores franceses murieron al precipitarse a tierra el avión que tripulaban y un tercer aparato, aunque no produjo víctimas humanas, terminó destrozado en la corriente del río Magdalena. Se quiso poner en funcionamiento el Goliath para resarcir las pérdidas cuando un telegrama de la casa matriz solicitó no mover el avión porque se había detectado una falla mortal en los motores Salmson con que venía equipado. Y mientras estos hechos minaban la confianza pública y desestimulaban los esfuerzos, sin terminar aún el fatídico 1920, cayó el precio del café en los Estados Unidos y quebraron las principales instituciones financieras antioqueñas, con la casa Vásquez Correas y el Banco de Sucre a la cabeza.

Powered by CamScanner

Para no quedarse atrás, un grupo adinerado de santandereanos decidió en 1923 fundar en Bucaramanga su propia empresa que bautizaron con el nombre de compañía santandereana de aviación, COSADA. De esta empresa hicieron parte como fundadores el Banco Santander, Gustavo Lubinos, Víctor M. Ogliastri, Jorge A Clausen, Roberto Carreño, Joaquín Latorre, Aquilino Galvis y Carlos Julio Ardila. Su primera máquina fue un avión Junkers F 13, comprado a Scadta y habilitado para acuatizar. Esta línea aérea tuvo una vida muy corta porque los pasajeros prefirieron utilizar los servicios del ferrocarril que se inauguró con la construcción del tramo entre Puerto Wilches y Bucaramanga.

Paralizada la compañía antioqueña y fracasado el proyecto de Cosada, para Scadta se abrió el mejor de los panoramas pero dos hechos entraron a desdibujar esta perspectiva. En 1924 se registró su primer accidente en un vuelo de demostración sobre Barranquilla, y allí perdieron la vida Ernesto Cortissoz, el capitán von Krohn y cinco ciudadanos alemanes más. El segundo hecho tuvo que ver con las restricciones que Estados Unidos empezó a imponer a la compañía colombo - alemana con base en el tratado de Versalles que Alemania se vio obligada a firmar como potencia derrotada en la primera gran guerra. Como fruto de estas exigencias, en 1929 la Pan American Airways empezó a servir la ruta entre Panamá y Medellín, pasando por Turbo.

En 1932, por el mes de septiembre, un contingente de doscientos soldados peruanos invadió el puerto fluvial de Leticia, sobre el río Amazonas, que cuidaban 18 policías colombianos. En respuesta a la invasión de su frontera amazónica, el gobierno colombianos declaró la guerra al Perú y nombró como jefe de la expedición punitiva al general Alfredo Vásquez Cobo. Frente a la imposibilidad de llegar por tierra al Amazonas, la línea aérea Scadta colaboró con sus hidroaviones en el transporte de tropa a la zona y participó en el remedo de combates que se sostuvieron hasta que el Perú devolvió a Colombia el trapecio amazónico. Con el grado de capitán, en estas refriegas participó activamente Camilo Daza, un aviador de la primera promoción que graduó en 1927 la Escuela de Madrid. Camilo Daza comandó la escuadrilla militar que realizó la primer travesía por el nororiente del país, tocando sitios tan apartados como Tunja, Sogamoso, Cúcuta, Arauca y Villavicencio.

Powered by CamScanner

En 1933 Bogotá se lanzó al ruedo. Con un significativo aporte del estado colombiano que no podía renunciar de ninguna manera a estar presente en el negocio del transporte aéreo, se constituyó en la capital la sociedad aérea colombiana, SACO. El director de esta empresa –Ernesto Samper Mendoza– pertenecía a una de las mejores familias capitalinas y se destacaba como avezado piloto formado en el extranjero. A esta compañía se le adjudicaron las rutas interiores, entrando a reemplazar a la fallida línea de los antioqueños. Los nombres y los chicos pleitos de la Scadta y la Saco ganaron celebridad mundial con el accidente en que perdió la vida Carlos Gardel. Ocurrió el 24 de junio de 1935. El afamado cantante y compositor franco – argentino se encontraba de gira por Colombia y se disponía a viajar en un avión piloteado por Samper. Al aeropuerto de Medellín salió a despedirlo un río humano de admiradores. En plataforma y con los motores prendidos se hallaba otro Ford, de Scadta. El avión del artista empezó el correteo pero una ráfaga de viento lo desvió de su trayectoria y lo hizo colisionar violentamente con el segundo aparato que de inmediato se incendió. De morir en la pavorosa tragedia, únicamente se salvaron el guitarrista del cantante, el Indio José María Aguilar, y el español José Plaja.

La muerte de Samper agitó el tema de la desconfianza que suscitaba en el departamento de estado de los Estados Unidos el dominio de una empresa de vital importancia por parte alemanes. En consideración al número de acciones que el estado colombiano tenía en SACO, se propuso fusionar las dos empresas para iniciar el proceso de nacionalización. Como el proceso se demoraba en forma inexplicable, el congreso determinó por ley que el 51 por ciento de las acciones de las empresas de aviación debía estar obligatoriamente en manos de nacionales colombianos. Para solucionar el problema, el presidente concedió al representante legal de Scadta la nacionalidad colombiana. Sin embargo, la segunda guerra mundial se abrió paso en Europa con escalofriante realidad. El gobierno colombiano se vio forzado a abandonar la neutralidad que hasta entonces había observado, y todos los bienes de los alemanes fueron incautados en el país, empezando por los de la empresa aérea. 140 personas –entre aviadores, técnicos y personal administrativo– fueron retirados de sus funciones en Scadta. Algunos alemanes abandonaron el territorio nacional. Los que no lo hicieron, fueron confinados en la finca Sabaneta, en Fusagasugá.

Powered by CamScanner

El 14 de junio de 1940, se firmó en Barranquilla la escritura de constitución de Avianca con los bienes de la desaparecida Scadta y los restos accionarios de Saco.

La escuela militar de aviación que creó el presidente Marco Fidel Suárez empezó a operar tímidamente en Flandes, con instructores y algunas viejas máquinas. De este enclave inicial, se trasladó a Cali, a un punto de una finca de don Abraham Domínguez conocida como el Guavito. Allí se adquirieron aviones Fleiding para aprendizaje y entrenamiento, y los primeros aviones de combate, Falcon y Hawk, fabricados por la casa Curtiss. De esta base aérea han salido infinidad de aviadores, técnicos, operadores y expertos a apoyar la aviación civil. Con el curso del tiempo y a medida que el público se familiarizó con los aviones, la fuerza aérea y un número cada vez más creciente de empresas y clubes se dedicaron a ofrecer cursos completos de pilotaje, popularizándose en todos los niveles la aviación civil. En Bogotá se destacaron los aeroclubes de los Andes y Colombia, en Medellín Los Halcones y Spada, en Cali el club del Pacífico, para citar unos pocos. Aeroandes sobresale entre todos por ser el más moderno.

Tres

En una mula *tolima*, con silla de marca y enjaezada como para un torneo decembrino, el comprador de ganado se presenta en Matanegra, el hato más rico de los Llanos. Dos jinetes acompañan al comprador. El más joven de éstos porta un rifle de repetición en una funda que cuelga de la cabeza de la silla; el segundo, de mirada torva y acaso sobre el filo de los cuarenta años, lleva al lado derecho un revólver pesado que disimula con una manta de algodón, de profusos colores, amarrada a la cintura. El comprador se llama Evaristo y tiene fama en la región de ser un hombre que nunca falta a su palabra, que siempre cumple los compromisos que adquiere. Antes que guardaespaldas, los jinetes que trochan a su lado son acompañantes de travesías porque, como dice la canción, es demasiado aburrido talonear por horas y horas a una bestia sin llevar al lado a un semejante que por lo menos diga *¡Un poco más y llegamos!*. Los únicos peligros que existen en estos caminos reales son los indios agazapados en las altas macollas de pastos templando el arco de su rencor infinito, o

Powered by CamScanner

el tigre de pinta menudita que espera hambreado en las ramas cejijuntas de los árboles, al pie de los bebederos. De resto, no hay pendiente. Hace rato que dieron muerte a Marcelino, el salteador, y desde entonces el Llano ha estado en paz.

Evaristo llega al inmenso paradero del hato. La mula *amusga* las orejas intentando dar la grupa a los perros que en cantidades inverosímiles salen de la arboleda que circunda la casa, pero el comprador de ganado es un jinete experimentado y con dos briosos tirones del bozal ordena al animal que ignore los ladridos y la baba que llena los inamistosos hocicos. Un viejo desnudo de la cintura hacia arriba, sale gritando de la casa con una larga correa de cuero atada con firmeza a un palo reluciente.

— ¡Perro, perro, carajo! ¡Perro, carajo! – A medida que grita a los animales desbocados, el hombre agita el *mandador* y levanta nubes de polvo fino donde golpea la fina lengua. Esta visto que uno y otros representan su comedia. El trabajador se empeña en demostrar a los jinetes que son bienvenidos no obstante la algarabía de los cánidos, y éstos en ratificar su condición de fieras.

— Desmonten los señores y prosigan que están en su casa. Bienvenidos – Desde el alero, en cuyas vigas se agrupan los falansterios de los comejenes, saluda con espontaneidad don Abimael, el dueño.

— Hay que ponerle reparo a esos animales, Juan de Dios, que el día menos pensado muerden a un cristiano o lo hacen caer de la cabalgadura. ¿Cómo están los señores? Se nota que vienen de los lados de la Colombina...

— Así es don Abimael, mi nombre es Evaristo Marfoy y estos dos señores que me vienen acompañando...

— Son Ramón Ulejelo, *Buenabrisa,* y Delfín Tobián, *Pocopelo.* ¡Claro que los conozco! Como también tengo las mejores referencias de usted, don Evaristo. ¡Créame que tenía ganas de conocerlo!

— ¡Honor que usted me hace, don Abimael!

— Mire, Juan de Dios, deje ya de estar rechinando esos *corotos* de muelas, y dígale a las mujeres de la cocina que se preparen un buen sancocho de *palaruca* porque tenemos invitados. De venida, tráigase una jarra de café para los señores.

— Como mande, patrón.

Powered by CamScanner

— Prosigan los señores. Si quieren tomar agua, ahí tienen el tinajero. Si quieren desaguar, allacito está el monte. Hagan de cuenta que están en su casa. No faltaba más.

— Ya había oído hablar de su hospitalidad, señor Cisneros, pero créame que estoy abrumado con su gentileza.

— No, no es para tanto. Es apenas lo normal en esta tierra. Pero, dígame señor Marfoy, ¿en qué puedo servirlo? Siéntense señores, acá es un buen punto porque corre buena brisa.

— Yo vengo de la Colombina, como usted bien supuso. Y si me da posada por esta noche, mañana pienso seguir camino hacia la montaña.

— En lo de la posada no hay más que hablar. Si quiere *colgar* afuera, bien puede. Pero si lo prefiere, puedo hacer que le preparen en el cuarto una cama con *toldillo*...

— No, don Abimael. Yo quiero colgar con mis compañeros a la fresca. No se vaya a molestar.

— No es molestia, ya se lo he dicho.

— Como le decía, vengo de los lados de la Colombina. ¡Y mire que están bravas las candelas!

— Esos son los indios, don Evaristo. Nada más se mete el verano y esos carrizos se agazapan en esos pajonales y iméta-les candela!. Esos indios no tienen paz con nadie. En otros años esos *candelorios* se veían por días y días, y los indios detrás... comiendo *cachicamo* y *morrocoy* asado.

— Es que los indios no se llenan. Comen cualquier cosa que tenga patas y mientras haya, están comiendo. Pero, bueno, don Abimael, yo venía con la intención de comprarle una parte de la cosecha. A decir verdad, en años anteriores yo les había estado comprando ganado a los hateros del Cusiana pero parece que este año se les *patrasió* la cosecha debido a una epidemia de *casquera*. Así que decidí venir a visitarlo para ver si llegamos a un acuerdo.

— Pues claro, don Evaristo. ¿Y como cuántos animalitos *menesta* y de qué edad?

— Pues en principio, yo necesitaría unos mil novillos y unos doscientos toros que, uno con otro, estén entre los cuatro y los cinco años. De ser posible, preferiría que me apartaran animales de pelo blanco o barcino.

— Si, no hay problema. ¿Para cuándo necesita el rodeo?

Powered by CamScanner

— Para mediados de abril. Yo puedo estar por acá con mi gente del quince al dieciocho de abril para arrear la tropa hasta el Morro.

— Disculpe que le pregunte, pero es que ese ganado ¿lo va a llevar por Sogamoso? Como casi todo mundo lo lleva a Villavicencio para subirlo a Bogotá...

— Sí, yo pienso llevar el rodeo a Sogamoso porque en esa plaza los precios están buenos y, por otra parte, me evito esa vuelta tan grande que hay que dar cuando se va por Villavicencio. Yo no sé cuándo será que el gobierno piensa hacer la carretera. Es que no es justo que los ganaderos tengamos que pasar tantos trabajos para subirles la carnecita a los *guales*.

— Pues mire usted, don Evaristo, que eso sí no me trasnocha. Yo no creo en la bondad de esas fulanas carreteras que lo único que hacen es llenar el Llano de vagabundos y abigeos. Así como estamos, estamos bien: Yo levanto los animalitos, se los vendo a usted por un precio cómodo, usted los vende a los dueños de los potreros de ceba para que ellos, a su vez, los surtan a los mataderos. Esa es la cadena.

— Pero – disculpe que se lo diga, don Abimael– en todo este tejemaneje los que menos salimos ganando somos los dos. Usted como criador y yo como intermediario. Hay que ver a cómo se vende el kilo de carne en Bogotá.

— Bueno, eso es posible. Pero en realidad, somos los que menos nos jodemos.

— Eso también es cierto. ¿A cómo me dejaría animalito puesto en la puerta del corral?

— Para que vuelva, yo le puede dejar novillo *empostado* a dos pesos con cincuenta, y toro a dos con veinte. ¿Y no va a llevar unas vaquitas como para el gasto del camino?

— No me gusta comprar vacas porque *empavan* el rodeo. Esos bichos lo único que hacen es encalambrarse de la rabia en esos peladeros y trastornar la marcha. Pero, en razón de nuestro buen encuentro, ¿por qué no dejamos un solo precio por animal? Digamos que usted me deja toro y novillo a dos con veinte.

— Digamos que a dos con cuarenta...

— No, digamos que a dos con veinte y subamos mejor la cantidad. Véndame mil ochocientos novillos y doscientos to-

Powered by CamScanner

ros. Uno con otro, a dos con veinte. No me gusta llevar toros en el rodeo pero me comprometí con los organizadores de las fiestas de Tibasosa...

— Está bien. ¡Acepto! ¿Qué arras puede dejarme, don Evaristo?

— Yo le puedo cancelar ya la mitad del precio convenido, y la otra mitad cuando reciba el ganado.

— ¡No hay más que hablar! Si le parece, celebremos el negocio con una buena botella de brandy.

— ¡Por mi no hay problema!

— Cuénteme, don Evaristo, ¿cómo hacen para subir esos *bichitos* por semejantes desfiladeros?

— Pues, ahí sí, como decía usted hace un rato, los que se joden son otros. Yo contrato en el Morro a un baquiano experto que se encarga de ponerme los animales en un punto donde puedo meterles camión para sacarlos a Sogamoso. Suponga usted que yo pago 20 centavos por cabeza puesta en ese punto. El baquiano contrata *cagones* que le enfundan las pezuñas a los animales en unas chancletas de fique resistente para evitar el *despeamiento* en las piedras del camino. Caiga aquí, levante allá, ellos se encargan de subir los lotes. El baquiano realiza proezas para evitar que las reses caigan a los abismos porque, cuando esto sucede, uno descuenta del contrato del arreo el valor del animal, cargándole los daños y perjuicios. Por eso es que le hablaba de las ventajas de la carretera.

— Pero, mire que usted mismo me da la razón, don Evaristo. Si dispusiéramos de carretera los primeros en quedarse sin oficio serían los cagones y los baquianos que se ganan los *chulupos* arreando el ganado por las trochas de la cordillera. Entre nosotros se quedarían sin entradas los peones que conducen el rodeo hasta el pie de la cordillera. Y a la larga, usted y yo perderíamos el negocio por razones evidentes.

— Pues se está diciendo, don Abimael, que en cualquier momentico empezaran a llegar al Llano los aviones. Yo ni siquiera puedo figurarme eso, pero en la costa del norte como que todo lo están transportando en esos aparatos, empezando por las personas. De manera que llegará el día en que los aviones se posarán en la puerta de los tranqueros a comprar ganado.

Don Abimael, escéptico, iba a responder cuando vio subir por el barranco a cuatro hombres que portaban una impro-

Powered by CamScanner

visada *parihuela* donde venía su hijo único, Teodoro, más blanco que una flor de lirio.

— ¡Gran poder de Dios! ¿Qué ocurrió? Respondan: ¿qué pasó?

— ¡Lo picó una *mapanare*, don Bima! ¡Lo picó en la corva!

— Pero ¿cómo pudo ocurrir eso, ¡carajo!? ¡Si yo los tengo a ustedes cuatro es para que me cuiden a Teodoro! ¿Cómo ocurrió esa desgracia?

Con el cabello completamente blanco y visiblemente avejentada pese a que aún no cumplía los cuarenta y tres años, Altagracia salió de sus aposentos y con gran presencia de ánimo, preguntó a los peones que cargaban la angarilla:

— ¿Qué le dieron después de la picadura?

— Ná, señora Gracia, ná. Tan pronto como lo prendió la culebra, le pusimos una cuerda de cuero apretá sobre la rodilla pa que no circule el tósigo, hicimos la parihuela con las ruanas y nos vinimos volando.

— No grites de esa manera, Bima, que le alteras más la sangre a nuestro hijo. ¡No grites!. Usted, Juan de Dios, tráigame rápido un frasco de *curarina* y usted, muchacho, póngase a coger fruta de *mato*. ¡Pero ya!

— Señor Cisneros, si en algo puedo yo servir, no vacile en pedirme lo que sea. Mis acompañantes, *Buenabrisa* y *Pocopelo*, pueden salir de inmediato a buscar remedios al pueblo más cercano, o a traer al que se necesite –Dijo sin poder controlar sus emociones, el comprador de ganado.

— Le agradezco mucho, don Evaristo, pero es poco lo que se puede hacer. Mi hijo Teodoro es hemofílico de modo que no se le puede practicar una sangría porque se le vaciaría la sangre. Debido a ese mal es que desde muy pequeño le contraté gente para que me lo cuidaran a sol y a sombra, ¡y ya ve usted lo que acaba de pasar!

Teodoro Cisneros Delgado fungía como el más rico heredero de todo el Llano dado que ni siquiera su padre, don Abimael, podía saber con cierta precisión la cantidad de ganado que pastaba en sus sabanas. Algunos decían que cien mil reses, otros que ochenta. Pero lo cierto es que nadie –ni siquiera Socorro Figueroa– pudo en sus tiempos estamparle el hierro a 10 mil becerros por año. Matanegra vendía por cosecha entre 10 y 12 mil reses, y nadie sabía en qué invertía su dueño las fabulosas cantidades de dinero.

Powered by CamScanner

El mal que afectó a Teodoro quedó en evidencia desde el momento en que la comadrona negra le cortó el ombligo y tuvo que hacer malabarismos y encomendarse a santa Brígida, para que se le estancara la sangría. Un médico errante que pasó cuando le estancaban con mierda de conejo la hemorragia de la encía al removerle el primer diente de leche, les explicó como mejor pudo que la hemofilia era incurable y que se transmitía por la línea materna. Más adelante trató de dar a entender que los enlaces entre miembros de una misma familia seguramente tenían mucho que ver en la tara. Esa costumbre de casarse entre consanguíneos había evitado que se disgregara la enorme fortuna representada en tierras, ganados y caballos, pero igualmente había hecho infértiles a varias de sus mujeres y era culpable de uno que otro caso de locura. Por ahora surgía el primer caso de hemofilia.

Los efectos del veneno eran desastrosos por la constitución enfermiza y débil del muchacho, y por la imposibilidad de practicarle una sangría. Recién cumplidos los 24 años, Teodoro caminaba con la cabeza gacha y los hombros caídos. Tenía el cabello negro y había sacado de la madre los ojos expresivos. No estaba dotado de una aguda inteligencia aunque tampoco podía decirse que estuviera negado del todo para la comprensión de los fenómenos y los conceptos. El día del accidente dijo en la mañana a sus peones acompañantes que le engrasaran y cargaran la *bácula* porque tenía planeado coger unos patos en un *esterón* de las proximidades.

— Si Teodoro necesita cruzar un chamizal –les recomendaba de contínuo el hacendado–, ustedes cuatro, que son unos *tarajallones*, deben alzarlo en peso e impedir que se vaya a herir en cualquier parte del cuerpo. Si va a cruzar un río, háganle una *balsa* porque en el agua hay peces que muerden. Si monta a caballo, vean que los aperos y la silla estén muy firmes, y colóquense a los lados, atrás y delante de su bestia. En conclusión, señores, lo que yo les estoy ordenando es que no vayan a permitir que mi hijo se hiera, bajo ninguna circunstancia. A ustedes les estoy pagando muy bien pero no me vayan a salir con que hubo un accidente... que fue que... ¿Esta claro?

Teodoro se negó a usar las botas altas que le sugirió uno de los *cuidanderos*. Argumentó que se le acaloraban demasiado los pies y que en el estero no había peligro porque el pasto era *chino*. Así mismo se empecinó en disparar una y

Powered by CamScanner

otra vez a los cientos de miles de patos que llenaban de colores cenizos el azul del cielo, y convertían los ámbitos del viento en una algarabía larga y penetrante que anulaba los ladridos de los perros. El muchacho se llevaba el arma de dos cañones a la cara, disparaba, quebraba el arma para que salieran los cartuchos vacíos, cargaba de nuevo, disparaba... disparaba y disparaba.

— Creo que ya está bueno, patrón. ¡Ni enyuntando los cuatro caballos que cargamos, podríamos acarrear todos los *guires* que mató!.

— ¡Bueno, vámonos! ¡Se me acabó la munición!

Próximos a llegar a la casa, el muchacho se empecinó en coger las *madroñas* verdiamarillas que se destacaban en el follaje intenso del monte vecino.

— No hay pendiente, patrón. Cualquiera de nosotros puede abajale esas *pepas* que, por cierto, tuavía no están maduras.

— ¡No, el que las va a bajar soy yo! Así que amarren mi caballo y préstenme un machete para abrir camino en el monte

— Patrón, es que nosotros tenemos prohibido dejale armas cortantes a la mano. Venga, yo abro la *pica*...

— No me trate como si yo fuera un incapaz, Pedrolión. Ya se lo he dicho muchas veces...

— Es ques por su bien.

— ¡Que por su bien ni qué carajo! Présteme la peinilla

— ¡No, la peinilla no se la dejo! Yo le voy a bajar las *pepas*...

En tanto que los cuatro trabajadores se daban mañas para penetrar al monte cerrado a alcanzar las frutas silvestres que daban visajes en las altas ramas, Teodoro ató su caballo a una macolla de pasto seco y se puso a orinar al pie de un matorral. Terminada su necesidad, bostezó con hambre y se dispuso a volver a su cabalgadura cuando algo llamó su atención. Una hormiga roja deambulaba sola por entre los chamizos. *¡Están saliendo las hormigas gigantes! ¡Están saliendo las hormigas gigantes! ¡ Pero claro, si es que ya estamos en los primeros días de enero!*. Se dijo. Seguía con la vista a la hormiga y descuidó cualquier otra vigilancia. Bajo una mata dormitaba enroscada la serpiente. El animal salió del sopor con el ruido de las pisadas, apretó los anillos y sacó la lengua bífida. Esperó. El muchacho, con una vara, abría la maleza para no perder de vista al insecto. Iba ensimismado en su tarea cuan-

Powered by CamScanner

do algo, como el sonido de una cuchillada en el agua, siseó a sus espaldas. Con el rabo del ojo alcanzó a ver con claridad el vientre rojizo de la sierpe en el instante en que daba la vuelta sobre su propio lomo negro para desencajar de la corva los colmillos gurbios. Dio un grito rápido. Y de inmediato sintió en la pierna una sensación extraña, como si se hubiera llevado por delante una fina cuerda tensada en el camino. Por llevar arremangados los pantalones hasta más arriba de la rodilla, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para apreciar los dos puntos de sangre que le marcaron los colmillos. El animal se internó en el matorral hirsuto. Los cuatro cuidadores venían de regreso con las madroñas amontonadas en un capirote invertido, fabricado con grandes hojas de *bijao*.

— ¡Pedrolión, Pedrolión, la culebra... la culebra me picó! – Alcanzó a decir Teodoro antes de caer, al borde del camino. Los peones botaron las frutas y el de más presencia de ánimo, que era Pedro León, sacó una tira de cuero de su silla y la ató por encima de la marca de los colmillos.

— Córtense dos varas resistentes pa hacé unas parihuelas. Porque lo ques a Teodoro no lo podemos yevá en su *mocho*.

Al cuarto día de la inoculación del veneno, ya nadie daba mayor cosa por la vida del heredero. La pierna entera se le convirtió en un carbón deforme del que fue necesario retirar la liga. El blanco del ojo se le volvió amarillo. Y empezó desde el segundo día a botar el pelo de la cabeza. La comadrona que había atendido a la dueña años atrás, se limitó a rezarle los mejores ensalmos y a verterle en la boca con una mota de algodón guahibero pequeñas cantidades de agua de fruta de *mato* para que no se deshidratara del todo. Poco era lo que se podía hacer dado que no se le podían practicar sangrías. El comprador de ganado despachó con rumbos diferentes a sus dos hombres de confianza para que trajeran de Villavicencio o de Sogamoso un médico y un suero antiofídico que estaba reputado como lo mejor que había salido al mercado, aunque no estaba seguro de que se vendiera en Colombia porque la emisora de radio donde lo promocionaban era venezolana.

Don Abimael envejeció en esos días de patética agonía de su único hijo, aunque tuvo ánimos para ofrecer todas sus riquezas a quien sacara a su Teodoro del estado catatónico en que cayó después del tercer día. Remedios de todas las factu-

Powered by CamScanner

ras, latitudes, procedencias e inspiraciones se apilaron en los amplios corredores de la casa. Rezos, canciones, jaculatorias y ensalmos en lenguas de blancos y de indios, y jeringonzas que parecían remedos de sonidos de animales, se escuchaban a todo instante sin que el enfermo pudiera salir del mundo de sombras en que quedó atrapado.

— Bima, escúchame, Bima. –Dijo con decisión la esposa poniendo la mano en el hombro a su marido– Sólo hay un poder que puede sacar con bien a nuestro hijo en este trance, si es que nuestro hijo es para este mundo.

— Dime, mujer...

— La Santísima Virgen de Manare.

— ¿La Virgen de Manare?

— ¡Sí!

Cuatro

Sus compañeros de aventuras siempre lo conocieron como el Califa. Pocos llegaron a saber que su nombre de pila era Antonio Santos, hijo mayor de Alfredo, el dueño de una tenería en las afueras de Ibagué, que, como buen liberal que era, acompañó en sus refriegas al general Vargas Santos durante las *Guerra de los Mil Días*.

Tal vez el apodo viene de la afición que demostró Antonio por todo lo que sonara a aventuras, en especial las relacionadas con el poder que exhiben los magos en el libro *Las Mil Noches y una Noche* que empezó a leer siendo un párvulo en una escuelita regentada por monjas vicentinas. Ese libro lo heredó de su padre y constituyó durante muchos años – por lo menos hasta que aprendió a volar – su principal motivo de inspiración.

La nariz generosa y ligeramente curvada en su parte media; la boca ni grande ni pequeña, provista de una buena dentadura; los ojos vivos, surcados por diminutas arrugas, no ponían en el rostro del Califa nada que denunciara ascendientes agarenos o que delatara la fuerza mística que suelen acompañar las expresiones musulmanas. Nada. Vestía con desaliño y se llevaba a la cabeza una gorra de tela con visera. ¿Por qué se destacó entonces el Califa? El Califa se destacó por ser un taumaturgo, por su capacidad de hacer milagros. ¡Por eso!

Powered by CamScanner

Establecido en un pueblo grande de Cundinamarca, Antonio Santos se metió de lleno en los entresijos de la plebe para conocer sus preferencias y explotar –digámoslo con crudeza– sus flaquezas. Rastreando fórmulas caseras que la sabiduría conserva intactas en la memoria de las abuelas, el *curioso* extrajo de la *pasota* un remedio eficaz para acabar las lombrices que diezman la población infantil de tierra caliente, y de la tripa del totumo, un expectorante que deja limpios de flemas los pulmones. De la cáscara del *gualanday* fabricó un jarabe amargo que tomado con persistencia borra la artritis de los reumáticos, y con el jugo de un bejuco cuyo nombre no aparece en los tratados de Linneo, aliñó una pomada que permite arrancar sin dolor los dientes y las muelas revenidos. En posesión de una docena de recetas que nadie entraba a disputarle por hacer parte de la sabiduría popular, el Califa rejuveneció un galpón que medio siglo antes había sido usado como depósito de hojas de tabaco, y contrató gente experta para que le fabricaran y envasaran sus remedios proverbiales. Un día sí y otro también, comenzaron entonces a aparecer en las boticas, famacias y plazas de los pueblos los más variados antídotos, antihelmínticos, antieméticos, antiespasmódicos, antiepilépticos, antifúngicos, antihistamínicos, antiinflamatorios, antineoplásicos, antineurálgicos, antipiréticos, antisépticos, antitetánicos, antitusígenos y hasta antiestéticos, todos precedidos con el nombre genérico de *El Califa*. Con una verdadera corte de mujeres jóvenes y bellas que se desplazaban por los pueblos ofreciendo los productos, el empresario añadió grandes parlantes para congregar a los pacientes, un fichero para sortear números que eximieran a algunos de pago, y una cámara fotográfica de fuelle que registraba el *antes* y *después* de los bienaventurados usuarios de los productos del Califa.

Cuando las finanzas se lo permitieron, adquirió un proyector de cine y compró en una fuerte suma los rollos de cuatro películas mejicanas que exhibía a su paso por los pueblos, y a las cuales podían asistir gratis quienes hubieran comprado determinado número de mejunjes envasados. El negocio era redondo. Provisto ya de un automóvil y un camión de vientre generoso, planta eléctrica y carpa de colores, el arribo del Califa se convirtió a comienzos de la década del cuarenta en un espectáculo del que no se privaban las primeras autoridades civiles, eclesiásticas y militares de los municipios. Y no lo

Powered by CamScanner

hacían porque siempre sacaban algo bueno del iluminado que recogía dinero a manos llenas pero igualmente lo distribuía a sus hijos y mujeres incontables, y a la pobrecía de solemnidad que lo seguía en animada peregrinación.

Pero el más inconcebible de todos los adelantos introducidos por Antonio a su empresa fue un Piper Super Cub, PA 18, que compró de contado a un alemán en Barranquilla. Construido en 1937 y provisto de un motor de 150 caballos de fuerza, el avión de dos plazas podía subir hasta los 21 mil pies y alcanzar las 460 millas. Provisto, además, de altoparlantes, el vendedor de específicos, en compañía del piloto, sobrevolaba las más apartadas poblaciones del altiplano anunciando la próxima visita de la caravana de la salud. El día del arribo, los vecinos del lugar se trajeaban de la mejor manera posible y se echaban a la *faltriquera* los ahorros de una vida porque nadie se privaba de tomarse una foto al lado del avión al momento de recibir un frasco de *cholagogue*, o de asistir con la prometida o la querida a la última película de Antonio Badú.

En su inquieta curiosidad, el rico empresario que ya era Antonio decidió aprender por si mismo a pilotear su avión para poner en práctica el ambicioso proyecto de rebasar los linderos del altiplano y surcar los valles del Magdalena y los irredentos cielos de los Llanos Orientales. Habiendo memorizado todas las instrucciones y dedicado lo mejor de sí mismo al aprendizaje, un día radiante se vio en posesión de una carta expedida por una escuela de Bogotá que lo acreditaba como aviador civil. El espectáculo de su llegada a los más anodinos pueblos tenía ribetes de prodigio. Recogidos en su fe sencilla de sembradores y atemorizados por las noticias de las matanzas que tenían ocurrencia en toda la geografía nacional, y que los curas adobaban para descalificar a uno de los bandos en conflicto, los campesinos tomaban a fin de mundo el ruido que salía de las nubes y se acrecentaba a medida que descendía sobre los pueblos y veredas ese gran pájaro amarillo. Sin poder evitarlo, hombres, niños y mujeres se arrodillaban en los patios de las casas, elevando los brazos al cielo en demanda de celestial compasión. Los animales domésticos corrían o volaban enloquecidos, en tanto que la aeronave se empleaba a fondo con sus parlantes hasta lograr que se disiparan los terrores apocalípticos y que algunos de los hombres más resueltos dejaran libre el potrero donde podía aterrizar sin ma-

Powered by CamScanner

yores peligros. Cuando la hélice se detenía y de la cabina descendía el capitán al lado de una muchacha de sonrisa bonita, se oían al comienzo unos griticos discretos y azarados, y después toda una barahúnda de gritos y de vivas por el milagro que se operaba ante sus ojos: ¡Conocer un avión! Ocasiones hubo, sin embargo, en que el Califa debió echar mano de toda su parafernalia para revivir a un vecino afectado por un profundo soponcio. Lo que venía a continuación era inenarrable. Rostros en fiesta, dispuestos a echar la casa por la ventana para participar de los últimos avances de la ciencia y la civilización. Cuando el Piper decolaba, ya nadie volvía a ser el mismo: Se había conocido, y de cerca, al avión.

Cinco

El facultativo que lograron llevar desde Sogamoso hasta la hacienda para que reconociera a Teodoro, les dijo que la pierna estaba gangrenada y que sin amputarla muy por encima de la rodilla, era imposible toda idea de recuperación. *Que ¿qué puede esperarse si no se corta?. ¡Sólo la muerte, y perdonen que sea tan brutal pero no quiero engañarlos!.* Y así fue como se decidieron por el milagro.

Con el compromiso de que Manare y su Virgen tendrían el más alto, el más espacioso y el más enjoyado de todos los templos cristianos del Llano, el párroco accedió al clamoroso pedido de don Abimael de llevar hasta su casa de habitación la imagen de la Dolorosa junto con todos los peregrinos del año, para buscar la recuperación de su hijo Teodoro que se había convertido, gracias al veneno de la serpiente, en un vegetal inofensivo. Según el médico, si la amputación no se hacía en el término de una cuantas horas, sobrevendría la muerte cerebral. Así que don Abimael le rogó al cura que cambiara la rutina llevando la Milagrosa hasta su casa...

— ¿Y qué haremos con los miles de peregrinos que están llegando por estos días al pueblo para tomar parte en las fiestas de la Patrona?

— Los llevaremos también, si ese es el deseo de ellos. Puedo ordenar que les aperen las bestias que sean necesarias a fin de que se movilicen con comodidad. Y por comida no hay problemas: haré que sacrifiquen diariamente los animales de cerda, de pluma y de pelo que se requieran para que

Powered by CamScanner

nadie pase necesidades. Y es más, reverendo padre, puedo homenajear a los peregrinos con una bolsa de *morrocotas* de oro con tal de que imploren en sus oraciones la salvación de mi hijo.

— Ese oro será mucho más útil en la casa de Dios, que es la cada de todos...

— Se hará como usted diga, padre.

— Bien. Entonces construiremos con su ayuda la mejor iglesia de toda esta comarca. La construiremos...

Hacia el medio día de aquel mes de enero se operaba el arribo de la Madona. Don Abimael había ordenado barrer los espaciosos corredores y regar costosas esencias para atenuar el olor a enjalma que llenaba los cuartos. Hizo trajear en sedas la mejor de todas sus mesas porque allí, hasta el día siguiente, reposaría la imagen que un día entronizaron los jesuitas para asegurarse la fidelidad de los llaneros. El propietario, su esposa y los curtidos trabajadores del hato esperaban con la frente contrita la caravana que se aproximaba por el camino real y al frente de la cual venía el tonsurado con diez acólitos de raza achagua, cantando un himno mariano en medio de un calor abrasador. Detrás del religioso y sus servidores, avanzaba una corte de señores de blanco que llevaba la imagen de la Virgen en unas hermosas andas. Inmediatamente después, los vecinos de Manare y los peregrinos llegados desde todos los confines del Llano, formaban una larguísima serpiente cuya cola no terminó nunca de salir de un palmar lejano.

— ¿Hay posada en la casa para esta peregrina? – Preguntó en forma ritual el párroco esperando del dueño la respuesta sacramental: *En todos sus resquicios y en lo más profundo de nuestro corazón*. Pero no pudo hablar porque la voz se le ahogó en un llanto quedo, sincero y conmovedor. El poderoso criador levantó la cara arrasada por las lágrimas, y entonces comenzó a operarse el hecho portentoso. Del occidente, descendiendo de unos cerros bravos que siempre estaban llenos de nubosidades, se escuchó en forma confusa primero y luego con nitidez, el ruido de un trueno prolongado que parecía salir de un punto en lontananza. Aquel punto fue creciendo y paulatinamente a los ojos atónitos de los observadores se empezó a convertir en un pájaro amarillo. Inútil es hablar sobre la desbandada y los gritos histéricos que daban

Powered by CamScanner

sobre la caballeriza saludando por primera vez en su historia a los penitentes de la Virgen de Manare. Inútil es insistir en los temblores que se apoderaron del religioso cuando quiso explicar que aquel era el expediente de que se valía la bienaventurada madre de Dios para obrar un nuevo prodigio sobre la mente de los descreídos. Vano es calcular el estupor que llenó a los circunstantes al aterrizar en un potrero de la hacienda y descender del aeroplano el aviador y escritor francés Antoine de Saint Exupéry, quien necesitaba información para continuar buscando en la tierra de hombres al *Principito*.

Powered by CamScanner

Vocabulario y modismos llaneros

A

Achagua: Indígena de lengua Arawak que pobló gran parte del Llano colombo venezolano y constituye una de las bases genéticas del hombre llanero. En la actualidad está casi extinguido y sólo en el Vichada sobreviven algunos grupos familiares.

Alcornoque: Especie de encina de madera durísima y fruto en bellotas.

Algarrobo: Árbol de gran tamaño y hojas perennes cuyo fruto es una vaina que contiene semillas muy duras y una harina comestible.

Amusgar: Echar hacia atrás las orejas los animales en actitud de querer embestir o amenazar.

Andón: Adj. Bestia de transporte, como la mula, que camina largos trechos sin cansarse.

Arauca: Río emblemático llanero que desemboca en el Orinoco y sirve de límite en buena parte de la frontera de Colombia y Venezuela. Indígena de lengua Arawak que se extinguió al momento de la conquista.

Ariporo: Río llanero de cauce corto que desemboca en el Casanare.

Arriba: Expresión muy empleada en el Llano para significar los pueblos y ciudades andinas.

Auyama: (Ahuyama). Voz caribe. Planta rastrera que produce calabazas comestibles. La tradición popular le asigna poderes especiales.

Powered by CamScanner

B

Bácula: Escopeta de dos cañones empleada en cacerías

Balsa: Embarcación flotante que se arma con maderos atados entre sí.

Balso: Arbusto de madera esponjosa que flota en el agua.

Baquiano: Experto. Dícese del conocedor de los caminos, los hatajos y los rumbos.

Batata: Planta rastrera que produce un tubérculo dulzón y comestible.

Bejigo: Muchacho. No se usa en femenino.

Berenjena: Planta solanácea de fruta ovoide y alargada, comestible. En Venezuela es una exclamación de desagrado: "Qué berenjena"

Bicho: Bestia o sabandija repugnante.

Bijao: Planta musácea de hojas anchas empleadas para envolver.

Blanco: Nombre que se daba en Venezuela al ganadero terrateniente.

Blancopobre: Especie de bagre blanquecino, con barbillas, cuya carne es comestible pero poco gustosa. Cae con facilidad en el anzuelo.

Bolo: Nombre popular que se dá en Venezuela al bolívar como moneda.

Bongo: Embarcación con capacidad máxima de dos toneladas que se hacía con piezas calafateadas. Por llevar techo se empleaba en largos recorridos. El timonel o patrón dirigía el rumbo con una espadilla. Era impulsado por expertos provistos de largas palancas que afirmaban en los barrancos o el plan del cauce.

Bosta: Excremento del ganado vacuno. Empleada como abono, también se usaba para revestir, madurar y conservar los quesos.

Bozú: Bejuco trepador de pantano que cría duras espinas.

Brusca: Planta tropical que produce una vaina con semillas oscuras, las cuales se tuestan y muelen junto con el café para rendirlo. Es medicinal.

Bucare: Árbol tropical americano de buen follaje y floración por lo que se emplea para dar sombra en plantaciones de cacao. Madera esponjosa.

Powered by CamScanner

Butaco: Asiento sin espaldar hecho de madera y cuero sin curtir.

C

Cachicamo (Armadillo): Mamífero desdentado americano. Tiene el lomo cubierto con una especie de coraza. Aunque su carne es comestible existe prevención porque se dice que es portador de la lepra.

Cagajón. Excremento de ganado caballar empleado como abono. El de ganado vacuno se le dice bosta.

Cagarruta: Excremento del venado y en general de los cérvidos.

Cagón: Adj. El que caga mucho. Sust. Peón que se contrataba para subir el ganado llanero por la cordillera hasta los mercados del altiplano.

Calentura: Fiebre persistente que se presenta en los palúdicos. Enojo.

Camburito: Bejuco delgado y resistente empleado en las construcciones por su durabilidad. Reemplazaba el alambre. También se fumaba.

Canaletero: Dícese de quien impulsaba la embarcación sirviéndose de un remo llamado canalete.

Candelorio: Incendio de grandes proporciones.

Candongas: Aretes, pendientes, arracadas. En el Llano las mujeres usaban candongas de oro cochano.

Cantaclaro: Cantador e improvisador de gran facundia. El término lo popularizó Rómulo Gallegos.

Capanaparo: Río llanero que corre por suelos de Colombia y de Venezuela y desemboca en el Orinoco. Parece ser un término guahibo.

Caracucho: Plantica ornamental de bella floración.

Caramera: Conjunto que forman el ramal de los cuernos y la testuz del venado. Se empleaba como adorno en las casas.

Careto: Sucio. Dícese del animal blanco con manchas, o de la persona llena de mugre.

Caribabare: Hato insignia de los jesuitas en el Llano. Localizada en Arauca, en esta factoría los misioneros evangelizaron tribus y diseminaron por el Llano la simiente de la ga-

Powered by CamScanner

nadería. Es una palabra achagua y corresponde a un riachuelo que desemboca en el río Tame.

Carichana: Hacienda de los jesuitas en las riberas del medio Orinoco.

Caruto: Planta arbustiva de cuyo fruto redondo se extrae una tinta indeleble empleada por los indios para teñir tejidos y decorarse el cuerpo. En otras latitudes se le dice jagua.

Casabe: Torta seca que se hace de yuca rallada, exprimida (para librarla del venenoso yare) y asada al fuego vivo sobre tiestos. Fue la base alimenticia del indígena del Orinoco aunque el blanco también la empleo en su magra dieta. Comestible sin sabor, su uso responde al dicho que dice: "El casabe, a lo que lo mojan sabe"

Casanare: Río tutelar de los indios Achagua e importante territorio del Llano colombiano. Este hidrónimo, como la mayoría de los que terminan en *are,* es de origen Achagua.

Casquera: Enfermedad que pudre el casco del ganado y hace que lo pierda, con perjuicio del dueño.

Chemple: Muchacho, infante.

Chiquero: Porqueriza. Encierro donde se engordan cerdos

Chiricoa: Aborigen llanero emparentado lingüísticamente con el guahibo. Su belicosidad sirvió de excusa para su virtual aniquilamiento por parte de los ganaderos.

Chiro: Trapo viejo.

Chíscano: Hueso del remo delantero de la res vacuna.

Chispero: Acción de echar chispas. Consecuencias que se derivan de una mala acción: " quedar viendo un chispero".

Chulupo: Moneda fraccionaria, cosa de poco valor.

Chuzo: Marrano flaco. Palo aguzado donde se ensarta la carne para asarla.

Cimarronera: Rodeo de ganado vacuno que se hace montaraz por falta de cuidado y vigilancia. Se consideraba un bien mostrenco.

Colino: Simiente del plátano para la siembra.

Conuco: Sementera próxima al hato donde se cultivaba el *pan*: plátano, topocho, yuca, tubérculos y, a veces, maíz. El oficio de conuquero tenía una connotación despectiva para el ganadero.

Coral: Serpiente venenosa de vivos colores

Powered by CamScanner

Coroto: Trastos de cocina. Por extensión, pertenencias menores.

Corozo: Palma muy espinosa que produce un vino diurético. Su fruto duro y negro se empleaba para hacer anillos y, en general, amuletos

Coto: Bocio. Aumento del volumen de la tiroides por falta de sal. Esta hipertrofia era frecuente en el llanero aunque no en el indio.

Criaturo: Infante, niño recién nacido.

Cuaima: Serpiente muy venenosa, negra por el lomo y blanca por el vientre que persigue al intruso que invade su hábitat. Propia del Orinoco.

Cuatronarices: Serpiente venenosa de color oscuro por encima que puede alcanzar hasta dos metros de longitud. La llamada *montañera* es especialmente temible por el veneno que inocula.

Cuerda: Conjunto de gallos de pelea que tienen un tronco común y se caracterizan por su belicosidad.

Cuidandero: Vigilante, persona encargada de proteger bienes ajenos.

Culebrilla: Herpes. Erupción cutánea de origen viral que aparece como una línea rojiza en el torso y se caracteriza por el dolor lacerante. Puede llegar a ser mortal.

Curaca: Voz incaica. Jefe indígena que practica la medicina con medios mágicos.

Curare: Veneno muy activo que obtenían algunos indios de la panamazonia de un bejuco cocido con alimañas ponzoñosas. Con este betún se untaba la punta de la flecha al momento de ser disparada. El veneno paraliza la circulación. Los caribes, taparitas, caberres, puinaves lo empleaban.

Curiara: Embarcación pequeña de madera, hecha de una sola pieza

Cusiana: Río llanero que discurre en suelo casanareño y desemboca en el Meta. Tribu belicosa de la familia caquetía, hoy extinguida.

D

Despear: Perder un casco la res por un golpe o por enfermedad.

Powered by CamScanner

Dienteperro: Arbusto espinoso del que se obtienen varas resistentes.

E

Empavar: Causar mala suerte.

Ensotarse: Meterse y ocultarse en el monte.

Esparpajar: Hacer abandonar un sitio sin discusión.

Espina (de bagre): Zarza de estero erizada de espinas.

Estoraque: Arbusto perenne de sabana que favorece la formación de bosque.

F

Falca: Bongo. Embarcación con techo.

Faltriquera: Bolsillo disimulado que llevaban los hombres en la pretina

Fuerte: Moneda venezolana de cinco bolívares

Fundito: Hato ganadero pequeño con construcción de bahareque.

G

Galopín: Sirviente de ínfima categoría en tiempos coloniales.

Garabato: Madero en forma de garfio, colgado, donde se colocan aparejos. También se emplea para apartar la maleza al momento de machetearla.

Gocho: Adj. Dícese del que le falta o tiene incompleta una oreja. En Venezuela designa a la persona andina y tiene carácter despectivo.

Guafa: Guadua. Empleo reiterado de algo: " Le da guafa a la bicicleta".

Guahibo: Aborigen prototípico de los Llanos de Colombia y Venezuela. Aunque algunas parcialidades como el chiricoa y el cuiba fueron arrasadas, es la familia más representativa en el Llano colombiano, con el Sicuani a la cabeza.

Guamo: Voz taina. Árbol propio del ribazo que impide la sedimentación de la barranca. Su fruta es una vaina alargada

Powered by CamScanner

donde van las semillas envueltas en una pulpa azucarada. De esta pulpa se alimenta la gente extraviada en el monte. Su madera arde con facilidad.

Guaral: Cuerda larga y resistente a la que se le fija el anzuelo y se usa para pescar. La pesca constituyó un arte y un oficio con normas obligatorias.

Guate: Con sentido despectivo, persona ajena al Llano y desconocedora del género de vida. Es el equivalente al gocho venezolano.

Guire: Pato migratorio que se presenta en el Llano al comenzar el invierno. Su carne es exquisita.

Gurbio: Adj. Dícese de los cuerpos o instrumentos que tienen curvatura.

Gusano: Parásito intestinal que afecta al hombre y al animal.

I- J

Inírida: Río de régimen amazónico pero que desemboca en el Guaviare y, por consiguiente, en el Orinoco. Este nombre tiene relación con una princesa indígena.

Jabudo: Adj. Dícese de la herramienta que no coge filo y, por extensión, de quien no adquiere experiencia: " Burro jabudo, aunque le peguen vuelve al conuco".

Janipa: Voz guahiba. Hambre.

Jején: Voz taina. Díptero más pequeño que el zancudo pero de picadura irritante.

L

La Guerrereña: Propiedad de los Guerreros. En el Llano era frecuente nombrar un sitio haciendo alusión directa al apellido de los dueños.

Lacayo: Sirviente en tiempos de la colonia por encima del galopín.

Ladino: (Lenguaraz) Indio que habla bien el español u otras lenguas aborígenes.

Lanceta: Flecha de punta ancha y doble filo, empleada por el indio para cazar animales mayores. La *puya* es empleada en animales menores.

Powered by CamScanner

Lipa: Río araucano de aguas amarillas que desemboca en el Casanare. También es nombre que se le da a la barriga.

M - N

Macaurel: Serpiente venenosa de zonas boscosas que persigue al perturbador.

Macundales: Pertenencias de una persona referidas a la hamaca, el cobertor, los guindos y el mosquitero. Es decir, el recado de dormir.

Madroña: Fruta envuelta en una baya amarilla, comestible. Fruto del madroño.

Malandro: Facineroso, delincuente.

Mampostear: Apuntar con un arma de fuego apoyándose en algo para dar mejor en el blanco.

Mandador: Palo provisto de una correa larga para fuetear.

Mandanga: Cocinera de hato.

Mapanare: Serpiente venenosa, negra y amarilla por encima, con el vientre claro. La variedad de color más oscuro es temible.

Marialionsa: Divinidad mítica venezolana, objeto de culto popular en las montañas de Sorte, Estado Yaracuy, por los prodigios que se le atribuyen.

Marota: Nudo asaz complicado conque se asegura algo.

Matapalo: Árbol parásito americano que estrangula al tutor. Produce un látex y de su corteza se extrae un tejido basto.

Matarife: Destazador de vacunos. Asesino.

Mato: Reptil de color oscuro que se come las nidadas y ataca para comérselos a los animales pequeños.

Matraca: Ave que hace el nido en troncos que horada con su resistente pico.

Máuser: Especie de fusil alemán de repetición inventado por el armero Wllhelm Mauser. En el Llano fue bien conocido.

Mengua (morir a): Dejado morir sin ninguna clase de asistencia.

Mocho: Caballo.

Morrocoy: Quelonio terrestre de cuerpo cubierto por una coraza salteada de amarillo y negro. Por su lentitud no puede

Powered by CamScanner

evadir las candelas y muere asado. El indio, entonces, rompe el caparazón para comerlo.

Muelona: Figura popular de la muerte.

Musiú: Extranjero de habla diferente al español. Deformación de monsieur.

Nuche: Larva de mosca que se introduce en la piel del hombre o del animal causando gran desazón. El nuche se mata con sustancias fuertes como el chimó.

O- P

Origüelo: Pájaro negro parecido a la urraca que construye el nido en proximidades a la casa de habitación del hombre.

Orinoco: Tercer río en extensión en Sudamérica, luego del Amazonas y el Parana. Colecta las aguas de los Llanos de Colombia y Venezuela. En lengua tamanaca, Orinoco significa "Serpiente enroscada". En sus riberas se asentó el indio caribe.

Paila mocha: Infierno

Palito (de romero): Palo que empleaban los promeseros para apoyarse en sus viajes. Buscar como palito de romero significa que se busca afanosamente.

Palometa: Pez de escamas, aplanado y comestible.

Parihuela: Angarilla para trasportar cargas entre dos personas.

Parrando: Baile ruidoso que se celebraba en los Llanos para festejar fechas o acontecimientos. Generalmente duraba varios días e incluía comidas típicas.

Pasota: Planta de la cual se extrae un vermífugo.

Pataruca: Gallina grande y apetitosa

Patrón: Dueño. Persona que guía una embarcación.

Paujía: Arbusto que produce una fruta ácida y comestible.

Pelón: Sin pelo o plumas.

Penco: Caballo

Pepa: Fruta de monte.

Perdigón: Balín que se echa con pólvora en los cartuchos. El calibre del perdigón varía según sea el tamaño del animal que se pretende cazar

Piache: Voz caribe. Médico brujo, cuaraca.

Powered by CamScanner

Piaroa: Indio selvático del Orinoco. En la actualidad está casi extinguido aunque es de costumbres sanas.

Pica: Trocha, camino disimulado en la espesura.

Picadura (de serpiente): En el Llano es común hablar de picadura y no de mordedura de serpientes.

Picure: Roedor parecido a un cerdo pequeño. Su carne es excelente.

Planta: Simiente de la yuca. Palo de yuca con brotes, apto para sembrar.

Pollona: India joven sin marido.

Porsiacaso: Talega de lona usada para llevar alimentos durante los viajes.

Práctico: Baquiano, experto.

Pudridora: Serpiente cuya mordedura hace gangrenar la parte herida.

Puya: Flecha menor.

Q- R

Querida: Amante, concubina.

Rabo (de candela): Serpiente que afecta mucho al ganado.

Rancha: Casa muy provisional de bahareque

Rasca: Borrachera.

Rebenque: Látigo recio de jinete.

Remonta: Bestia de que se dispone para reemplazar a la que se fatiga.

Revolcadero (de burros): Propiedad rural muy pobre, sin ganado.

Rollito (de): Fulminante. "Caer de rollito" significa desplomarse.

Runchas: Pocas vacas en un lote.

S

Sáliva: Indio de la cuenca del Orinoco que se caracteriza por su mansedumbre y su inclinación por la agricultura y la vida sedentaria. Son escasos pero aún quedan algunos grupos familiares en Casanare y Vichada.

Samplegorio: Confusión de gentes que gritan y hacen desorden.

Powered by CamScanner

Sardo: Adj. Dícese del ganado vacuno cuando el color del pelo es una mezcla de blanco, negro y colorado.

Seje: Palmácea propia del Orinoco, semejante al coco, de cuyo fruto puntiagudo se extrae una leche con grandes propiedades alimenticias.

Serenatear: Incomodar.

Silbadora: Planta de sábila a la que se atribuyen poderes especiales.

T- V

Tabardillo: Fiebre alta por insolación que lleva a la pérdida del conocimiento. Se contrarresta practicando una sangría.

Taparita: Indio del Orinoco llamado así por llevar como vestimenta un recipiente para meter el miembro viril. Fabricante del curare.

Tarajallón: Grandulón.

Tasajo: Pedazo de carne seco y salado en conserva. Este era el medio empleado por el llanero para conservar la carne.

Tauridano: Caballo de hermosa estampa que en la edad media utilizaban para lidiar los toros.

Toldillo: Lienzo que desplegado sobre la hamaca, protege de los mosquitos y zancudos

Tolvanera: Viento en remolino que avanza con fuerza por la sabana.

Topa: Adj. Dícese de la vaca sin cuernos.

Topochera: Sementera o conuco donde se cultiva topocho, una variedad de plátano más resistente que el hartón.

Troja: Especie de sementera elevada y limitada por tabiques donde se sembraban legumbres y especies exóticas al Llano.

Trompillo: Arbusto tropical de ramas alternas, flores hermafroditas, frutos coriáceos y madera empleada en tornería.

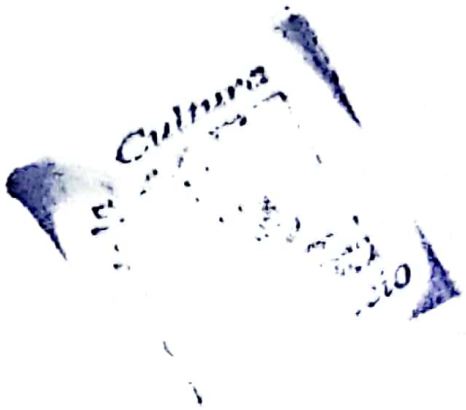
Trulla: Multitud de gente tumultuosa

Tumbar y capar: Realizar sin dilación lo que está acordado

Tunebo: Indio del piedemonte llanero hoy nombrado U´wa. Parece ser del grupo lingüístico chibcha y se caracteriza por su apego a la tierra y sus tradiciones

Vivalavida: Persona que se caracteriza por su desenfado y frivolidad.

Powered by CamScanner



Esta obra se terminó de imprimir
en el mes de marzo del 2000
en los Talleres Gráficos
de Gente Nueva Editorial,
Santafé de Bogotá, D.C.



Powered by CamScanner

SERIE DE CREADORES Y PENSADORES ARAUCANOS

Caropresse Quintero, Luis
LA ARGENTINA, DEVENIR DE UN HATO LLANERO
(Ensayo sociológico)

Díaz Nieves, Tirso
LA GUERRA DE LA HUMBERTERA
(Relato novelado)

Mantilla Trejos, Eduardo
SERPIENTES ENROSCADAS Y OTRAS SIERPES
(Cuentos llaneros)

Varios
ANTOLOGÍA DE POETAS ARAUCANOS.
(Poesía)

Los establecimientos educativos y entidades sin ánimo de lucro de los Llanos de Colombia y Venezuela, pueden (según existencias) adquirir gratuitamente la colección completa o parte de ella dirigiéndose al Convenio Fondo Mixto de Cultura - Gobierno Departamental de Arauca, en la siguiente dirección:

Edificio de los Fondos
Teléfono: (0978) 856837
Arauca, Arauca,
Colombia.



En la fotografía de la contracarátula, el autor de esta obra Eduardo Mantilla Trejos.

Cultura
Casa de la
Villavicencio
BIBLIOTECA

Powered by CamScanner



GOBERNACION DE ARAUCA

FONDO MIXTO DE CULTURA
DE ARAUCA

Powered by CamScanner